

M **R** **O**

américa latina



REVISTA TEORICA DEL COMITE EJECUTIVO
DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO ORIENTAL

ABRIL
1967

N.º 1

Semanario

MARCHA

APARECE LOS VIERNES Y
SE LEE TODA LA SEMANA

Opinión de Casa de las Américas (de la Habana):

“MARCHA es, acaso, el Semanario hispanoamericano de mayor influencia entre los intelectuales del continente”.

REVISTA TEORICA AMERICA LATINA N.º 1

Director: Ariel Collazo
Redactor Responsable. Víctor Sanín
Administrador: Julio C. Serrato

Redacción y Administración:
Minas 1417 - Teléf. 4 44 56
Montevideo - Uruguay

INDICE

	Pág.
Un anhelo hecho realidad	3
Editorial - El Uruguay y la Revolución Armada	5
Régis Debray - ¿Revolución en la revolución?	15
I — Introducción	16
II — Liberar el presente del pasado	19
III — La autodefensa armada	26
IV — La propaganda armada	44
V — La base guerrillera	55
VI — Partido y guerrilla	61
VII — La enseñanza esencial del presente	84
VIII — Algunas consecuencias para el futuro	105
La justa línea del M.R.O.	113
Editorial de Granma - La lucha contra el burocratismo: tarea decisiva	114
I — Una institución pura y exclusivamente burguesa	116
II — Soporte social y arma de la burguesía	118
III — Imperialismo y subdesarrollo	120
IV — La burocracia en los ejércitos burgueses	121
V — El peligro de la burocracia como una capa especial	123
VI — Se puede partir hacia el comunismo y no llegar	125
VII — Evitar ese peligro	127

Portada: El Comandante en Jefe de las FALN y el periodista mejicano Mario Menéndez Rodríguez en la entrevista realizada en las montañas de Iracara, Sierra de Falcón.

Actividades del M. R. O.

Audiciones Radiales

C X 30 Radio Nacional. Habla el diputado Ariel Collazo todos los días a las 12.15 hs.

Consultorio Jurídico

Viernes a las 21 hs.

Consultorio Jubilatorio

Viernes a las 15 hs.

Cine

En la Sede Central del M.R.O. los sábados a las 21 hs.

Periódico Revolución

Reinició su publicación y en los sucesivos aparecerá mensualmente.

Revista Teórica "América Latina"

Publicación del Comité Ejecutivo del M.R.O. Aparecerá anualmente.

HORARIO

Lunes - Hora 19

Comisiones: ORGANIZACION, FINANZAS, SINDICAL, REVOLUCION, ESCUELA DE MILITANTES.

Martes - Hora 19

Actos públicos en los barrios.

Miércoles - Hora 20.30

Reuniones en las bases.

Jueves - Hora 21

Comité Ejecutivo.

Viernes - Hora 21

Plenarios de Militantes - Conferencias

Sábado - Hora 21

Cine.

BASES

En Montevideo: "Lavalleja" - José María Silva 4061

"América Latina" - Joanicó 3825

"19 de Junio" - Ganaderos 5252

"25 de Agosto" - Comandante Braga 2565

"El Ceibo" - Rivera 2219

En Formación: Punta Carreta y Reducto.

En el Interior: Playa Girón en Juan Lacaze, Tacuarembó, Rivera, Melo, Pando, Rosario, Las Piedras y Maldonado.

En los Gremios: Bancarios, Construcción, Municipales, Salud, Casinos, etc.

JUVENTUD DEL M.R.O.

Comité Ejecutivo - Viernes 20 Hs.

Secretariado - Lunes 20 Hs.

Comisión de Finanzas - Lunes 20 Hs.

Comisión de Organización - Jueves 20 Hs.

Comisión de Propaganda - Jueves 20 Hs.

Sector Estudiantil: Base Liceo Nocturno N° 1.

Miércoles 20 hs.

Base IAVA

Sector Obrero: Miércoles 20 y 30 hs.

Plenario de Militantes: Ultimo viernes de cada mes.

Un anhelo

hecho realidad

Con la aparición de este primer número de la Revista AMERICA LATINA, el Movimiento Revolucionario Oriental cumple una vieja y cara aspiración, en momentos en que se apresta a celebrar su sexto aniversario, dentro del marco de un impetuoso desarrollo. El entusiasmo y la fe de 1961, donde sólo contábamos con una audición radial, se fueron plasmando poco a poco en la organización de Montevideo y del Interior, en las comisiones de Propaganda y de Finanzas, en el periódico Revolución, en la Comisión Sindical, en la Escuela de Militantes y en la Juventud del M.R.O.

Dentro de todo este aparato político, faltaba solamente la Revista Teórica, tal como lo anunciáramos en nuestro segundo encuentro nacional en setiembre de 1966. Hoy venimos a dar cuenta de que una vez más, el M.R.O. cumple su promesa.

Y la cumplimos con un lujo: la publicación de dos trabajos de corte sencillamente sensacional, uno sobre los problemas de la etapa de liberación nacional, y otro sobre los problemas de la etapa socialista.

El primero pertenece al escritor francés Regis Debray, joven estudioso de los problemas latinoamericanos, y que escribiera anteriormente "Estrategia y táctica de la Revolución Latinoamericana". Este trabajo fue publicado en el Cuaderno N° 1 de la Casa de las Américas, en enero de 1967, y se agotó rápidamente. Ha sido tan grande la fama de este artículo, y hay tantas personas que no lo han podido leer, que hemos considerado imprescindible publicarlo también en el Uruguay. Sus agudos y certeros análisis se realzan por el hecho de que Debray dialogó extensamente con Fidel Castro sobre todos estos tópicos, durante casi un año, y muchos de sus juicios expresan simplemente la opinión del líder revolucionario latinoamericano.

El segundo es un editorial de Granma, que refleja la opinión del Buró Político del Partido Comunista de Cuba sobre el peligro que significa dentro del socialismo, esa capa social y política que es la burocracia, heredada del capitalismo, pero que configura el mayor peligro a que se ve sometido cada estado socialista. Uno y otro son sin lugar a dudas los dos más grandes y polémicos temas de la revolución mundial.

Nuestro editorial, por último, refleja la opinión de nuestro Movimiento sobre la ubicación del Uruguay y de los uruguayos en todo este proceso que hoy conmueve a la Humanidad.

Aspiramos a que como mínimo, la Revista AMERICA LATINA aparezca anualmente, pero si lo permitieran nuestras siempre angustiadas finanzas, saldrá cada vez que lo exija la importancia y la urgencia de los temas a tratar.

Para hacer posible todo esto, será fundamental que Vd., amigo lector, se haga suscriptor de la Revista y suscriba a su vez a otros.

Será la mejor contribución a este inmenso esfuerzo nuestro.

El Uruguay y la Revolución Armada

La búsqueda llega a su fin:

Con los incisivos conceptos de este artículo del escritor francés Régis Debray, que estuviera durante todo 1966 en Cuba, recogiendo lo mejor del pensamiento de Fidel Castro en multitud de conversaciones y durante agotadoras caminatas, llegamos al final de la búsqueda las generaciones de jóvenes que después de la segunda guerra mundial nos encontramos frente al drama del continente latinoamericano, y angustiados tantas veces, tentamos las más diversas vías para llegar a las soluciones de transformación profunda que hagan posible el progreso y desarrollo de nuestros pueblos.

¿Cómo salir también en el Uruguay, de esta crisis que hoy todos reconocen? ¿Cómo terminar con la inflación, verdadero robo que una minoría dueña de todo, realiza contra la mayoría de la pobla-

ción, que vive de ingresos fijos? ¿Cómo acabar con la desocupación, con la angustia impotente de los jubilados, con la inseguridad de los trabajadores, con el retroceso en la educación, con la pauperización de los funcionarios públicos, con la ruina de la salud pública, con la crisis industrial, con el estancamiento en la agricultura y la ganadería?

En 1948 decíamos: uniendo a los pueblos latinoamericanos, por aquello de que la unión hace la fuerza. Tal vez uniendo a los partidos auténticamente nacionalistas de América Latina. ¿Quién no recuerda de entre nosotros las luchas por la tercera posición? Hasta en el felón de Frondizi llegamos a creer en aras de esa concepción. ¿Y acaso la CEPAL no podría lograr con sus estudios económicos aproximar a estos países a través de una Zona de Libre Comercio primero y de un Mercado Común después?

Pero la dura realidad era que, para ese entonces, ya había invadido abiertamente nuestro continente un enemigo solapado, el imperialismo yanqui, poniendo a sus órdenes a nuestras oligarquías y a los ejércitos y gobiernos que le aseguraban la perpetuación de sus privilegios. Hoy hasta la magna idea de un mercado común ha sido puesta al servicio de los monopolios del imperio.

Sin embargo, la historia una vez más hace jugar su dialéctica, y con su engeñecedor resplandor, aparece la luz deslumbrante de la Revolución Cubana. El fin sigue siendo la unión de todos nuestros pueblos, pero el medio es la revolución armada. El cambio profundo sólo se logrará si a la violencia de las clases oligárquicas se la enfrenta con la violencia organizada de los pueblos. En 1811 el pueblo tomó las armas para terminar con el imperio español en nuestras tierras: fue nuestra primera independencia. Hoy los pueblos toman otra vez las armas para terminar con el imperio yanqui: es nuestra segunda y definitiva independencia.

Las vías de la revolución: Los últimos años han estado ocupados por un problema central, el de los caminos de la revolución.

Mientras aparecían las primeras guerrillas en Venezuela, Guatemala y Colombia, una discusión interminable se entabló en los más sesudos estudios teóricos.

Se confundía coexistencia pacífica como norma de política exterior de los países socialistas, para la defensa de la paz mundial, con tránsito pacífico como vía de la liberación nacional de los países

no liberados, lo que constituye un absurdo teórico y un crimen práctico en los pueblos explotados de Asia, Africa y América Latina.

Tal vez una de las más graves confusiones haya sido la de sostener que todos los medios de lucha deben ejercitarse, pero sin aclarar cuál es el medio principal y cuales los auxiliares. Porque lo que no se aclaraba en los documentos, resultaba en cambio dolorosamente claro en el apoyo financiero y material, y así en Venezuela, mientras se volcaban todos los recursos para la lucha de masas en la ciudad, se dejaba prácticamente abandonadas a las columnas guerrilleras.

Pero las guerrillas han seguido desarrollándose, y al fracaso inicial de Perú, ha sucedido ahora la seria insurgencia boliviana. Estos hechos, calientes y contundentes, van aventando más y más las discusiones teóricas, y la ilusión sobre caminos electorales, que por otra parte, tuvieron su entierro definitivo en 1964, con el golpe gorila en Brasil y la derrota del FRAP en Chile.

En la América Latina de hoy, ya casi no tienen cabida los que desde la izquierda nieguen el camino de la revolución armada, o, mejor aún, ya no podrán ser considerados revolucionarios los que no apoyen decididamente a las guerrillas.

Dentro de la lucha armada, también se suscitaron en estos años grandes discusiones sobre las tácticas concretas: la insurrección urbana y el trabajo dentro de las fuerzas armadas, o la guerrilla rural, y en caso de que se acepten todas, cual será la principal.

También aquí la experiencia ha ido dando la solución. Mientras las guerrillas rurales, sin perjuicio de contrastes aislados, se iban afirmando, las insurrecciones urbanas acompañadas por sectores honestos del ejército, eran aplastadas una tras otra, en Carúpano, en puerto Cabello, en las minas de Bolivia, y sobre todo en Santo Domingo, donde a pesar de haber tomado el poder, los insurgentes fueron desalojados por los paracaidistas yanquis, que hasta se permitieron vestir con una parodia electoral el fin del doloroso proceso.

En el plano ideológico, también la discusión ha dado sus frutos.

Frente a quienes rebosantes de teorismo, han creído que con proclamarse marxistas de tal o cual línea, imponían una superioridad sobre los demás, aparece hoy nítida y clara, la necesidad de buscar en la historia de nuestros pueblos, en la vida ejemplar

de nuestros héroes latinoamericanos, en Bolívar, en Artigas, en San Martín, en O'Higgins, en Juárez, en Pancho Villa, en Tiradentes, en Martí, en Sandino, en Albizu Campos y en tantos otros, nuestra verdadera fuente de inspiración, sin perjuicio de conocer bien y aprender las teorías sociales y económicas que son la guía de nuestro tiempo. En el futuro no será necesario proclamarse marxista, sino simplemente sentirse patriota latinoamericano.

En América Latina 1967 la palabra de orden es pues, revolución armada por la vía guerrillera en las selvas y montañas del continente, reavivando en nuestros pueblos la llama de la independencia disminuída pero jamás apagada desde 1811 hasta nuestros días.

El Uruguay en la Revolución armada

En nuestro país se vive hoy, para decirlo con palabras del Che, un "equilibrio dictadura oligárquica-presión popular", porque hasta ahora la situación geográfica negativa del país, rodeado por dos grandes colosos donde se han entronizado sendas dictaduras gorilas, no ha obligado a la democracia representativa a revelar a la luz del día su contenido de clase, es decir, donde la clase dominante ha evitado con éxito desenmascarse como dictadura de la violencia. La reforma de la Constitución reciente, le ha dado forma jurídica a esa dictadura, fortaleciendo extraordinariamente los poderes del señor presidente en detrimento del Parlamento, pero manteniendo esa apariencia de legalidad. La presión popular, en lugar de violentar aquel equilibrio, sólo ha podido entrar en el juego (como dice Debray), favoreciéndose los equívocos en las clases dominadas, "disfrazando de victoria las soluciones de compromiso". Y esto resulta muy claro en algunos de los más grandes y recientes conflictos gremiales.

Y aquí llegamos a una afirmación de Debray, que queremos comentar por extenso y que podría dar lugar a suponer que el Uru-

guay es una excepción, dentro de la América Latina. Sabido es que incesantemente hemos sostenido que no somos una excepción, aunque los procesos lleguen hasta nuestras playas más lentamente que a otros lugares.

Ya al final de su trabajo, Debray dice:

“Sin lucha armada no hay vanguardia definida. Donde quiera que no haya lucha armada, existiendo condiciones para ello, es que aún no existe vanguardia política. (Ese no es el caso, por ejemplo, del Uruguay, donde no hay condiciones inmediatas de lucha armada, y existe un movimiento fuerte y combativo de masas).”

“Si no hay todavía vanguardia constituida en esos lugares, es que todas las organizaciones de izquierda tienen iguales títulos para postular este puesto.”

“Si todas pueden igualmente llegar a serlo, no sería acelerar la formación de esa vanguardia realmente representativa el mantener relaciones con una sola de ellas. El sectarismo en esas condiciones, más que ridículo, no tendría fundamento”.

Debray dice: el Uruguay no tiene condiciones inmediatas de lucha armada. Admite por lo tanto, que también el Uruguay deberá recorrer el camino de la lucha armada, aunque no lo haga ahora.

Nosotros sostenemos que, a pesar de nuestra especial situación, en algunos aspectos tan diferente a la de otros países, también el Uruguay puede participar desde ahora en esa lucha.

En un documento de la Junta Central del Movimiento Revolucionario Oriental, aprobado el 9 de julio de 1965, se examinó todo este tema, por lo cual bastará con actualizar aquellas ideas, que siguen siendo las mismas.

Si pensamos en un Uruguay aislado de los países vecinos, la afirmación de Debray es cierta. Si lo concebimos integrado en la lucha continental, en cambio, la lucha armada es posible a corto plazo.

En efecto, si entendemos que la revolución armada debe tener como táctica principal la lucha guerrillera rural, un Uruguay aislado tiene los siguientes problemas:

a) No tiene condiciones en el campo para abrir un foco guerrillero, porque no tiene grandes montañas, ni selvas, ni siquiera espesa vegetación, aparte de que la población rural es sólo el 12 %

del total, y Montevideo concentra la mitad de los habitantes del país. Una guerrilla rural en el Uruguay sería "achicharrada", aun cuando la lucha social en algunos sectores, como los cañeros o los arroceros, pueda ser explosiva.

b) Una insurrección armada en Montevideo, suponiendo que se crearan las condiciones, y aun cuando contara con sectores de la oficialidad honesta de las fuerzas armadas, sería aplastada rápidamente, tome o no el poder, con paracaidistas brasileños, argentinos y eventualmente yanquis.

Estos dos grandes problemas han sido los límites, las vallas infranqueables, que se han opuesto en el Uruguay hasta ahora, tanto a las luchas en el campo como en la ciudad.

En el campo, las marchas cañeras organizadas por la U.T.A.A. desde Artigas a Montevideo, o la ocupación de la estancia de Farrapos en San Javier en 1951, fueron intentos de colocar la lucha en un plano superior a la mera lucha sindical, radicalizando los métodos por medio de la ocupación de tierras o de las centrales azucareras, o las consignas, al grito de Tierra para trabajar, y mostrando a la ciudad las miserias de nuestro interior. Sin embargo, hubo siempre una barrera infranqueable, que era la imposibilidad de iniciar la lucha armada, y por eso, al final debió regresarse en Bella Unión a los métodos habituales de la lucha sindical.

En la ciudad, nuestros trabajadores han ejercitado los más variados medios de lucha, las más grandes movilizaciones de masa, la ocupación de fábricas, los paros más unánimes, las huelgas de hambre colectivas. En los últimos años, se ha culminado la tarea de unir a prácticamente todos los trabajadores del país en una sola central, y la organización de masas llegó al máximo con el Congreso del Pueblo, al que sólo faltó integrarse el Sindicato de Consejeros de Gobierno. Y sin embargo, nunca sentimos estar cerca de la toma del poder, ni muchísimo menos, porque siempre existió esa valla insalvable de la situación geográfica negativa del Uruguay, rodeado de gorilas prontos a sofocar cualquier tentativa insurreccional en Montevideo.

La conclusión es pues, que en un Uruguay concebido aisladamente, no es posible por ahora la lucha armada, y hasta ahí, pero sólo hasta ahí, estamos de acuerdo con Debray.

En cambio, el Uruguay y los uruguayos podemos desarrollar esa forma superior de lucha, integrados dentro del proceso continental.

El ejemplo está en nuestra propia historia. El Uruguay, que hasta 1827 sólo se concibió como parte de las Provincias Unidas del Río de la Plata, al extremo de que la Declaratoria de la Florida, hecha por Lavalleja en 1825, proclamaba nuestra integración a aquellas, surgió luego como estado independiente por el Tratado preliminar de Paz de 1827, sin perjuicio de que nuestro desarrollo como nación, se perfiló ya desde el gobierno de la Banda Oriental de Artigas en 1815. Pero las condiciones geográficas del nuevo país, no cambiaron porque se proclamara independiente, y siempre siguió existiendo una enorme dependencia del Uruguay respecto de sus dos grandes vecinos en todas sus guerras civiles. Artigas, Lavalleja, Oribe, Timoteo Aparicio prepararon expediciones armadas desde territorio argentino. Rivera y Flores se apoyaron en los gobiernos brasileños. Aparicio Saravia participó en la Revolución Brasileña de las Farrapos en 1890.

La ilusión de que la lucha armada en el Uruguay es un capítulo definitivamente cerrado en los comienzos de este siglo, se desvanece rápidamente en este cono sur ocupado militarmente por los gorilas, que con soberbia proclaman que las fronteras no son geográficas, sino ideológicas. Fidel Castro les ha contestado desde el Hospital Lenin en Holguín, el 7 de noviembre de 1965, que tienen razón, que los pueblos recogerán el reto, y que las fronteras no serán ya más geográficas, sino ideológicas, y que Cuba recibirá a todos los revolucionarios honestos del mundo, aunque no sean cubanos, y en cambio, permitirá irse a todos los enemigos de la revolución, aunque hayan nacido en la patria de Martí.

Es que ninguna organización revolucionaria hoy, puede aceptar el concepto de las fronteras geográficas, impuestas por los imperios con el fin de dividir para reinar. Nada más absurdo que llamar extranjero a un uruguayo respecto de un argentino, a un boliviano de un paraguayo, a un colombiano de un venezolano. En este continente no hay más intervención extranjera que la de los yanquis, que dirigen nuestros ejércitos, nuestras policías, nuestros gobiernos. Y los hermanos venezolanos, peruanos, chilenos, uruguayos, brasileños, deben unirse en la lucha revolucionaria para

expulsar para siempre a los gringos de nuestras tierras. La unidad de los gorilas comienza hoy a ser enfrentada con la unidad de los pueblos latinoamericanos, en el movimiento guerrillero continental. Y por eso mismo, resulta inconcebible que exista todavía en algunos partidos de izquierda latinoamericanos la concepción de que la lucha será país por país, en compartimentos estancos, donde para participar en las luchas de un país sea necesario obtener el consentimiento del partido hermano respectivo, aun cuando sepamos que la concepción de éste es equivocada, y contraria a la lucha armada.

La lucha guerrillera deberá desarrollarse en todos aquellos lugares del continente que por sus condiciones sean los más aptos, allí donde las famosas selvas y montañas latinoamericanas ofrezcan posibilidades más ciertas. Y allí, en el corazón del continente, se unirán en la lucha los patriotas de todos nuestros países, aprendiendo el arte de la guerra, conociendo a lo más pobre de nuestra América pobre y compartiendo sus penurias, forjando una hermandad que sólo da la lucha y que será la base de la futura unión de repúblicas latinoamericanas.

Cuando Fidel Castro llegó en 1959 a Montevideo, el pueblo colocó en el Aeropuerto de Carrasco una leyenda: "Fidel es nuestro".

Que es decir, Fidel es también de los uruguayos. Como son de los uruguayos el Che Guevara, Camilo Cienfuegos, Luis De La Puente, Fabricio Ojeda, Camilo Torres, Argimiro Gabaldón, José Luis Massetti, Angel Bengochea, Luis Augusto Turcios Lima, Manuel Marulanda, hermanos todos de la gran patria latinoamericana, y mucho más uruguayos por cierto para nosotros, que el Gral. Aguerondo o el Comisario Otero.

Por eso, nuestro Movimiento proclamó el año pasado a Fidel Castro como el Comandante en Jefe de la Revolución Latinoamericana, y por eso el Che representa hoy a la columna gloriosa que ha salido del cuartel general a recorrer llanos y montañas para derrocar la dictadura gorila continental.

Y en esas luchas, los uruguayos también tenemos un lugar donde podemos colaborar física y materialmente con nuestros hermanos, pero donde a la vez estaremos echando las bases del destacamento armado de la revolución uruguaya. Esta táctica no sólo nos per-

mitirá participar de un modo directo y mucho más activo en la lucha guerrillera, sino luchar para liberar alguno de los países vecinos, Brasil o Argentina, sin lo cual toda liberación uruguaya es imposible.

Desde luego que dentro de nuestra concepción, debe desterrarse tanto el cortoplacismo como el fatalismo logístico o geográfico.

Debe saberse bien que no hay posibilidad de victoria a corto plazo y que uno o varios lustros nos separarán de la meta una vez lanzada la lucha. Debe entenderse que aunque no tengamos vías terrestres de aprovisionamiento de armas desde países amigos, el verdadero arsenal revolucionario es el que se va formando en los combates con el enemigo, sin perjuicio de que recordemos una vez más el desembarco del ya legendario Granma, que como dijera Fidel, es el símbolo de una concepción táctica.

Dentro de los futuros ejércitos de liberación latinoamericanos, habrá también una o más columnas de uruguayos, que algún día regresarán a la tierra oriental para hacer cumplir las leyes que en 1815 Artigas dictó y un ejército imperial, antecesor de los marines yanquis de hoy, impidió aplicar.

Régis Debray

**¿REVOLUCION EN
LA REVOLUCION?**

**Extraído del
Cuaderno N° 1
de la Revista
Casa de las Américas**

Introducción

Régis Debray fue dado a conocer a los lectores de nuestra América con la publicación de su ensayo “América Latina: algunos problemas de estrategia revolucionaria”, en el número 13 de la revista Casa de las Américas (julio-agosto de 1965). En enero de ese mismo año había publicado en Les Temps Modernes “Le castritisme: la longue marche de l’Amérique Latine”. Reeditados varias veces, ambos trabajos iban a conocer una vasta audiencia, y harían de su autor, a los veintitantos años, uno de los intérpretes más lúcidos de la actual problemática latinoamericana.

Debray tuvo su primer contacto con el fenómeno revolucionario cubano en 1961: pudo asistir a la gigantesca campaña de alfabetización acometida ese año, que convertiría a Cuba en el primer país latinoamericano libre de analfabetismo. La deslumbrante certidumbre de una realidad vivida ratificó en él su interés por el estudio de los fenómenos revolucionarios contemporáneos, presididos por el pensamiento marxista. A sus concepciones no le ha faltado la confrontación con la realidad, y mucho menos la ha rehuido, sino que han nacido de ella, y conservan la inmediatez, e incluso la necesaria dosis de pasión, que tal nacimiento supone.

Después de Cuba, Debray recorrió varios países del continente, en contacto estrecho con revolucionarios, llegando a compartir en ocasiones la vida guerrillera. Supo pues de América Latina no a través de ideas preconcebidas, sino de experiencias. Profesor de filosofía —formado junto al gran pensador marxista Louis Althus-

ser—, fue extrayendo, de vuelta a Francia, las enseñanzas de sus días latinoamericanos: así surgieron los artículos mencionados, que pueden verse como las dos partes de un mismo trabajo. El rigor intelectual se alía en ellos con el conocimiento, desde el interior, de los hechos abordados.

A fines de 1965 volvió a Cuba, decidido a profundizar en la experiencia de la revolución cubana —a su juicio, no suficientemente estudiada. La agudeza de sus conceptos, su profunda capacidad de análisis y la originalidad de su enfoque, puestas de manifiesto en los trabajos anteriores, despertaron el interés de los círculos dirigentes de la revolución cubana, los que le brindaron las mayores facilidades para realizar su tarea de investigación. Durante todo el año 1966, tuvo oportunidad de hablar con numerosos participantes directos en nuestra gesta revolucionaria: entre otros, con quien concibió y dirigió esa lucha, el comandante Fidel Castro, con quien compartió largas jornadas, pudiendo escuchar los relatos de las experiencias vividas, a veces sobre el mismo escenario donde ocurrieron acciones militares decisivas. Tuvo además acceso a numerosos documentos inéditos de aquella etapa que pudieron conservarse: mensajes en pleno combate, instrucciones a los jefes militares en acción, partes de guerra, cartas y otros textos. Esto le permitió adquirir la más viva impresión de aquellos hechos históricos. Ningún otro entre quienes han escrito sobre la revolución cubana ha contado con tal caudal de material y datos para la investigación histórica.

Debray no ha hecho, desde luego, la historia de este proceso, pero ha derivado de él sus conclusiones fundamentales tanto de carácter militar como político, contrastándolas con la experiencia personal, de aciertos y errores, que conoció en otros focos guerrilleros, o de los cuales logró obtener una información fidedigna y fresca.

Es con verdadera satisfacción que iniciamos los Cuadernos de la revista Casa de las Américas con este ensayo, destinado sin duda, aún más que los anteriores de su autor, a despertar la atención de quienes, a lo largo del continente de Bolívar y Martí, Fidel y el Che, saben que el deber de un revolucionario es hacer la revolución.

Roberto Fernández Retamar

“La Revolución Cubana no puede repetirse ya en la América Latina”...

Esta frase, en boca de militantes latinoamericanos, se ha convertido en un clisé peligroso. Justa en ciertos aspectos, ha traído olvidos sangrientos.

A fuerza de decir que la Revolución Cubana no tendrá ya equivalente en el Continente, por el cambio que ha operado en la relación de fuerzas, hemos llegado a ignorar tranquilamente aquello que no puede ya repetirse. De la Revolución Cubana, se ignora hasta el abecé.

Primero, hemos reducido a Cuba a una leyenda dorada, la de los doce hombres que desembarcan y que se multiplican no se sabe cómo en un abrir y cerrar de ojos; después decimos que la realidad no tiene ya nada que ver con ese audaz cuento de hadas. Ese juego de manos ha dejado escapar sencillamente lo esencial, la realidad compleja del proceso insurreccional cubano.

¡Cuántas vueltas inútiles, cuántas experiencias infortunadas, cuánto tiempo perdido han resultado de ello para los movimientos revolucionarios del presente! Nosotros mismos hemos tratado de mostrar en estudios anteriores la amplitud de las transformaciones provocadas por Cuba en el Continente. Pero hay que dar fe del movimiento inverso que comienza un poco por doquier entre los combatientes y los militantes: vuelven con curiosidad a la experiencia cubana para advertir “el cómo” más que el brillo de la superficie, los “detalles políticos y militares, los mecanismos internos. ¿Y por qué? Porque al cabo de años de sacrificios y a veces de derroche, descubren verdades de orden técnico, táctico y aun estratégico que la lucha revolucionaria cubana había puesto en acción y practicado desde sus comienzos, a veces sin darse cuenta de ello. Descubren que cierta manera de aplaudir ruidosamente la leyenda de la insurrección fidelista ha podido encubrir, en sus propias filas, el desdén o la negativa a aprender de ella y discernir sus lecciones fundamentales.

Así, pues, tenemos que lamentar que nos falte todavía una historia detallada del proceso insurreccional cubano, que no puede venirnos sino de sus promotores y actores, y que esa falta nos fuerce a abreviar nuestras referencias en alusiones, cuando necesitamos una investigación sistemática.

Liberar el presente del pasado

Jamás somos completamente contemporáneos de nuestro presente. La historia avanza enmascarada: entra al escenario con la máscara de la escena precedente, y ya no reconocemos nada en la pieza.

Cada vez que el telón se levanta hay que anudar de nuevo los hilos de la trama. La culpa, desde luego, no es de la historia, sino de nuestra mirada, cargada de recuerdos e imágenes aprendidas. Vemos el pasado superpuesto al presente, aunque ese presente sea una revolución.

El impacto de la revolución cubana ha sido vivido y pensado, principalmente en la América Latina, a través de formas y esquemas ya catalogados por la historia, entronizados, consagrados. Por ello, pese a toda la conmoción que ha provocado, el golpe se ha recibido amortiguado. Hoy, calmada la algazara, se comienza a descubrir el sentido propio de Cuba, el alcance de su enseñanza, que antes había escapado. Una nueva concepción de la guerra de guerrillas ve la luz.

Entre otras cosas, Cuba ha recordado en primer lugar que la revolución socialista es el resultado de una lucha armada contra el poder armado del Estado burgués. Esta vieja ley histórica, de orden estratégico si se quiere, ha sido llenada al principio con contenidos tácticos ya conocidos. Se ha comenzado por identificar

guerrilla con insurrección, porque el arquetipo —1917— se había presentado bajo esta forma, y Lenin, seguido por Stalin, lo había teorizado en algunas fórmulas; fórmulas que no tienen nada que ver con la situación presente y que en vano se agitan periódicamente, como las que se refieren a las condiciones del estallido de la insurrección, entendida como asalto inmediato al poder central.

Pero esta diferencia saltó pronto a la vista. Después, la guerra de guerrillas americana se ha confundido casi con las guerras de guerrillas asiáticas, puesto que se trata también de una guerra “irregular” para sitiar las ciudades a partir del campo. Confusión más peligrosa todavía que la primera.

La lucha armada revolucionaria encuentra condiciones específicas en cada continente, en cada país, pero éstas no son “naturales” ni evidentes. Lo son tan poco, que en cada caso son necesarios años de sacrificios para descubrirlas y adquirir conciencia de ellas. Así, por instinto, los social-demócratas rusos pensaron en rehacer la Comuna de París en Petrogrado; los comunistas chinos trataron también de rehacer el Octubre ruso en el Cantón de los años 20; y los camaradas vietnamitas, un año después de la fundación del Partido, de provocar insurrecciones de soviets campesinos en el norte del país. Para nosotros, ahora, es obvio que las insurrecciones soviéticas no podían triunfar en el Asia colonial de la preguerra, pero los más auténticos militantes comunistas han debido comenzar por ahí el aprendizaje de su victoria.

Podría pensarse que es una suerte que Fidel no haya leído los escritos militares de Mao Tse-Tung, antes de desembarcar en las costas de Oriente: ha podido inventar así, sobre el terreno, a partir de su propia experiencia, las reglas de una doctrina militar conforme al terreno. Sólo al fin de la guerra es cuando su táctica se define y los rebeldes descubren los escritos de Mao.¹ Pero de nuevo

1 Como se sabe, Fidel halló en Martí su inspiración política fundamental, inspiración fortalecida y corregida desde ya antes del Moncada, por las ideas de Marx y de Lenin. De este último, prestó fundamental interés a las ideas contenidas en *El Estado y la Revolución*, donde la destrucción del viejo aparato estatal y sus medios represivos se convierten en un axioma revolucionario. Pero sus fuentes de inspiración militar fueron otras: *Realengo 18* de Pablo de la Torriente Brau; los relatos de las campañas de Máximo Gómez;

en la América Latina los militantes leen los discursos de Fidel y los escritos del Che Guevara con los ojos que han leído ya al Mao de la guerra antijaponesa, así como a Giap y ciertos textos de Lenin, y creen reconocer los segundos en los primeros. Superposición visual clásica, pero peligrosa, cuando la guerra revolucionaria tiene en la América Latina condiciones de desarrollo muy particulares, profundamente diferentes, que no podrá encontrar sino a partir de una experiencia propia. En ese sentido, todas las obras teóricas sobre la Guerra del Pueblo hacen tanto mal como bien: se les ha llamado gramáticas de la guerra. Pero se aprende más pronto el idioma de un país extranjero cuando se está en él y hay que hablarlo, que con una gramática en su casa. En tiempo de guerra esas cuestiones de rapidez son vitales, sobre todo en los primeros momentos, cuando una guerrilla casi sin armas e ignorante debe afrontar a un enemigo bien armado y que sabe.

Fidel achacaba un día la responsabilidad de ciertos fracasos guerrilleros al vínculo puramente intelectual con la guerra. Se comprende por qué: sin contar la debilidad física, la inadaptación a la vida de campaña, un intelectual tendrá que apresar el presente con montajes ideológicos preformados y vivirlo a través de los libros. Sabrá menos que otro inventar, improvisar, arreglárselas con los medios disponibles, decidir en el momento mismo una operación audaz para salir de un mal paso. Creyendo saber ya, aprenderá menos de prisa, sin flexibilidad. Y la ironía de la historia ha querido que la situación social propia de muchos países latinoamericanos delegue precisamente ese papel de avanzada en estudiantes y en intelectuales revolucionarios, que han tenido que desatar o más bien comenzar las formas más elevadas de la lucha de clases.

los textos de Engels que explican las difíciles condiciones de lucha callejera impuestas al proletariado parisino por el fusil de Chapessot y la abertura de grandes avenidas; *Por quién doblas las campanas*, de Hemingway (donde Pablo y su banda casi-guerrillera se mantienen en la Sierra en la propia retaguardia de los fascistas, entre Madrid y Segovia). Más que fuentes, estos libros son coincidencias: Fidel no encontró en ellos sino lo que estaba buscando. *Problemas estratégicos de la guerrilla antijaponesa* de Mao-Tse Tung cayó en las manos de Fidel y del Che después de la ofensiva del verano de 1958: con mucha sorpresa, leyeron en este libro lo que habían practicado apremiados por la necesidad.

Luego esos yerros, esos malentendidos, esas confusiones se han pagado. No demasiado caro, si pensamos en los desastres durante tanto tiempo repetidos de la primera guerra de liberación contra España. Se aprende enormemente sobre la guerra y la América leyendo una biografía de Bolívar, y también lecciones válidas para las guerras revolucionarias de la América de hoy. La más preciosa de todas: la tenacidad. Cinco veces expulsado del suelo americano en cuatro años, derrotado, ridiculizado, solitario, cinco veces ha vuelto, hasta la primera victoria, en Boyacá, con una obstinación que le hizo tener por loco. Aprendiendo cada vez un poco más: la necesidad de movilidad y de caballería para compensar su falta de efectivos y armamentos; la necesidad de hacer una guerra agresiva y de ataques rápidos, no defensiva y estática; la necesidad de quemar las naves y cortarse todo repliegue posible al declarar “la guerra a muerte” contra el español para precipitar la formación de lo que hoy llamaríamos “condiciones subjetivas” en sus propios partidarios y en los criollos; la trampa representada por Caracas en tanto los españoles fueran dueños de los campos; la necesidad de rodear las ciudades partiendo de los llanos y de bases de apoyo sólidas; la importancia, en fin, de algunos lugares (“Coro es a Caracas lo que Caracas es a América”).

La misma lección de tenacidad nos la ha recordado recientemente Fidel, más de una vez al borde del desastre. El Moncada (53), el desembarco del Granma (56) y, en menor medida, el fracaso de la huelga de abril del 58 son otros tantos reveses tras los cuales cualquiera hubiese regresado a casa en espera de días mejores. ¿Cuántos focos guerrilleros han fracasado en Guatemala antes de la consolidación de las guerrillas de Zacapa e Izabal? Más de cuatro, aniquilados o desmantelados. ¿Cuántos fracasos en Venezuela, cuántas traiciones y divisiones? Sin embargo, la guerrilla ha sobrevivido y recomienza con más fuerza: quizá aun la guerra misma empieza ahora de veras.

Los reveses sufridos por el movimiento revolucionario en la América Latina son verdaderamente poca cosa, si se miden por un período de tiempo que es prólogo de las grandes luchas de mañana, si se tiene en cuenta que los pocos años pasados corresponden a ese período de arrancada y reajuste que han atravesado todas las revoluciones en su principio. Más aún, lo que puede sorprender es que algunos movimientos guerrilleros hayan podido resistir tantos

ensayos y errores, unos evitables y otros no. Al decir de Fidel, eso es lo asombroso y lo que prueba hasta qué punto el movimiento es suscitado por la historia. De hecho, más que de fracasos hay que hablar de cierto explicable estancamiento y de falta de desarrollo rápido, consecuencias, entre otras cosas, de los desaciertos y errores inevitables en esta etapa de exploración de una concepción y un método revolucionario **nuevos**, pese a su engañoso parentesco con otras experiencias internacionales.

Todos los procesos revolucionarios decisivos han comenzado con algunos traspies por la razón que hemos evocado: porque los puntos de partida existentes son los que deja el proceso histórico precedente y se parte de ellos aun sin darse cuenta. De todos esos traspies el latinoamericano es el más benigno. En cada caso se ha tratado de rectificar el paso sin cambiar la dirección de la marcha, corregir la táctica sin renunciar a la estrategia justa ni a los principios. Es el momento que define los dos campos.

En cada país que ha hecho la experiencia de una revolución, este momento puso frente a frente a los revolucionarios de un lado y a los reformistas y futuros traidores, de otro.

Después de 1905, el pacifismo y el espíritu de derrota cobran fuerza en el partido Socialdemócrata ruso. Lenin, desde Ginebra, donde vive exilado, y otros, deben levantar la voz no para oponer la democracia representativa de las Dumas a la insurrección obrera, sino para oponer una insurrección bien dirigida a una insurrección no dirigida en lo absoluto. En China, al día siguiente de las derrotas de 1927, había que oponer —como lo hicieron Mao y otros— no el compromiso a la insurrección obrera sino el repliegue al campo y la Gran Marcha (forma de lucha propia de las condiciones chinas) al asalto rápido de las ciudades bajo la férula del Kuomintang enemigo. Después del desastre del Moncada, Fidel y sus compañeros supervivientes no pensaron en abandonar el principio de la lucha armada contra Batista, sino que le dieron un contenido distinto, más justo. Para un revolucionario el fracaso es un trampolín. Teóricamente más rico que el triunfo: acumula una experiencia y un saber.

De hecho, unos pocos años de experiencia en lucha armada de todas clases, en la América Latina, han hecho más para dar a conocer la singularidad de sus condiciones objetivas que las déca-

das precedentes de teoría política copiada. Históricamente, Cuba ha dado la arrancada a la revolución armada en América Latina. Esa arrancada, irreversiblemente efectuada a partir de una línea justa, es lo esencial.

“De hecho, ¿se habrá producido la eclosión de la lucha armada? ¿Estará su vórtice en Venezuela, Guatemala, Colombia, Perú, Ecuador? ¿Serán esas escaramuzas actuales sólo manifestaciones de una inquietud que no ha fructificado? No importa cuál sea el resultado de las luchas de hoy. No importa, para el resultado final, que uno u otro movimiento sea transitoriamente derrotado.

Lo definitivo es la decisión de lucha que madura día a día, la conciencia de la necesidad del cambio revolucionario y la certeza de su posibilidad”.²

Hoy, en la América Latina, una línea política que no pueda expresarse, en el plano de sus efectos, en una línea militar coherente y precisa, no puede ser tenida por revolucionaria. Toda línea presuntamente revolucionaria debe poder dar una respuesta concreta a esta pregunta: ¿cómo derribar el poder del Estado capitalista? Es decir, ¿cómo romper su esqueleto, el ejército, reforzado de día en día por las misiones militares norteamericanas? La revolución cubana ofrece a los países hermanos americanos una respuesta que hay que estudiar en los detalles de su historia: mediante la construcción más o menos lenta, a través de la guerra de guerrillas librada en las zonas rurales más propicias, de una **fuerza móvil estratégica**, núcleo del Ejército Popular y del futuro Estado Socialista.

Toda línea militar depende de una línea política, que aquélla expresa. Ahora bien, aun dentro de la lucha armada, estos últimos años han sido puestas a prueba otras líneas militares, dando un sentido muy distinto a la guerra de guerrillas. Más que malas interpretaciones de la respuesta cubana, se trata de esquemas políticos **importados**, disfrazados de líneas militares, y aplicados a condiciones históricas muy diferentes de aquellas en que esos esquemas tuvieron sus raíces. Tales son los casos de las concep-

2 Che Guevara: “Guerra de guerrillas: un método”.

ciones de la autodefensa armada; cierta manera de entender la propaganda armada y la base guerrillera; y en fin, la sujeción de la guerrilla al Partido como una pieza más añadida a su organización de tiempo de paz.

Esas concepciones, que han adquirido fuerza de línea en muchos lugares, han dado a la lucha armada popular un contenido trunco que puede juzgarse por sus resultados. Resulta útil investigar qué concepciones políticas las inspiran y cómo algunas plagian experiencias revolucionarias extrañas a la América Latina y a sus condiciones actuales.

Esas experiencias negativas nos permitirán quizá descubrir la enseñanza esencial que se debe sacar tanto de la fase insurreccional de la revolución cubana como de las luchas armadas de hoy.

La autodefensa armada

La autodefensa, como sistema y como realidad, está hoy liquidada en los hechos.

Colombia, con sus zonas de autodefensa campesina, y Bolivia, con sus zonas de autodefensa obrera, constituían los dos países en que esta concepción había tomado fuerza de línea. Esos dos “focos de subversión”, a unos meses de distancia, fueron liquidados por el ejército: Marquetalia, al sur de Colombia, ocupada en mayo de 1964, y las minas de Bolivia, invadidas en mayo y septiembre de 1965 después de trágicos combates. Esta doble derrota señala el fin de una época y atestigua la muerte de una cierta ideología. Es preciso que el movimiento revolucionario cante su responso de una vez por todas.

Fin de una época: la del equilibrio relativo de las clases. Principio de otra: la de la guerra total de clases, que excluye las soluciones de compromiso y los repartos del poder.

Frente a la polarización actual entre explotados y explotadores en un país neocolonial, el hecho de que pueda existir una porción de territorio en que el Ejército y el aparato del Estado no puedan proceder “al ejercicio normal de sus funciones”, es más de lo que puede soportar la nueva legalidad imperialista, pero no lo suficiente para ponerla en peligro. El fracaso de la autodefensa armada de las masas corresponde, en el plano militar, al fracaso del reformismo en el plano político. En el nuevo marco de la lucha a muerte no hay lugar para las soluciones bastardas, para la búsqueda de equilibrio oligarquía-fuerzas populares, para los pactos tácitos de no agresión. La dictadura de las oligarquías nos pone en la alter-

nativa de pasar a su destrucción en bloque o aceptarla en bloque: no quedarse en el medio. Además, la autodefensa está hoy desacreditada; sus propios partidarios de ayer la han transformado en el comienzo de más altas formas de lucha. Pero ¡cuidado!: tiende a renacer bajo formas más seductoras y, desde luego, ocultando su nombre. Tiende a renacer porque se arraiga en una ideología vivaz como Proteo. En el momento en que la autodefensa se ahogaba, el trotskismo ha llegado para tenderle la mano y tratar de darle vida. Este renacimiento es el que nos ocupa ahora.

En el sustrato ideológico de la autodefensa se encuentran ideologías de las cuales Lenin ha dicho repetidamente que eran naturales de la clase obrera y que volverían a tomar la delantera cada vez que los marxistas y los comunistas bajaran la guardia: el “economismo” y el “espontaneísmo”. El economismo es la defensa exclusiva de los intereses profesionales de los trabajadores contra las usurpaciones del poder patronal a través del sindicato; como está excluido atacar al poder político de los patrones, al Estado burgués, esa defensa acepta y avala de hecho lo que pretende combatir. No es un mero azar que en Bolivia, donde por más tiempo ha predominado la tradición anarcosindicalista entre los trabajadores, la lucha de éstos revista, desde la revolución de 1952, la forma de milicias obreras de autodefensa.

El término de autodefensa no es el más conveniente: sugiere una actitud pasiva, temerosa y replegada, pero éste no es siempre el caso; es incluso excepcionalmente el caso. ¿Quién pondrá en duda el heroísmo combativo de los proletariados europeos antes de “la importación del marxismo a la clase obrera”, según la fórmula de Lenin? ¿Y la pericia y coraje de los campesinos colombianos, que fueron las víctimas principales de esa terrible guerra civil de diez años, donde cayeron más de cien mil de ellos? ¿Quién negará que la abnegación y la solidaridad de los obreros parisienses de las Jornadas de Junio y la Comuna se encuentran hoy día en los cuarenta mil mineros y “fabriles” de La Paz, héroes de la primera revolución obrera de América, en 1952?

La autodefensa no adolece de una falta de audacia en sus promotores. Por el contrario, a menudo adolece de una admirable profusión de sacrificios, de un despilfarro de heroísmo que no conduce a nada, es decir, a todo salvo a la conquista del poder político. Mejor valdría, pues, hablar de un espontaneísmo armado. Su pro-

pio origen ideológico nos revela su época de elección: anterior a Marx. Autodefensa habría podido llamarse la insurrección india dirigida por Túpac Amaru II en el Perú, a fines del siglo 18. Los indios se levantan por decenas de millares, expulsan a los latifundistas criollos, matan al español en el mismo lugar y recuperan sus tierras robadas por las "encomiendas". El movimiento se dispersa pronto en victorias locales; los indios, a medida que se acercan a la costa, ocupan las tierras y permanecen en la montaña: ningún ejército más o menos regular, ninguna fuerza de choque independiente; los insurgentes, dueños del país, desdeñan marchar sobre Lima, cabeza del virreinato. Lima tiene tiempo, pues, para reagrupar un ejército, y la reconquista se opera sin dificultades en las condiciones que pueden imaginarse. Autodefensa habría podido llamarse a la insurrección de los Comuneros de Colombia, dirigida por la famosa Manuela Beltrán, casi en la misma época.

En resumen, hubo insurrecciones obreras antes del advenimiento del socialismo científico, como hubo guerras campesinas antes de las guerras de guerrillas revolucionarias: no por ello tienen algo que ver unas con otras. La guerrilla es a la sublevación campesina lo que Marx es a Sorel.

Así como el economismo niega el papel de vanguardia del partido, la autodefensa niega el papel del destacamento armado, orgánicamente distinto de la población civil. Así como el reformismo apunta a constituir un partido de masas sin selección de los militantes ni organización disciplinada, la autodefensa aspira a integrar a todo el mundo en la lucha armada, a constituir una guerrilla de masas, con mujeres, niños y animales domésticos en el seno de la columna guerrillera.

Así como el espontaneísmo no aspira al poder político para los explotados y, en consecuencia, no se organiza en partido político, la autodefensa no aspira a la supremacía militar para los explotados y, en consecuencia, no aspira a organizarse en ejército popular regular, con su movilidad e iniciativa propias. Se dirá que hay autodefensa allí donde la fuerza móvil estratégica no es el objetivo número uno de la lucha armada, allí donde la conquista del poder político no es la perspectiva consciente y visible de la lucha armada. La autodefensa no excluye necesariamente la insurrección. Pero esta insurrección será siempre local y no buscará extender su acción al conjunto del país: la autodefensa es parcial y la gue-

rrilla revolucionaria aspira a la guerra total al combinar bajo su hegemonía todas las formas de lucha en todos los puntos del territorio. Local y, por tanto, localizada de antemano, la comunidad en autodefensa no tiene iniciativa. No puede elegir el lugar del combate, no se beneficia de la movilidad, del efecto de sorpresa ni de la capacidad de maniobra. Ya descubierta, la zona de autodefensa será objeto de un cerco y un ataque minuciosamente preparado por el enemigo en el momento escogido por éste. La zona o la ciudad defendidas por su población misma no pueden sino esperar pasivamente el ataque del enemigo y depende de su buena voluntad. No obliga tampoco al enemigo “a que dé los pasos necesarios para que la situación no retroceda” (Che Guevara). No obliga a la democracia representativa o al régimen oligárquico a revelar a la luz del día su contenido de clase; la autodefensa permite a la clase dominante no desenmascarse como dictadura de la violencia; mantiene “el equilibrio dictadura oligárquica-presión popular” en lugar de “violentarlo” (Che). Entra en el juego y hace el juego a la clase dominante, favoreciendo los equívocos en el seno de las clases dominadas, disfrazando de victoria las soluciones de compromiso.

En Vietnam sobre todo, y en China también, la autodefensa armada de los campesinos, organizada en milicias, ha desempeñado papel importante, como piedra básica del edificio de las fuerzas armadas de liberación. Pero la autodefensa se extendía a zonas militarmente ya liberadas o semiliberadas, y no constituía en modo alguno zonas autónomas. Esos territorios de autodefensa no eran viables sino en razón de una guerra total que se libraba en otros frentes, con las fuerzas regulares y móviles del Vietminh. Permitían integrar a toda la población en esa guerra sin hacer descansar sobre ella el peso principal de la lucha; dispersando el cuerpo expedicionario francés, aligeraban la tarea de las fuerzas regulares y semirregulares y les permitían concentrar un máximo de efectivos en frentes de combate escogidos en función de los planes estratégicos elaborados por un Estado Mayor. En América Latina, todavía más que en Vietnam, la autodefensa no puede bastarse a sí misma, al menos si se pretende evitar la eliminación de la población civil.

La autodefensa no es nada más que una parte mínima de un todo con características especiales [escribe el Che Guevara

en su prólogo a las obras de Giap]. Nunca puede concebirse una zona de autodefensa como un todo en sí, es decir, una región donde las fuerzas populares traten de defenderse del ataque del enemigo, mientras todo el territorio exterior a dicha zona permanece sin convulsiones. Si así sucediera, el foco sería localizado, atenazado y batido, a menos que pasara inmediatamente a la fase primera de la guerra del pueblo, es decir, a la guerra de guerrillas.

Algún tiempo después de que el Che escribiera ese texto, “la zona de autodefensa campesina” de Marquetalia y las otras “repúblicas independientes” fueron ocupadas y disueltas por el enemigo, y Marulanda tuvo que volver a la guerra móvil. Una zona de auto-defensa establecida, cuando no es el resultado de una derrota militar, aun parcial, de las fuerzas enemigas, ni está protegida por un frente guerrillero en constante ofensiva, no es más que un coloso con pies de arcilla, su desplome asesta un golpe a la moral de las fuerzas populares tanto más grave e inesperado cuanto más inalterable parece ese tipo de statu quo; una mitología eufórica se desarrolla, y envuelve la realidad de esas zonas: como éstas duran desde hace años, se olvida que son el fruto de un compromiso tácito, no de una victoria real, y se les cree inexpugnables. La vigilancia se adormece; se olvida cada vez más poner a prueba las milicias, velar por su entrenamiento, por su armamento; la disciplina se relaja. Del lado revolucionario, esos territorios presuntamente liberados se convierten en simple objeto de propaganda política, coartadas para la inacción más que incitaciones a mayor acción. Del lado de la reacción, pretextos hallados a punto para presentarse como guardiana de la unidad nacional y la integridad del territorio, amenazado por ese quiste canceroso, y para atacar a los comunistas “separatistas”; la burguesía infla poco a poco el peligro real y el miedo que siente con fines de propaganda, inflamiento del cual pueden ser víctimas los propios revolucionarios, que acaban por creer que la guerrilla es, en efecto, un cáncer y que sólo el tiempo se encargará del paciente. Así, el “desinflamiento” de esas zonas, cuando el ejército pasa al ataque después de largos preparativos realizados con toda comodidad, hará mayor efecto: gran victoria para la burguesía, gran derrota para la revolución “castro-comunista”... ¿Qué hay en realidad?

Si se juzga por la historia de Cuba y de algunos otros países de América Latina, la guerra de guerrillas parece pasar por las etapas siguientes: la etapa de asentamiento primero; la etapa de desarrollo, señalada por la ofensiva enemiga llevada a cabo aun con todos los medios disponibles (cercos operativos y tácticos, rastillaje, tropas aerotransportadas, bombardeos, etc.); finalmente, la etapa de la ofensiva revolucionaria, política y militar a la vez.

Durante la primera etapa, la más difícil de superar evidentemente, la más expuesta a las contingencias de toda naturaleza, el grupo inicial conoce un período de nomadismo absoluto al comienzo; después, un período más largo de fortalecimiento o habituación de los combatientes, organización de correos regulares, de líneas de aprovisionamiento, de relevos, de depósitos de armas, para llegar a la fase final del asentamiento verdadero o constitución mínima de una zona de operaciones. Esta progresión ve crecer el número de combatientes en valor absoluto, pero también disminuir su proporción relativa, puesto que se desarrollan los servicios, las pequeñas industrias, los cuadros-oficiales; en otras palabras, la parte de la técnica aumenta (armamento, comunicaciones, producción, explosivos, escuelas de reclutas, etc.) para responder al desarrollo de la potencia de fuego de la guerrilla y de su poder ofensivo.

Ahora bien, una zona de autodefensa como la de Marquetalia daba la impresión de haber llegado al término de esa primera etapa (consolidación de una zona de operaciones) y de que podía pasar a la segunda: hacer frente a una ofensiva enemiga, tomar la iniciativa táctica, destacar elementos de la columna madre para crear otros frentes guerrilleros. Nada de eso. Como los territorios de autodefensa campesino no habían coronado el término de una lucha armada revolucionaria, sino de una guerra civil entre conservadores y liberales, sin conclusión clara, sin efecto sobre el potencial militar del enemigo, la guerrilla, comenzando por la de Marquetalia, tuvo que regresar a la primera fase, a la fase nómada, sin dejar de estar embarazada por las familias de los combatientes, las tareas de evacuación de la población, el cuidado del ganado y las propiedades agrícolas, etc.

Bolivia: una situación análoga, en un medio obrero, asume aspectos de tragedia. Veintiséis mil mineros de las grandes minas de estaño nacionalizadas están distribuidos por casi todo el altiplano, pero

la principal fortaleza minera se concentra en una faja de terreno de quince kilómetros de largo por diez de ancho; donde se encuentran las minas "Siglo Veinte", "Huanuni" y "Catavi". En 1952 los mineros destruyen al ejército de la oligarquía, establecen un gobierno liberal, reciben armas y una apariencia de poder. La revolución se aburguesa. Los mineros se escinden poco a poco. Tienen armas, milicias, radios, un sindicato poderoso, dinamita y detonadores —instrumentos de trabajo de cada día— y, además, el control de la riqueza fundamental del país, el "metal del diablo", el estaño. Replegados sobre sí mismos, semimpotentes, semindolentes, dejan a la burguesía nacional reconstituir un ejército y jalonan su reinado de huelgas, escaramuzas y combates. En pocas palabras, sobreviven; y después, como es natural, el ejército puesto en pie por la burguesía se traga a ésta con un golpe de Estado; de los Estados Unidos llega la orden de destruir el movimiento obrero y la junta militar provoca friamente a los trabajadores al arrestar a su viejo jefe sindical Lechín. La huelga general indefinida propuesta por los trotskistas es decretada en mayo de 1965; los cuerpos de élite del ejército, "rangers", tropas paracaidistas especiales y la infantería clásica cercan las minas y desatan un combate frontal contra las milicias de los mineros; la aviación bombardea una mina cerca de La Paz y ametralla otra. Resultado: muertos por centenares del lado de los mineros y por decenas del lado de los soldados; las minas son ocupadas por el ejército, los soldados fuerzan las puertas de las casas y ametrallan a ciegas a las familias. Se proscriben, encarcela o mata a los dirigentes sindicales y a los mineros más combativos. Objetivo alcanzado. Todo está en orden, aun el odio y las lágrimas de rabia. Hasta la próxima vez.

En el marco de una insurrección general combinada entre diversas minas, La Paz, y ciertas regiones rurales, si esta insurrección viene a coronar una larga guerra de desgaste librada en otras partes y con otros medios, los mineros organizados en sindicatos revolucionarios pueden desempeñar un papel decisivo. Pero una cosa parece imposible: que una insurrección espontánea acabe en pocos días con un ejército moderno, entrenado y engrosado por una misión militar norteamericana bien equipada, dotado de una fuerza de choque numéricamente reducida pero agresiva. En resumen, los tiempos han cambiado: es difícil repetir 1952 en 1966.

¿Qué posibilidad de defensa y de ataque victorioso tienen hoy los mineros?

Los milisianos son trabajadores de minas nacionalizadas. En caso de huelga o insurrección, el gobierno corta las carreteras, es decir, los víveres. El aprovisionamiento de los habitantes de las minas se efectúa desde La Paz por tren y camión. En el lugar, a 4,000 metros de altura, los riscos no producen gran cosa; algunas comunidades de indios aymaraes cultivan papas y quina, y secan carne de llama. De esta economía de subsistencia no se saca nada serio. Por ello los camaradas tienen necesidad de una victoria rápida, pues no disponen de víveres para más de una decena de días; pasado ese tiempo, no más leche para los niños, no más medicamentos en los hospitales, no más carne en la "pulpería". En cambio, los mineros impiden la salida del mineral, bloquean los trenes a la salida de las minas. Pero la pelea es desigual: comienzan vencidos. El gobierno tiene fondos en los bancos, préstamos norteamericanos a su disposición, almacenes comerciales, acceso al puerto de Chile, y pueden mantenerse largo tiempo sin mineral.

El minero en armas compromete cada día un poco más el aprovisionamiento de su familia: la suerte de uno es la suerte de la otra; ve a su hijo languidecer ante sus ojos, y a sus compañeros de trabajo atacados de silicosis, agotados, agonizar por falta de medicamentos —algunos siropes no más—. Si estuvieran solos, independientes, si estuvieran organizados en unidades reducidas, un golpe de mano contra los almacenes de las ciudades vecinas bastaría para aprovisionarlos por unas semanas. Pero tal como están, el hambre alcanza por igual a ellos y a sus familias.

Las minas son también ciudades, inmensas barracas grises sin ventanas, construidas a alguna distancia de los pozos, donde sobreviven las familias. Altiplano helado. Ni árboles ni arbustos: un zócalo de tierra roja que se prolonga hasta el horizonte, una luminosidad intensa. Las casas se alinean en hileras rectilíneas, objetivo fácil y destacado para los bombardeos. El bombardeo no compromete la producción: no se trata más que de la población.

Por lo demás, la mina es subterránea y las instalaciones de superficie reducidas. Los hornos de fundición están en Inglaterra y en los Estados Unidos. Otra debilidad: las minas están separadas por varias decenas de kilómetros; es fácil para el ejército aislarlas y dominarlas una por una; difícil para los mineros agru-

parse para coordinar la resistencia. Ningún plan, ningún mando militar centralizado, ninguna preparación militar ni medio de transporte; por lo demás, sólo los movimientos de noche estarían permitidos a las formaciones de milicia. A lo sumo, algunos comandos podrían moverse de día, sobre objetivos limitados, aun en la retaguardia del enemigo, hacia las ciudades. Pero este tipo de acción rebasa la autodefensa y las condiciones concretas de vida de los milicianos, que no tienen cada día sino el tiempo de dormir y malcomer, para continuar su trabajo por un salario promedio de 30 ó 40 dólares al mes. De ahí la impaciencia o la desesperación, hay que hacer algo para romper el cerco. ¿Pero qué? Acción suicida, sin preparación; la dinamita no puede nada contra una ametralladora 30 cuando se la arroja a mano, y los fusiles —viejos, de repetición— datan de la guerra del Chaco. Pocas balas, cuestan caras. ¿Y qué se puede contra la aviación? Para destruir un ejército es necesario otro, lo que supone entrenamiento, disciplina y armas. La fraternidad y el coraje no hacen un ejército. Ejemplos: España, la Comuna de París. . .

Clavados a su lugar de trabajo; junto a las mujeres que combaten y los niños; expuestos a todas las represalias contra los suyos y contra ellos mismos; sin capacidad de maniobrar ni para destacarse de su base en formaciones organizadas; sin organización militar; sin dirección ni medios. En resumen, sin posibilidad material de transformarse en fuerza móvil, los mineros están condenados simplemente a la matanza. Depende del ejército escoger el día y la hora de la matanza; por dónde comenzará, por qué ruta subirán las columnas de soldados, dónde aterrizarán las tropas especiales. La iniciativa y el secreto de los preparativos son dejados a la tropa; a los mineros, solamente el alarde, con sus propios recursos, a la luz del día. Si atacan, su base de partida, ya conocida, es fácilmente liquidada. Su contraataque, por otra parte, no puede ir muy lejos, pues la naturaleza del terreno es tal, que su base les retiene y les atrae como un elástico en la espalda.

Dotar o no a las fuerzas populares de un destacamento armado, orgánicamente independiente de la población civil, liberado de las tareas de la defensa civil y que aspira a la conquista del poder político, tal es el criterio decisivo que distingue en ese punto fraseología y teoría revolucionaria. Se sabe que el trotskismo hace mentir al sentido común, ya que en su propia división está su

fuerza. Está en todas partes y en ninguna, se entrega ocultándose, no es jamás lo que es, trotskista. La ideología trotskista surge hoy de varios lados, tomando como pretexto algunos fracasos transitorios de la acción revolucionaria, pero es siempre para proponer la misma "estrategia de toma del poder". Resumámosla.

Las masas obreras y campesinas reclaman en todas partes el socialismo, pero no lo saben todavía por estar bajo la férula de las burocracias stalinistas. Hay que despertar, pues, la espontaneidad latente de los trabajadores. Para obtener ese fin la guerrilla no es la forma más elevada de la lucha revolucionaria; hay que instalar en la base "el doble poder", es decir, llamar a la formación de comités de fábrica y comités campesinos cuya proliferación permitirá al fin constituir la Confederación Unica de Trabajadores; esta Confederación, através de la insurrección instantánea y general de la montaña y la ciudad, será el instrumento de la toma del poder. El trabajo de agitación debe desde ahora aspirar a desatar huelgas y manifestaciones obreras. En el campo, a constituir sindicatos campesinos; proceder a la invasión de las tierras; organizar insurrecciones localizadas que poco a poco ganen la ciudad con la consigna de: Revolución Socialista. Los trabajadores deben desde ahora, paso a paso, tomar el control de los medios de producción. Después, alzarse directamente contra el poder del Estado, en el acto, sin intermediarios ni destacamentos especializados. La Revolución partirá de las luchas económicas existentes o latentes, que se agudizarán hasta convertirse en insurrección de masas: que pasa directamente de la acción sindical a la insurrección.

Perú, Guatemala y Brasil (Sao Paulo y Nordeste) fueron los tres países elegidos por el Buró Latinoamericano de Buenos Aires, sección de la IV Internacional. Así operó Hugo Blanco, llegado de la Argentina, con los campesinos del Valle de la Convención; las ligas campesinas de Juliao debían ser "trabajadas" en el mismo sentido, y tal fue la línea impuesta por la Internacional de Posadas hasta estos últimos meses a Yon Sosa en Guatemala, aprovechando su estado de abandono y la falta de ayuda de otras organizaciones políticas. **Revolución Socialista**, en su tiempo órgano del "13 de Noviembre", escribe en su primer número (julio del 64): "La concepción de organizar la insurrección armada por etapas, a través de la llamada guerra del pueblo, es formal, bu-

rocrática y militarista. Lleva en el fondo la subestimación de las masas, su utilización y la postergación de su intervención directa." El trotskismo da una gran importancia al carácter socialista de la Revolución, a su programa futuro, y quisiera que se le juzgara por esta cuestión puramente fraseológica, como si declarar mil veces que la revolución debe ser socialista la ayudara a nacer. Pero el nudo de la cuestión no es teórico, reside en las formas de organización a través de las cuales se realizará "la Revolución Socialista". Entonces se descubre no solamente que esa revolución de que se nos habla es una utopía, sino que los medios que se emplean en ello no llevan a la revolución, sino a la liquidación muy poco utópica de los movimientos populares existentes. Dejemos sobre este punto la palabra al frente guerrillero "Edgar Ibarra", destacamento de las FAR de Guatemala, que después de haber demostrado la vanidad de un programa democrático-nacional para la revolución guatemalteca y la "inexistencia de la burguesía nacional", se dirige así al movimiento trotskista:

Toda esta posición [trotskista] lleva, mediante una hábil maniobra, a quitarle el contenido revolucionario a la guerrilla; a negar su desarrollo hasta convertirse en el ejército del pueblo; a negar el papel del campesinado en la guerra revolucionaria de nuestros países; a negar la necesidad de la derrota militar del imperialismo y sus lacayos para arrebatarle el poder; a ocultar el carácter de guerra prolongada de la lucha armada y presentar ilusoriamente la perspectiva insurreccional a corto plazo; a dividir a las fuerzas del pueblo y los esfuerzos de los revolucionarios, distrayéndolos en la organización pacífica de sindicatos y organizaciones de masa.³

Decidámonos por un momento a tomar en serio la concepción trotskista, y no como la pura y simple provocación que es en la práctica. Saltan a la vista varias confusiones. El calco obrerista del modelo de células de empresa y sindicatos proletarios sobre la

3 Resumen de la carta que el destacamento guerrillero "Edgar Ibarra" dirigió al CC del PGT (Partido Comunista) y a la dirección nacional del Movimiento "13 de Noviembre", en octubre del 64, con motivo de los conflictos que surgieron en el movimiento revolucionario guatemalteco.

realidad campesina (lo que es válido en la fábrica de la metrópoli capitalista, sería válido para la comunidad india, que tiene la edad de la sociedad maya o inca); la subestimación, paradójica después de semejante calco, del papel de la clase obrera como fuerza directora de la revolución; la confusión de la lucha armada —como largo proceso de formación de un ejército popular en el campo— con el asalto directo al poder o insurrección tipo bolchevique en la ciudad; una incomprensión total de la relación de fuerzas entre la clase campesina y la clase dominante. Cualesquiera sean esas confusiones teóricas, y hay muchas, una cosa es cierta: el bello aparato verbal funciona en la realidad como una trampa, y la trampa se cierra sobre los trabajadores agrícolas, y a veces también sobre sus promotores. Promover asambleas públicas del pueblo en una aldea indígena, reuniones sindicales abiertas, es simplemente denunciar a sus habitantes a las tropas represivas, y los cuadros políticos a la policía: es enviarlas a la prisión o a la fosa.

“Las consignas de ocupación de tierras y fábricas” —dicen los compañeros guatemaltecos en el mismo documento—, “que podrían ser empleadas en determinadas etapas de la lucha, al ser planteadas anárquicamente conducen a provocar matanzas y reveses muy grandes de los campesinos y obreros que no tienen aún respaldo para apoyar esas invasiones. La famosa “disputa” de la propiedad de los medios de producción a la burguesía es inconcebible bajo el control de todo el aparato de represión de las clases dominantes. Esta táctica podría ser aplicada en zonas donde el desarrollo de la guerrilla o del ejército popular impidiera la oleada represiva. De otra manera, ofrece los blancos más vulnerables del pueblo a los golpes del enemigo. Acciones como éstas pueden adquirir contenido de verdadera provocación, causando derrotas que conduzcan al pueblo a inhibirse políticamente como única forma de defenderse de la represión.”

En el fondo, el trotskismo es una metafísica empedrada de buenas intenciones. ⁴ Cree en la bondad natural de los trabajadores, siempre pervertida por las burocracias malignas, pero en el fondo jamás abolida. Hay una esencia proletaria presente en el fondo

⁴ Para una buena descripción de la actitud troskista, ver Sartre: “Los comunistas y la paz”.

de los campesinos, igual que de los obreros, que ningún accidente podrá alterar. Basta, para revelarla a sí misma, devolverle la palabra, fijarle los objetivos que ve sin ver, que se propone en silencio, y el socialismo pasará a los hechos de un golpe, sin dilación, todo limpio.

Porque el trotskismo, llegado a su último punto de degeneración, es una metafísica medieval, está sujeto a las monotonías de su función. En el espacio, dondequiera igual: los mismos análisis de coyuntura sirven en el Perú y en Bélgica.

En el tiempo inalterable: el trotskismo no tiene nada que aprender de la historia, tiene ya la clave de ésta: la guerra permanente de los trabajadores, indefectiblemente socialistas —por esencia— hasta en su actividad sindical, contra el formalismo perverso de las burocracias stalinistas: Prometeo luchando sin cesar contra un Zeus de mil cabezas para robarle y mantener vivo el fuego de la liberación. ¿Dónde se ha visto el análisis concreto de una situación concreta en la pluma de un trotskista?

Condenado a vivir el presente con las categorías del pasado, se seca en vida. ¿No ha tenido más que fracasos? Los saboteadores de la revolución están en todas partes. La contradicción es que esos guardianes de la espontaneidad de las masas, partidarios de abandonar al proletariado agrícola a sus rencores salvajes, liberado de esa casta “militarista” llegada de las ciudades que son las guerrillas y, al fin, devuelto a sí mismo, son a menudo militantes extranjeros, venidos de afuera o de un país vecino. Y no llegados para participar en un Movimiento de Liberación, para servirle, lo que es el internacionalismo mismo, sino para dirigirle y asumir su control, utilizando sus debilidades, lo que es diferente. Extraña espontaneidad: no nace en el lugar, se importa. ¿Pero por qué asombrarse? Metafísica abstracta, sin contacto con la realidad de la historia, ni aun de una sola historia, la ideología trotskista no puede sino ser aplicada desde afuera. No cabiendo en ninguna parte, hay que aplicarla en todas partes, a la fuerza. ⁵

5 Eso no justifica el ukasa ni el tabú que ocultan todavía para algunos la persona y las obras de Trotsky, del cual decía Lenin poco antes de morir: “Personalmente, tal vez sea el hombre más capaz del actual C. C., pero también es presuntuoso en exceso y se apasiona demasiado por aspectos puramente administrativos del trabajo”. (*Obras completas*, t. cr, p. 602).

Así, viene a ocurrir en los hechos que, paradójicamente, para el trotskismo ultrarrevolucionario, como para la autodefensa reformista, la guerra de guerrillas traduce una tendencia militarista a apartarse de las masas. La insurrección trotskista se asemeja a la autodefensa: provocadoras una y otra, en nombre de las masas contra los aparatos, en nombre de la acción de las masas contra la acción de un “puñado de aventureros”. Las masas tienen buenas espaldas. Estos buenos teóricos las llevan al suicidio cantando himnos a su gloria.

Una y otra hacen del sindicato la base de organización y el motor de la lucha de clases, la autodefensa en la realidad y el trotskismo en la realidad y la teoría. He aquí lo que nos explica una sorprendente coincidencia: se nos hablaba de trotskistas ultraizquierdistas; es todo lo contrario. Trotskismo y reformismo se dan la mano para condenar la guerra de guerrillas, frenarla o sabotearla.⁶ No es mero azar que esos dos movimientos hayan tomado a la Revolución cubana como blanco de sus ataques en todas partes, en la América Latina como en el resto del mundo. He aquí lo que explica también por qué los nuevos movimientos guerrilleros que surgen con fuerza, como las FALN en Venezuela, bajo la comandancia de Douglas Bravo, como las FAR de Guatemala, han tenido que batirse en dos frentes. La carta-programa de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Guatemala, que hemos citado, está dirigida al mismo tiempo al Partido Guatemalteco del Trabajo (Comunista) en su antigua forma, antes de su transformación, y al Movimiento “13 de Noviembre”, el de Yon.Sosa, entonces dominado por los trotskistas. En base a esa notable definición de las formas y el contenido de la revolución guatemalteca se han creado las nuevas Fuerzas Armadas Revolucionarias a fines del año 1965,

6 Se confrontará con provecho el artículo de Henri Edme en *Les Temps Modernes* (abril, 66) y el Pumaruma, dirigente de “Vanguardia Revolucionaria”, organización peruana de origen remotamente trotskista; el primero, el de Edme, expresa con mucha agudeza en sus premisas, el punto de vista de los partidos comunistas más tradicionales. (Ver la respuesta de Osvaldo Barreto, en próximo cuaderno de la revista *Casa de las Américas*). Los dos autores formulan conclusiones análogas, por lo demás muy imprecisas: autodefensa campesina localizada en el campo, formación de cuadros y luchas políticas “evolucionadas” en la ciudad.

de acuerdo con el Partido Guatemalteco del Trabajo, renovado y rejuvenecido.

¿Qué enseña la experiencia adquirida hasta hoy?

La guerrilla revolucionaria es clandestina. Nace y se desarrolla en secreto; los propios combatientes usan seudónimos. En sus comienzos se mantiene invisible, y cuando se deja ver es en el momento y lugar escogido por su jefe. En su acción como en su organización, la guerrilla es independiente de la población civil, y por consiguiente no tiene que asumir la defensa directa de la población campesina. La protección de la población descansa en la destrucción progresiva del potencial militar del enemigo, es relativa a la relación global de las fuerzas: la población estará totalmente segura cuando las fuerzas adversas sean puestas fuera de combate totalmente. Si el objetivo principal de una guerrilla revolucionaria es la destrucción del potencial militar enemigo, no puede esperar que el enemigo vaya a ella para tomar la iniciativa y pasar al ataque. Ese objetivo, en todo caso, requiere del foco que éste se mantenga independiente de las familias residentes en su zona de operaciones.

Primero, para proteger a la población del ejército represivo. Frente a los guerrilleros inasibles, el ejército desata la venganza sobre los campesinos, a los cuales supone en contacto con aquéllos; si descubre a uno que no ha comunicado una información a la tropa, lo mata y lo titulará guerrillero en su informe al Estado Mayor para sacar más provecho de su heroísmo. La movilidad, ventaja de la guerrilla revolucionaria sobre la población civil, le impone una especial responsabilidad frente a los campesinos expuestos día y noche a la represión, eterna víctima por sustitución. La guerrilla es, pues, clandestina por partida doble y se preocupa tanto de la seguridad de los campesinos como de la de los combatientes. Las dos seguridades, a fin de cuentas, no son más que una. Los guerrilleros evitan tanto ir a los pueblos como permanecer a sabiendas de todos en una casa o en las tierras de una familia; si penetran en un pueblo, van a todas las casas para comprometer a todas las familias sin hacer resaltar a un colaborador o no se detendrán en ninguna de ellas. Si tienen que dar un mitin, simulan reunir a la población por la fuerza, y ésta tendrá así, frente a la represión, la excusa de haber cedido a la amenaza. Los contactos

se hacen fuera del pueblo, clandestinamente, y desde luego fuera de los campamentos guerrilleros, utilizando, si es necesario, intermediarios, personas u objetos. Informadores y colaboradores no se conocen entre sí. En la guerrilla misma, un muy pequeño número de responsables conoce las redes de contacto. Un colaborador “quemado” de la región que pide integrarse a la guerrilla es aceptado sin discusión, aun si llega sin arma; etc.

Después, para proteger la propia seguridad de la guerrilla. “Vigilancia constante, desconfianza constante, movilidad constante”. Estas son las tres reglas de oro. Las tres conciernen a la seguridad. Varias razones de buen sentido imponen la desconfianza respecto de la población civil y obligan, pues, a mantenerse alejados de ella. Por su misma situación, los civiles están expuestos a la presión y a la presencia constantes del enemigo, que tratará de comprarlos, corromperlos o arrancarles por la violencia lo que no pueden comprar. Además, por no haber sido sometidos a una selección y a una preparación técnica similar a las de los combatientes, los civiles, en la zona de operaciones, estarán más expuestos a la infiltración del enemigo o a la corrupción moral. Por ello, los campesinos, aun los colaboradores, no pueden generalmente ir a los campamentos cuyo emplazamiento ignoran, lo mismo que ignoran, desde luego, los diferentes depósitos, los lugares de destino o la orientación real de las patrullas guerrilleras que pueden ver pasar. “Ocultábamos nuestras intenciones a los campesinos” —cuenta el Che—, “y si alguno pasaba por el lugar de una emboscada, lo reteníamos hasta que se produjera.”⁷ Esta vigilancia no es forzosamente desconfianza: un campesino puede fácilmente cometer una indiscreción y más fácilmente aún verse sometido a la tortura. Se sabe por qué esta vigilancia se ejerce ante todo sobre los guías, todos cuidadosamente desinformados por los guerrilleros sobre el lugar de dónde vienen o a dónde van, etc.⁸

7 Ernesto Che Guevara: *Pasajes de la guerra revolucionaria*.

8 El primer guía de los Rebeldes en la Sierra, que gozaba de toda la confianza de los rebeldes, Eutimio Guerra, simple campesino, había recibido 10,000 pesos de Casillas para matar a Fidel. Un azar y, según Fidel, “un sexto sentido” le descubrieron y fue hecho ejecutar a tiempo. ¿Qué será hoy cuando el enemigo conoce el valor irremplazable de un jefe, sobre todo en la primera etapa? Por la traición de un guía fue asesinado Luis de la Puente en Perú.

De ahí la necesidad de no dejar jamás salir a nadie de un campamento sin abandonar enseguida el campamento. Si es un guerrillero portador de un mensaje, conocedor a fondo del terreno, al regreso sabrá unirse a la columna en marcha o en contrar el nuevo campamento. En efecto, se ha comprobado más de una vez que el hombre —guerrillero o campesino— obligado por sus funciones a ir y venir de la montaña a la ciudad, a llevar un mensaje, a traer una información o hacer un contacto, está muy particularmente expuesto a la acción del enemigo. Por medio de él se trata de infiltrar la guerrilla, de buen grado o por la fuerza, y gracias a él se puede localizar a los combatientes del foco.⁹

Según Fidel, el peligro que representa esta función de agente de enlace entre la guerrilla y el llano es de orden psicológico; al comienzo el joven combatiente, todavía vacilante sobre las oportunidades de victoria de la guerrilla, sale del campamento para realizar su misión. Abajo descubre las fuerzas y la pompa del ejército que cerca la región, su material, sus efectivos. Piensa entonces en la banda de hambrientos que acaba de dejar; el contraste es demasiado grande y la tarea parece irrealizable; pierde la fe en la victoria; cree ridículo o desmesurado querer vencer a tantos soldados con tantos camiones, helicópteros, víveres y aparatos de todas clases. Escéptico, está desde entonces a merced del enemigo. Así es al principio con los novatos. El llano desmoraliza y desmoviliza a los más débiles.

En resumen, las ventajas de que dispone una guerrilla sobre el ejército represivo son utilizables sólo si puede mantener y preservar su agilidad y su flexibilidad. Frente a cualquier operación, el secreto de los preparativos, la rapidez de ejecución y la sorpresa requieren grandes precauciones. So pena de perder la inicia-

9 En julio del 63, todo un foco guerrillero —21 hombres— fue liquidado así en la zona de Izabal, en Guatemala, por falta de vigilancia: un mensajero guerrillero fue cogido en la ciudad y obligado a punta de metralleta a guiar a un destacamento del ejército centroamericano hasta el campamento. A la cabeza de la fila, el mensajero tomó el camino más difícil, creyéndolo guardado por un centinela, y se descubrió por un grito lanzado antes de llegar al lugar donde creía encontrar al centinela; nadie respondió. El mensajero fue abatido, y el destacamento siguió su camino y entró en plena noche en el campamento. El centinela había sido relevado la víspera, porque se juzgaba inaccesible la entrada.

tiva, la velocidad en sus movimientos, su capacidad de maniobra, una columna guerrillera no puede convoyar a mujeres, niños y todos los materiales y animales domésticos de un pueblo a otro. Confundir el éxodo de los civiles con las marchas, muchas veces forzadas, de una guerrilla, es privar a ésta de toda capacidad de ataque; luego no tiene con qué defender esta misma población de la cual se hizo cargo. Limitada a tareas de protección civil o auto-defensa, la guerrilla deja de ser la vanguardia del pueblo entero y se priva de toda perspectiva nacional. El contraataque, al contrario, cataliza las energías populares y hace del foco en desarrollo un polo de atracción para todo el país.

La autodefensa reduce, pues, la guerrilla exclusivamente a un papel táctico y la priva de todo alcance estratégico revolucionario. En el plano mismo en que se coloca, si asegura por un tiempo limitado la protección de la población, la compromete a largo plazo. "Dejarse atacar o limitarse a la defensa pasiva es colocarse en la imposibilidad de proteger a la población y exponer sus propias fuerzas al desgaste. En cambio, buscar el ataque al enemigo es poner a éste a una defensiva incesante, agotarle, impedirle llevar más lejos sus actividades, quitarle la iniciativa y hacer sus búsquedas difíciles. He aquí la mejor manera de llevar a término nuestra gloriosa misión: proteger a la población." Esas directivas se dirigían a los combatientes del Vietminh en su guerra de liberación contra los colonialistas franceses. Con mayor razón, valen para muchos países de América Latina.

La propaganda armada

La lucha guerrillera tiene móviles y fines políticos. Debe apoyarse en las masas o desaparecer; convencer a las masas de sus buenas razones antes de enrolarlas directamente, a fin de que la rebelión se convierta realmente, por su reclutamiento y el origen de sus combatientes, en “guerra del pueblo”. Para convencer a las masas hay que dirigirse a ellas, es decir, dirigirles discursos, proclamas, explicaciones, en resumen, realizar un trabajo político. “un trabajo de masas”. El primer núcleo de combatientes se dividirá, pues, en pequeñas patrullas de propagandistas, y recorrerá separadamente la montaña, penetrando en los pueblos, celebrando mitines, tomando la palabra aquí y allá para exponer los fines sociales de la Revolución, denunciar a los enemigos de clase del campesino, prometer la reforma agraria, el castigo de los traidores, etc. Si los campesinos son incrédulos, hay que devolverles la confianza en sí mismos inculcándoles la fe revolucionaria: la fe en los revolucionarios que les hablan. Se crearán células en los pueblos, clandestinas o públicas; se sostendrán o fomentarán las luchas sindicales, repitiendo sin descanso el programa de la Revolución. Solamente al fin de esta etapa, cuando se haya logrado el apoyo activo de las masas, una retaguardia sólida, un aprovisionamiento seguro, una información multiplicada, un correo rápido y una base de reclutamiento, se pasará a la acción directa contra el enemigo.

Tal es, al parecer, la línea de la **propaganda armada**.

Esta concepción se apoya en una experiencia internacional indudable.

En Vietnam, la propaganda armada, ligada directamente a la organización de grupos de autodefensa en el campo, parece haber desempeñado un papel decisivo en el curso de la guerra de liberación contra los franceses, y principalmente en el curso del período de formación del ejército regular popular: 1940-1945.

A medida que pasaron de la guerrilla a la guerra de movimientos, luego al ataque de posiciones fortificadas, poco a poco, los camaradas vietnamitas pasaron de la Sección al Batallón o Regimiento y luego a la División: crecimiento no tan natural como se piensa, puesto que no corresponde, por ejemplo, a la línea de progresión de la guerra revolucionaria china, que puso enfrente de golpe a ejércitos regulares. En Vietnam, pues, el Partido Comunista fue el núcleo de organización a partir y en torno al cual se desarrolla el ejército popular. En 1944, para dar cuerpo y forma al ejército de liberación, el Partido creó "la sección de propaganda del Ejército de Liberación". Así, el Partido constituye primero un núcleo de cuadros revolucionarios y lo organiza: tal fue el pelotón de propaganda del Partido, dirigido desde el principio por Giap. Después ese núcleo se divide en todo el país para formar milicias populares y unidades de guerrilla irregulares. Su fin no era combatir, sino formar unidades combatientes.

Así comenzó a edificarse, por la base, la pirámide de las Fuerzas Armadas de Liberación vietnamitas, con sus tres tipos de formación: las organizaciones paramilitares o guerrilleras, las tropas regionales y las unidades regulares. Al nivel de la aldea y el distrito: la guerrilla. Al nivel de la región o de a "interzona" (grupos de provincias): las tropas interzonales o unidades semirregulares. En fin, el ejército principal o fuerza móvil estratégica, sin base fija ni área determinada de operaciones. Lo mejor de la guerrilla es vertido en la fuerza interzonal; lo mejor de ésta, en el ejército regular: cada piso de la pirámide descansa así en el piso inferior sin aplastarla. Cada uno tiene su función propia. La combinación y articulación de esas tres fuerzas tenían como cimiento, de abajo arriba, el pueblo repartido y organizado en aldeas. La punta de lanza —el ejército regular— estaba soldada a la base, pero era autónoma en sus movimientos. Como explica el general

Giap, la estrategia de la guerra contra el Cuerpo Expedicionario francés descansaba en la posibilidad que tenía el partido de hacer actuar, ora alternativamente, ora, simultáneamente, esas tres fuerzas una con otra. La guerrilla y las formaciones interzonales dispersan al Cuerpo Expedicionario enemigo, en un territorio demasiado vasto para él, y le inmovilizan hostigándolo. La fuerza de maniobra enemiga se ve así numéricamente reducida al mínimo. Su retaguardia nunca es segura. O está en todas partes, y no dispone ya de una fuerza de choque concentrada, o hace frente en un solo punto, y entonces desguarnece el resto del país. "Si el enemigo se concentra, pierde terreno; si se diluye, pierde fuerza": los franceses ayer, y los norteamericanos hoy son todavía prisioneros del dilema.

En todo caso, la guerrilla está destinada a aislar y reducir el cuerpo de élite del enemigo, en combinación con los planes de maniobra de las fuerzas regulares del pueblo para hacer actuar siempre la ineluctable ley según la cual un ejército regular es puesto fuera de combate cuando es destruido su cuerpo de élite. Cuando en Dien Bien Phu la fuerza de choque francesa —16.000 hombres— fue eliminada, el cuerpo expedicionario quedó inmovilizado al mismo tiempo por las milicias populares en todo el golfo de Tonkín, y se encontró decapitado.

Luego, para destruir esta fuerza de choque represiva es necesario otra fuerza de choque del lado popular: el enfrentamiento traba en combate a dos ejércitos regulares, con la diferencia de que el ejército regular del pueblo se apoya en todo momento en el conjunto de la población (reclutamiento, aprovisionamiento, transporte, información); si este apoyo faltara, no podría ni siquiera sostener un combate.

Hoy las Fuerzas Armadas de Liberación, en el sur de Vietnam, cuentan también con un Ejército de Liberación propiamente dicho, luego con tropas regionales y en fin con milicias, llamadas guerrillas. Pero los niños, las mujeres y los ancianos no pueden incorporarse directamente a la lucha armada. ¿Cómo movilizarlos entonces? ¿En qué forma pueden participar en la guerra? Integrándolos a la producción, al sabotaje, a la información, al transporte, etc. Esta integración requiere a su vez la formación y organización de un ejército político, cubierta de protección del ejército a secas; así, la lucha política sirve de aprendizaje o entrenamiento para

la lucha armada; es la forma de lucha propia de la retaguardia como factor de movilización y comprensión. En resumen, lucha política y lucha armada van juntas; allí donde una es débil la otra lo es también y viceversa.

Si en un país como Vietnam la propaganda armada ha estado en el orden del día es porque allí se dan un gran número de condiciones favorables. Muy esquemáticamente, se pueden citar o adivinar las condiciones siguientes:

Primero: la gran densidad de la población campesina, la superpoblación de las aldeas o pueblos y el marcado predominio de la población campesina sobre la población urbana permiten a los agitadores fundirse con ella fácilmente, como el pez en el agua. Igual ocurrió en China. Esos propagandistas pasan tanto más inadvertidos cuando que el enemigo es un ocupante, soldado regular, extraño a la vida de la aldea y a las costumbres del país, y no es imposible engañar su atención: franceses o yanquis en Vietnam, japoneses en China. La desproporción existente entre las fuerzas numéricas del ocupante y la población del país no permite el control de todo el territorio por el Cuerpo Expedicionario cuya red de supervisión, de mallas demasiado anchas, deja el campo libre.

Segundo: los propagandistas están enlazados ora a las bases de apoyo revolucionario, ora a un ejército popular capaz de sostenerlos o protegerlos en su acción, y más que todo atestiguan la realidad tangible y visible de las victorias militares. Las reuniones, mitines y asambleas en las aldeas tienen un contenido pragmático: no son discursos vacíos, programáticos, "bellas palabras", tanto y tan justamente temidos por los campesinos, sino llamamientos a unirse o sostener a las formaciones combatientes existentes: los propagandistas se apoyan en una lucha real. La guerra es el ambiente objetivo, cotidiano, en que viven los campesinos. Y no contra cualquier enemigo, sino contra un enemigo extranjero, llegado de afuera, que habla una lengua extranjera y vive en las ciudades como vive el ocupante: un enemigo establecido demasiado poco tiempo en el país para haber podido adquirir un prestigio natural que impida ver sus raíces. No es difícil cuestionar mentalmente su poder, que descansa en la fuerza bruta, en el azar de un tratado entre potencias lejanas, en el derecho de conquista, y no en la costumbre ni en la tradición o la idiosincrasia nacionales. La propaganda armada vietnamita se ha desarrollado, pues, en el

marco de una Guerra de Liberación Nacional, de una guerra efectiva, presente en todas partes y bajo todas sus formas, contra un enemigo extranjero localizado y fijado por tropas regulares ya formadas en algunos puntos, fortificados o no, del territorio.

Las diferencias entre Vietnam y la América Latina conducen al siguiente contraste. Mientras en Vietnam la pirámide militar de las fuerzas de liberación se construyó desde la base, en América Latina, en cambio, tienden a constituirse desde la cúspide: fuerzas permanentes primero —el foco—; fuerzas semirregulares luego, en las inmediaciones del foco; milicias al final o después de la victoria (Cuba).

¿Cómo en efecto se presenta la situación en numerosos países de la América Latina?

1. Los focos guerrilleros, al comienzo de su acción, ocupan regiones relativamente poco pobladas, de población muy dispersa.

Nadie, ningún recién llegado pasa inadvertido en una aldea de Los Andes, por ejemplo, donde inspira ante todo desconfianza. Del “forastero”, del “blanco”, los campesinos quechuas o cakchiqueles (mayas) tienen muchas razones para desconfiar; saben bien que las bellas palabras no les darán qué comer ni les protegerán de los bombardeos. El campesino pobre cree en primer lugar en alguien que tiene un poder, empezando por el poder de hacer lo que dice.

El sistema de opresión es sutil: está allí desde que hay memoria de hambre, cristalizado, instalado, compacto. El ejército, la guardia rural, la policía del latifundista, hoy “rangers” y boinas verdes o negras están dotados de un prestigio tanto más fuerte cuanto que es menos consciente. Ese prestigio es la forma primera de la opresión: paraliza el descontento, cierra las bocas, hace tragarse el insulto a la simple vista del uniforme. El ideal neocolonial es todavía “mostrar su fuerza sin servirse de ella”, pero mostrarla es ya servirse de ella.

Dicho de otro modo, la fuerza física de la policía y el ejército es **tabú**, y no se rompe un tabú con discursos, sino mostrando que “las balas les entran también a ellos”. El guerrillero, a la inversa, debe servirse de su fuerza para mostrarla, pues no tiene otra cosa que mostrar salvo su resolución y su capacidad para servirse de lo poco que tiene. Servirse de su fuerza para mostrar la que casi no tiene y al mismo tiempo mostrar que la fuerza del enemigo es

primero y sobre todo su **alarde**. Para destruir ese tabú, ese vestigio secular de miedo y humildad frente al patrono, al polizonte, el guardia rural, nada mejor que el combate. Luego el tabú desaparece tan pronto como el respeto por hábito se vuelve irrisorio. Los mismos campesinos que toman las armas y se enrolan en la guerrilla, igual que los veteranos, llegan a subestimar al enemigo y no tomarlo ya en serio; una acción contraria se impone entonces a la dirección guerrillera en un segundo tiempo: devolver un poco de su prestigio al enemigo para evitar las aventuras.

2. La división y el control de las regiones por la reacción o por el imperialismo directamente, su vigilancia hoy multiplicada, deben quitar a un grupo de propagandistas armados toda esperanza de permanecer inadvertidos o clandestinos como "peces en el agua". El destacamento armado y la vanguardia popular no tienen que vérselas con un cuerpo expedicionario extranjero, de efectivos limitados, sino con un sistema perfectamente instalado de dominación local. Los extranjeros son ellos. Los sin prestigio, los recién llegados, que no pueden aportar a la población, al principio, sino dolor y sangre, son ellos. Por otra parte, hoy las vías de comunicación se multiplican, se construyen aeropuertos o pistas en las regiones más alejadas, inaccesibles por tierra.

Del otro lado de Los Andes, por ejemplo, entre la montaña y la cuenca amazónica, la famosa carretera marginal de la selva se propone unir las regiones tropicales de Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia entre sí y cada área tropical con su capital. En cuanto al imperialismo norteamericano, éste ha multiplicado sus efectivos en el campo, esforzándose por aparecer no bajo una forma represiva, sino, al contrario, como asistencia técnica y social. Se conocen todos los planes sociológicos en curso, con personal internacional, bajo el manto universitario o directamente de la Organización de Estados Americanos, destinados a "fotografiar" la situación social, económica e individual de cada familia de las "áreas peligrosas": Plan 208 de la OEA en Bolivia; "Simpático" en Colombia; Plan JOB 430 en la Argentina; "Camelot" en Chile; "Colony" en Perú; etc. Miles de Cuerpos de Paz, algunos de ellos a fuerza de trabajo, paciencia y a veces abnegación real, han logrado "integrarse" en las zonas rurales, aprovechando la falta de trabajo político de las organizaciones de izquierda en el campo; los misioneros católicos, evangelistas, metodistas, adventistas pululan hoy

hasta en las regiones más remotas. En resumen, todo ese aparato de control de mallas finas viene a añadirse al aparato de dominación propiamente nacional. Sin exagerar la profundidad ni el alcance de su penetración, crea una situación diferente.

3. La ausencia, en fin, de fuerzas regulares revolucionarias o semirregulares ya constituidas. La propaganda armada, al menos si está animada de intenciones combativas, pretende precisamente formar unidades regulares o aumentar las unidades existentes gracias a un trabajo de "reclutamiento político". Así, se procede a la "toma de aldeas" para reunir allí a la población y celebrar mítines de propaganda. En realidad, ¿en qué se ha ayudado a los habitantes de esas aldeas para desembarazarse de sus adversarios de clase? En el curso de esas operaciones pocas armas han sido recuperadas. Aun si el entusiasmo arrastra a jóvenes campesinos a partir con los guerrilleros, ¿con qué se les armará?

Numerosos compañeros han sacado de esas experiencias la conclusión de que una emboscada contra la columna de refuerzo u otro golpe asestado al enemigo en la vecindad hubiera suscitado más entusiasmo en esa aldea, atraído nuevos reclutas, dado una lección política y moral más profunda a sus habitantes y, sobre todo, obtenido armas, que son lo esencial para una guerrilla que comienza. La destrucción de un camión de transporte de tropas o la ejecución pública de un policía torturador hacen más propaganda efectiva entre la población vecina, propaganda alta y profundamente política, que doscientos discursos. Tal conducta la convence de lo esencial: que la Revolución es una realidad ya en marcha, que el enemigo no es invulnerable. La convence en primer lugar de que el soldado es un enemigo, su enemigo, que hay una guerra en curso y que ésta depende de su acción cotidiana. Después, el discurso es posible. Podrá ser escuchado. En el curso de tales golpes de mano los combatientes recuperan armas, aminoran el potencial militar enemigo, se entrenan, desmoralizan a las tropas enemigas, reavivan la esperanza de los militantes en todo el país. Su fuerza de propaganda y agitación reside en esa misma concentración de efectos. Detalle significativo: en dos años de guerra, Fidel no da un solo mítin en su área de operaciones.

Las formas de organización militar impuestas por la propaganda o la agitación armada parecen haber conducido a una cierta inacción o la vacilación. Paradojalmente, ningún movimiento guerrillero

que haya adoptado semejante concepción de lucha ha podido aumentar su zona de influencia de manera decisiva. En efecto, para llevar a cabo la agitación armada en una zona extensa, el foco inicial debe dividir sus magras fuerzas en varias patrullas, de efectivos reducidos —tres a diez hombres—, a fin de recorrer el mayor número de aldeas. Ventaja táctica cierta: se cubre una zona más extensa, se evita agotar los recursos locales en víveres y aprovisionamientos de todas clases sin ser carga para los campesinos; se puede multiplicar la presencia y los efectivos del foco en la imaginación de los trabajadores con una simple alusión a las otras escuadras que patrullan la región; sobre todo, el foco se hace inapresable y difícilmente localizable por el enemigo, que no puede cercar así a toda la guerrilla. Pero si bien se gana en movilidad, ésta no tiene ninguna eficacia en el plano militar, pues el poder de fuego de cada patrulla es insignificante. Aun si la jefatura pone a punto los muy teóricos mecanismos de “concentración-dispersión”, ese sistema queda en el papel durante los primeros meses de una guerrilla sin entrenamiento, sin control ni conocimiento del terreno, habida cuenta de los azares terribles de la vida en la selva, de las distancias, de las difíciles transmisiones. Así desperdigadas en patrullas demasiado pequeñas en un territorio demasiado vasto (5.000 km. cuadrados como mínimo), la relación de fuerzas es desfavorable y tenderá a serlo cada vez más: **la guerrilla es débil en todas partes y el enemigo es fuerte en todas partes**, por disperso que esté. Esta distribución en patrullas impide la **formación de columnas** con escuadras especializadas en su seno, escuadras de vanguardia, escuadras de retaguardia, con piezas de armamento pesado servidas por grupos entrenados, haciéndose el rancho por escuadras para aligerar la carga logística. Para seguir la metáfora china, el foco, en lugar de cerrarse como un puño para lanzar un golpe y arrancar un dedo al enemigo, abre y extiende sus cinco dedos, y es el enemigo el que tiene la fuerza del puño frente a cada uno de los dedos. En esto, no basta el convencimiento puramente intelectual. Algunos movimientos guerrilleros conocían y leían con regularidad obras teóricas ricas en metáforas parecidas, a despecho de lo cual seguían hasta hace poco dividiendo al extremo sus fuerzas.

Si, por un lado, el foco asegura su supervivencia, asegura también la del enemigo, y sería ingenuo creer que la relación de fuerzas

debe cambiar necesariamente en su favor. Como ha mostrado la experiencia de Lara, en Venezuela, y en cierta medida la de Guatemala, los conflictos políticos crecen en el seno mismo de la guerrilla con su cohorte de secesiones, discordias y fricciones personales, a causa de la inacción prolongada, intolerable. Surgen o se acentúan los conflictos con las fuerzas políticas del exterior —partidos u organizaciones— que, en lugar de ser convencidas y arrastradas por la práctica y el impulso de la guerrilla, ven más bien confirmada su sospecha respecto de esa forma de lucha popular, dan la palabra a su reprobación hasta entonces silenciosa, y comienzan a discutir abiertamente dicha forma de lucha. Esas divisiones, por natural efecto de rebote, debilitan más aún el foco, siempre sin victorias militares de importancia, sin crecimiento por consiguiente. El enemigo, por su parte, durante ese tiempo saca provecho de los diferendos surgidos en el seno del movimiento, corrompe, seduce o compra a los más débiles y liquida físicamente a los demás.

¿Es esto decir que la propaganda armada o el trabajo de agitación debe rechazarse? No.

A juzgar por algunas experiencias logradas, una guerrilla deja en el curso de su avance algo —o alguien al menos— detrás de sí y detrás de sus líneas, cuando hay líneas, a fin de organizar lo que llegará a ser una base de apoyo sólida; pero entonces la población está protegida en su seguridad física por fuerzas regulares capaces de rechazar al enemigo; la base comienza a organizarse así en un embrión de Estado popular. El trabajo de agitación y propaganda para explicar la organización nueva a la población y hacer pasar a manos de organizaciones de masas la administración de su zona, se hace fundamental y condiciona los combates futuros. La propaganda testimonia entonces la naturaleza liberadora del combate librado y la hace penetrar en el espíritu de los habitantes. Además, favorece la organización de la producción; la recaudación de impuestos; la explicación de las leyes revolucionarias; el mantenimiento de la disciplina; la creación de escuelas de cuadros y otras; la excavación de trincheras y subterráneos por la población civil para protegerse de los bombardeos; etcétera. Se trata en este caso de una etapa posterior a la que todavía no han alcanzado los movimientos guerrilleros latinoamericanos hasta el presente.

Dicho de otro modo: **la propaganda armada sigue a la acción militar, pero no la precede**; la propaganda armada tiene que ver con el frente interno de la guerrilla más que con su frente externo. Por lo demás y en lo esencial, en tanto no hayan cambiado las condiciones presentes, la propaganda es una acción militar lograda.

Considerar la propaganda armada como una etapa en sí, distinta y previa a las operaciones militares es, al parecer provocar inútilmente al enemigo, exponer al asesinato o a la huida a los camaradas propagandistas y denunciar una zona de acción guerrillera futura o posible. Dadas las condiciones sociales, ideológicas y psicológicas del campesinado en la mayor parte de los países latinoamericanos, dados los diversos aparatos de información de que dispone el enemigo, reforzado hasta el extremo después de la Revolución Cubana, el grupo de agitadores, armado o no, será vigilado, detectado y liquidado al nacer, si hay necesidad. Lo que es peor: los contactos que hayan establecido, las células organizadas, las personas que hayan "trabajado" en el campo, las aldeas y los centros urbanos próximos sufrirán quizás la misma suerte. Si el enemigo es bastante astuto para esperar, dejará hacer hasta el comienzo de las operaciones o aun después para permitir infiltrarse a sus servicios de inteligencia. Un "campesino" será situado en la infraestructura de la organización de base. Desde el comienzo de las operaciones toda la guerrilla estará localizada ya y será liquidada enseguida.

¿Qué origen atribuir a esta concepción que reduce al guerrillero a no ser sino un agitador armado?

La falta de experiencia anterior en la lucha armada, en las condiciones históricas y sociales propias de la América Latina, ha permitido, sin duda inconscientemente, copiar la experiencia vietnamita, desgajándola de su medio propio. El desconocimiento de la Revolución Cubana ha podido desempeñar también su papel; revolución de la cual se ha tomado la envoltura externa, pero cuyo contenido no ha sido estudiado todavía suficientemente. La formación de un ejército popular en el campo, a fin de cercar y galvanizar las ciudades, ha cometido tal vez el error de ligarse al nombre de foco. Una especie de interpretación biológica ha ligado espontáneamente a la idea de foco las de contagio: propagación espontánea, irradiación microbiana en los tejidos sociales vecinos

por simple efecto mágico de contacto o vecindad. Un centenar de hombres inflama la montaña de discursos; el régimen, aterrorizado, se desploma bajo los gritos, y las aclamaciones populares reciben a los barbudos. Se habría confundido así foco militar —motor de una guerra total— y foco de agitación política. Se habría olvidado simplemente que los cubanos del “26 de Julio” hicieron primero una guerra sin una sola tregua unilateral; que en sólo unos meses de 1958 el Ejército Rebelde sostuvo más combates que otros frentes americanos en uno o dos años; que en dos meses los Rebeldes destruyeron la última ofensiva de Batista, rechazando y poniendo fuera de combate a 10.000 hombres con 300 guerrilleros, para comenzar enseguida una contraofensiva general; una guerra que ha costado cara en vidas de combatientes muertos en combate; una guerra que, aun siendo excepcionalmente corta, no por ello ha requerido menos un tesoro de invenciones tácticas, de movilidad y audacia, aliado a una gran solidez estratégica. Se ha olvidado sencillamente que “Patria o Muerte” no es una fórmula para terminar los discursos, sino una regla de acción, a nivel táctico, que los combatientes cubanos tomaron al pie de la letra en cada una de sus acciones, desde el ataque al pequeño fuerte de La Plata hasta la toma de Santa Clara. Estratégicamente se han jugado el todo por el todo: han merecido tener al fin todo.

Claro está: esta decisión estratégica —arriesgarlo todo— no debe llevar la guerrilla a librar en lo táctico batallas decisivas que puedan costar la derrota de la Revolución. La idea de un Ayacucho no cabe en la revolución de hoy, y no hay que esperar ganarlo todo en una sola batalla. Por ejemplo, cuando la batalla de Guisa, en noviembre de 1958, Fidel opuso 200 guerrilleros (de los cuales 100 eran novatos) a 5.000 soldados de la dictadura, más sus tanques, aviación y artillería, pero los rebeldes tenían siempre la posibilidad de replegarse del Llano hacia la Sierra por el hábil aprovechamiento del terreno: la batalla era más decisiva para el enemigo que para la Revolución, ya que ésta tenía varias columnas en otras partes, invadiendo a la isla. Jugarse el todo por el todo quiere decir: una vez alzados en la montaña, los combatientes libran **una guerra a muerte**, que ya no admite treguas, retrocesos o componendas. Vencer es aceptar, desde un principio, que la vida no es el bien supremo del revolucionario.

La Base guerrillera

Tal vez se corren los mismos peligros de imitación a propósito de la base guerrillera. No nos corresponde discutir en detalle esta concepción, que depende ante todo de las condiciones concretas de cada país y de las decisiones propiamente militares incumbentes a los responsables de la guerrilla y sólo a ellos. Aunque sólo una gran experiencia militar puede responder a la cuestión de la base guerrillera o su sucedánea, la zona de seguridad, conformémonos solamente con plantear la cuestión.

Si nos referimos a episodios recientes, como el del Perú, no es imposible que la experiencia china de las bases de apoyo, tal como fue sistematizada por Mao Tse Tung en 1938, en “Problemas estratégicos de la guerra de guerrillas antijaponesa”, haya podido extenderse a la América Latina imponiéndose sobre la imagen que se ha formado de la guerrilla cubana. Ultimamente, publicaciones difundidas en ambiente universitario, como **Monthly Review**, se han dedicado a presentar la experiencia peruana de Luis de la Puente y del MIR como el modelo mismo de una pretendida “estrategia cubana” de lucha armada, lo que permite a esa revista pronosticar el fracaso definitivo de esta última. En un número reciente de esa publicación norteamericana “progresista” —de la cual no se sabe si es más siniestra que ridícula, pues la ingenuidad, tan perseverante, se aproxima al gran arte de la desinforma-

ción— se lee, en la pluma de Huberman y Sweezy, que la estrategia de Fidel Castro “requería el establecimiento de una zona de seguridad controlada por las guerrillas en las montañas, que se convertiría en el foco de la atracción y el desarrollo revolucionarios, llevando eventualmente, como en Cuba, a una guerra en gran escala contra las fuerzas armadas peruanas”.¹⁰ Y se añade: “La principal aportación de De la Puente fue que, siendo el Perú de mucho mayor tamaño, debía haber no una o dos, sino media docena de zonas guerrilleras.” Resulta de aquí que esa pretendida “estrategia cubana” haría del establecimiento de una base fija el punto de partida y el objetivo primero de la guerrilla.

Que un intelectual, sobre todo si es burgués, hable de estrategia ante todo, es normal. La desgracia quiere que el buen camino, el único practicable, parta de datos tácticos para elevarse hasta definir una estrategia. El abuso de estrategia y la falta de táctica es un vicio delicioso propio de los contemplativos, al cual también nosotros cedemos al escribir estas líneas. Razón de más para tener presente en la mente la *inversión* de que somos víctimas al leer obras teóricas. Estas nos presentan en forma de principios y cuadros fijos, concepciones llamadas estratégicas que de hecho señalan, en ciertas condiciones, el final de una serie de pruebas de orden táctico. Tomamos así como punto de partida lo que es resultado. Para un destacamento revolucionario, una estrategia militar resulta primero de la coyuntura política y social; de sus relaciones con la población; de las imposiciones del terreno; de las fuerzas adversarias; de su armamento; etc. Sólo el dominio del detalle da seriedad a los planes generales. Finalmente, y más aún tratándose de una fuerza guerrillera que de una fuerza regular, no hay detalles en la acción o, si se quiere, todo es asunto de detalle.

Esta lenta ascensión de la táctica a la estrategia, que ella envuelve y a la cual apela a la vez, acompañada de la experiencia de todos los escalones intermedios, es un poco la historia de la Revolución Cubana, y es también una buena regla de método para el aprendizaje práctico. Uno se queda desconcertado ante la atención minuciosa y casi maniática prestada por Fidel, hasta el último día de la guerra, a los más mínimos preparativos materiales de la

10 “The strategy of armed struggle”, en *Monthly Review*, septiembre de 1966.

menor acción, como queda de manifiesto en su correspondencia de guerra: el emplazamiento de los combatientes en una emboscada futura; el número de balas dadas a cada uno; el camino a tomar; el ensayo y la confección de las minas; el registro de los víveres, etc. . . . Excelente lección de eficiencia precisa. Antes de hablar de una “estrategia cubana”, la simple honestidad impone el deber de informarse, de una u otra manera, con los miembros del Ejército Rebelde, acerca de lo que fue realmente la guerrilla cubana. Cuando un intelectual, prósbita de profesión, descuida, además, informarse de fuentes originales, como es el caso de nuestros folletinistas de vanguardia, da a su ignorancia una función social precisa, la de confundir, en beneficio de la opresión existente, al público que está obligado a ilustrar.

A primera vista, la base guerrillera o base de apoyo fija, a la cual la experiencia china presta un valor estratégico fundamental, requiere un conjunto de condiciones favorables:

—La extensión y profundidad de un territorio, que tiene por corolario una falta de medios de comunicación en el interior del país (condiciones subrayadas con fuerza por Mao en el texto citado de 1938);

—Una población rural muy densa (Perú, 9 habitantes por km.²);

—La presencia de fronteras comunes con un país amigo (en un país estrecho como Vietnam la base de apoyo más importante, la del Viet-Bao, carta decisiva a partir de 1950, lindaba con la frontera china);

—La ausencia de tropas enemigas transportadas por aire, que constituyen las fuerzas de choque antiguerrilleras en casi todos los países latinoamericanos, con las técnicas modernas de represión, cerco de infantería por tierra y desembarco simultáneo de tropas aerotransportadas en el centro de la zona embestida, pequeñas patrullas móviles de caza en contacto radial con la retaguardia para localizar y comunicar enseguida la posición de los combatientes populares, etc.;

—La insuficiencia numérica de las fuerzas enemigas —condición evidentemente llenada en China en el momento de la guerra anti-japonesa— que no lo es en absoluto en América hoy. No olvidemos que el ejército rojo chino estaba constituido como ejército regular desde 1927, después de que una división entera del ejército del Kuomintang, con sus oficiales comunistas, se pasó a las filas co-

munistas. En China las fuerzas populares disponían, desde antes de la invasión japonesa, de unidades regulares constituidas. Después de la invasión extranjera, fueron el VIII y el IV Ejércitos de Ruta los que establecieron las bases antijaponesas, pasando de 40.000 hombres en 1937 a un millón en 1945. Era, pues, posible a los camaradas chinos sostener guerras de posición para defender las bases fijas más importantes.

Casi ninguna de esas condiciones, como se ve, se da hoy en la América Latina.

¿Cuáles parecen ser a ese respecto las enseñanzas de la experiencia cubana y de las luchas actuales?

Sabemos hoy, sólo leyendo los periódicos, que el momento crucial para una guerrilla es el de su entrada en acción. Como los niños de los países pobres, sus oportunidades de morir son muy elevadas en el curso de los primeros meses y decrecen cada mes que pasa. Hacer una guerra corta, matar el foco al nacer sin darle tiempo a adaptarse al terreno, a ligarse profundamente a la población local y adquirir un mínimo de experiencia, es, por tanto, la regla de oro de la contrainsurgencia. Cuando un asesor militar yanqui sueña, apostamos a que ve caer del cielo sus tropas aerotransportadas en medio de un campamento guerrillero apenas señalado. El sueño, por suerte, es irrealizable, al menos en esa forma. En todo caso, entre la represión experimentada y la guerrilla principiante hay siempre una carrera contra el reloj: la guerrilla para ganar tiempo y el ejército para no perder un minuto; la primera para aprender y el segundo para no dar tiempo a aprender. Hay que localizar el foco lo más pronto; todos los medios son buenos, desde la infiltración silenciosa hasta la movilización ruidosa de la infantería y la aviación para agitar y remover una zona sospechosa y obligar así a los guerrilleros, por desconcierto, a moverse y a salir a terreno descubierto.

En esas condiciones, querer ocupar una base fija o apoyarse en una zona de seguridad, aun de algunos miles de kilómetros cuadrados de extensión, es, al parecer, privarse de su mejor arma, la movilidad, dejarse encerrar en una zona de operaciones y permitir al enemigo el empleo de sus mejores armas. El rescate de la zona de seguridad erigida en fetiche es el campamento fijo, instalado en lugares reputados de inaccesibles. Esta confianza en sólo las virtudes del terreno es peligrosa: al cabo, no hay lugares

inaccesibles por la sencilla razón de que, si uno mismo ha llegado a ellos, el enemigo puede hacer otro tanto. La regla de conducta observada por el Ejército Rebelde desde el comienzo era la de actuar como si el enemigo supiera siempre dónde se encontraba la guerrilla y fuera a su encuentro desde el acantonamiento más próximo. La lucha contra la infiltración y la delación tendió, pues, en Cuba, a adoptar la forma de la movilidad a ultranza. Toda persona que saliera de un campamento era sospechosa de poder denunciarlo de grado o por fuerza; por esta razón no podía haber sino campamentos provisionales y movidos sin cesar en la primera etapa.

Al final del año 1957, operaban dos columnas en la Sierra Maestra: la de Fidel, 120 hombres, y la columna confiada por Fidel al Che, llamada columna N^o 4 con fines de desinformación, 40 hombres.

En el mes de octubre, con esta columna que ya contaba unos 60 hombres, el Che intentó sentar las bases de un territorio libre en el valle del Hombrito. Instaló ahí un campamento fijo, hizo construir un horno de pan, un hospital, talleres de reparar zapatos, etc. trajo un mimeógrafo, con el cual tiró los primeros números del periódico **El Cubano Libre** y empezó incluso, según sus propias palabras, a establecer los planes de una pequeña hidroeléctrica sobre el río del valle. Al cabo de unas pocas semanas, las tropas de Sánchez Mosquera atacaron esta base que no pudo ser salvada a pesar de haber sido preparada su defensa. Los Rebeldes no tenían la fuerza para defenderla. El Che fue herido en el pie, y tuvo que retirarse más adentro. Este intento de crear una base no tuvo repercusiones graves por estar presente en la cercanía la columna de Fidel en la cual podía apoyarse la del Che. De haber sido un foco aislado, este intento hubiera podido salir muy mal. Sin embargo, la defensa porfiada del Hombrito forzó al ejército a retirarse posteriormente, y convirtió la destrucción de la base en una victoria más. La idea de la base era justa, pero prematura.

Fue solamente al cabo de 17 meses de combates continuos, en abril de 1958, cuando los Rebeldes fijaron una base guerrillera en el centro de la Sierra Maestra.

Durante todo este tiempo la base guerrillera no fue sino la zona de operaciones, y la ofensiva constante, fuera de las líneas, fue la que logró "liberar" una pequeña porción de la Sierra Maestra. Las columnas descendían cada vez más hacia el llano, ampliando sin cesar sus incursiones, impidiendo poco a poco la entrada al

macizo montañoso a las tropas represivas. Los habitantes de la Sierra no tenían que temer entonces ser cogidos entre la tenaza de las tropas de Batista y los guerrilleros. Parece, pues, que la base de la Sierra Maestra se ha constituido de fuera hacia adentro, de la periferia hacia el centro.

El pequeño territorio básico entonces despejado es el terreno en que se encuentran el hospital de campaña, las pequeñas industrias artesanales, los talleres de guerra, la radio, la escuela de reclutas, el puesto de mando. Esta pequeña base permitió a los rebeldes resistir en posiciones atrincheradas la ofensiva general del verano del 58. Adosados a esa estrecha faja de montaña, pudieron hacer frente a una serie de ataques convergentes del enemigo, que en un momento dado redujo a menos de 4 km. la profundidad del territorio rebelde, en algunos puntos críticos.¹¹ Pero aun en esta situación de sitio, el Ejército Rebelde seguía siendo capaz de abandonar esa base, burlar el cerco y, llegado el caso, volver a su nomadismo primero en otra zona.

En Cuba, la ocupación de una base guerrillera, por decisiva que hubiera sido, no fue el objetivo político y militar número uno de los Rebeldes. El objetivo número uno era, al parecer, la destrucción de las fuerzas enemigas, y, primero la recuperación de armamentos. Las experiencias actuales de Guatemala, Colombia y Venezuela parecen confirmar, en ese punto, la validez de la experiencia cubana. La ocupación de una base fija no es allí la condición "sine qua non" del desencadenamiento de las primeras operaciones ofensivas de la guerrilla; más aún: esa ocupación no es posible sino después de una primera etapa nómada de lenta fijación en una zona de operaciones particularmente favorable.

Durante ese tiempo la base guerrillera es, según una expresión de Fidel, el territorio dentro del cual se mueve el guerrillero y que se mueve con él. En la etapa inicial la base de apoyo está en la mochila del combatiente.

11 Ver el relato de la ofensiva enemiga y la contraofensiva rebelde hecho por Fidel Castro por radio el 26 de Julio de 1958.

Partido y guerrilla

En muchos países de América a menudo la guerrilla ha recibido el nombre de “brazo armado” de un Frente de Liberación, para indicar su dependencia de un frente patriótico o de un partido. Esta expresión, copiada de fórmulas elaboradas en otras partes —en Asia principalmente—, se opone, en el fondo, a la máxima de Camilo: “El ejército rebelde es el pueblo uniformado”. En ausencia del conocimiento concreto de una situación concreta, diferente y desconocida en su diferencia misma, es siempre peligroso importar esquemas de organización, aunque estos se apoyen en una teoría reconocida. Físicamente peligroso, se entiende, pues de un solo error político derivan numerosos errores militares y de un solo error militar la destrucción de todo un foco que comienza. Sin duda, el hecho de que la lucha armada en América Latina no haya sucumbido a tantos pasos en falso, a tantos tanteos y erróneos comienzos, revela la tolerancia de la historia frente a ella. Mientras tanto, la sanción de una teoría falsa es el fracaso militar, y la sanción del fracaso militar, el asesinato de decenas y centenas de compañeros y hombres del pueblo. Según una frase de Fidel, ciertas políticas tienen que ver con la criminología.

Situar la guerrilla bajo la dependencia estratégica y táctica de un partido que no cambia radicalmente su organización normal de

tiempo de paz, o situar la guerrilla como una ramificación más de la acción del partido, trae por consecuencia una serie de errores militares mortales. Pasémosles revista rápidamente: son hoy conocidos de todos.

1. La bajada a la ciudad:

El brazo, por armado que esté, debe consultar a la cabeza antes de hacer un movimiento. La cabeza —o dirección— se halla en la capital. ¿Acaso no es allí donde se concentran la vida política del país, los dirigentes de los otros partidos, la prensa, el Parlamento, los Ministerios, las oficinas de correos, en resumen, los órganos del poder central? ¿Acaso no es allí donde se concentran el proletariado industrial, las fábricas, los sindicatos, la Universidad, en resumen, las fuerzas vivas de la población? Las normas del centralismo democrático imponen al comandante del frente guerrillero —generalmente miembro del Comité Central— ir a participar en las discusiones de la Dirección; si no es miembro del órgano dirigente, razón de más: es necesario comunicarle las orientaciones. Se dirá que la Dirección puede también enviar un emisario a la montaña, y es lo que hace a menudo. Pero para discutir sus orientaciones cuando no concuerdan con la realidad de la guerra, para exponer los problemas concretos —materiales y políticos— que se plantean a sus hombres, para solicitar ayuda o simplemente para hacer sentir que existen a una Dirección que tiende pronto a olvidarlo, que ignora todo de la guerra y sus problemas, bañada en la “vida política” de los días buenos, el comandante guerrillero, tarde o temprano, debe bajar. Sobre todo cuando las divisiones políticas se hacen evidentes, estallan los organismos y se forman otros sin que él sea consultado, hay que ir “abajo”, allí donde se hace y se mueve “la política”. Como ocurre que “la cabeza” está vacía o es incompetente o sorda, para hacerle comprender los detalles de ese mundo más lejano que la luna que es la vida guerrillera, se necesita tiempo; hay que prolongar, pues la estancia “abajo” o volver a bajar. Riesgo fatal. Tarde o temprano, el responsable militar caerá: asesinado en el acto, torturado y “suicidado”, excepcionalmente encarcelado si la opinión pública puede intervenir a tiempo. Una vez ha escapado a tiempo; la otra será cogido. (El azar o “extraños azares” se mezclan en la cuestión: un accidente de automóvil, por ejemplo).

No olvidemos que el enemigo de clase procede a un **asesinato selectivo** en gran escala en América Latina: matar a los jefes, dejar vivir a los otros. Doble ventaja: se aísla a los jefes mientras vivan y se corrompe a los combatientes que no quieren morir; la clase dominante sabe reconocer bien a los que le hace falta matar —los políticos-militares— y a los que puede dejar en la cárcel o en la calle —muchos políticos—, a los que tiene interés en liberar de la prisión o dejarles en libertad. Con la mayoría de los responsables militares, de los hombres de la montaña, no hay compromiso posible; nada hay que esperar de ellos sino la guerra; hay que suprimirlos. ¿Atraparles o liquidarles en la montaña? Si tienen experiencia, es prácticamente imposible. El único medio para los politzontes y los asesores norteamericanos es que bajen a la ciudad, a su terreno. Enfermos, que desciendan a hacerse curar; traicionados o aislados, que vayan a poner orden entre los políticos acorralados. “La ciudad —dice Fidel— es un cementerio de revolucionarios y recursos”. Sin contar el efecto moral desastroso que provoca en los combatientes el descenso de su jefe, en las condiciones de vida en que se encuentran, cuando el primer papel del jefe es dar ejemplo de aguante y sacrificio. Mejor secuestrar a un médico o la mitad de un hospital que bajar a hacerse curar, decía en conclusión un comandante guerrillero. El jefe no puede bajar para asistir a ninguna reunión política: hace subir a los políticos para decidir y discutir en lugar seguro, arriba; si no, envía a un emisario. Lo que supone, primero, que se le reconozca su cualidad de jefe responsable y que se le den los medios de ejercerla, o que se los tome él mismo. Lo que supone, ante todo, la adopción de una estrategia franca y clara: ¿cuál es la forma fundamental de la lucha de clases en un momento dado? ¿Su terreno fundamental? ¿Su objetivo principal?

2. **La falta de poder político acarrea la dependencia** logística y militar de la montaña respecto de la ciudad. Ahora bien, esta dependencia acarrea a menudo un **abandono** de la guerrilla por la Dirección de la ciudad.

La subordinación de la guerrilla a su dirección política urbana desarrolla en los guerrilleros no solamente una situación real, sino también un complejo mental de inferioridad y dependencia. Del exterior esperan todo: sus cuadros políticos, las orientaciones, el dinero, las armas, hasta la fecha de las operaciones. El principio

moral y político, no contar sino con sus propias fuerzas, es perdido de vista, y la guerrilla está cada día un poco más presa de los espejismos de la ayuda exterior inminente. Hay que esperar a que la ayuda prometida llegue, y el día previsto la ayuda no llega o llega con cuentagotas y es pospuesta para el día siguiente. Se va tirando en espera de mañana para ver si llegan los pares de botas, los nylons, las municiones, la gasolina, los medicamentos, las linternas eléctricas pedidos tres meses antes. Así se coloca rienda a “su” lucha armada, aunque sólo sea por indolencia.

Y es normal: las capitales, sobre todo las ciudades del Caribe, esas grandes sucursales yanquis, son purgatorios vivibles al lado de las aglomeraciones urbanas de Asia y aun de Europa. ¿Cómo un habitante de esas ciudades, por marxista-leninista que sea, podrá adivinar la importancia vital de un metro cuadrado de nylon, de un pote de grasa de fusil, una libra de sal, de azúcar y de un par de botas? Como se dice, “hay que haberlo vivido para concebirlo”. Vistos desde afuera, son “detalles”, “servidumbres materiales” de la lucha de clases, “el lado técnico”, luego menor, por tanto, secundario de las cosas: reflejos mentales de burgueses, y todo hombre, aunque sea un camarada, que se pasa la vida en la ciudad, es un burgués sin saberlo en comparación con el guerrillero: **no puede** saber el trabajo material que esto demanda: comer, dormir, moverse, en resumen, sobrevivir. No tener medios de subsistencia salvo los que produce uno mismo, con sus manos, a partir de la naturaleza bruta. El hombre de ciudad vive como consumidor. Basta un billete en el bolsillo para tener con qué pasar el día; desde luego, los billetes no bastan, pero con la afluencia de yanquis y su cortejo de corrupciones se ganarán otros sin demasiadas dificultades.

La jungla de las ciudades no es tan salvaje: los hombres se estrangulan allí para ser reconocidos como bestias superiores, no se combate ya para no morir. La vida es de todos, desigualmente dada, pero dada de todos modos. Está en el comerciante en forma de productos acabados: la carne descuartizada, el pan cocido; el agua en la pila; el sueño sin turnos de guardia, bajo techo, a cubierto; la luz, en las calles sin serpientes, en los focos del alumbrado; el medicamento, en la farmacia o el hospital. Se dice bien que nos bañamos en lo social: los baños prolongados ablandan. Nada mejor que salir de ellos para darse cuenta de hasta qué pun-

to esas incubadoras tibias infantilizan y aburguesan. Los primeros tiempos en la montaña, reclusos en la selva llamada virgen, la vida es simplemente un combate de cada día en sus menores detalles y, en primer lugar, un combate del guerrillero consigo mismo para superar sus antiguos hábitos, las marcas dejadas por la incubadora en su cuerpo, su debilidad. El enemigo a vencer, en los primeros meses, es él mismo, y no siempre se sale vencedor de ese combate: muchos abandonan el campo, desertan o descienden voluntariamente a la ciudad para asumir otras tareas.

El terrible abandono en que han tenido que vivir numerosos focos durante meses, a veces años, no se explica tanto por el sabotaje larvado, el desinterés o la traición de sus aparatos de superficie como por una diferencia irreductible de condiciones de vida, luego de pensamiento y comportamiento, entre unos y otros. El mejor de los camaradas en la capital o en el extranjero, aun destacado en misiones importantes, dedicado a su trabajo, cae bajo el golpe de esa diferencia, que vale por una “traición objetiva”. Muchos de ellos lo saben. Cuando una guerrilla habla con sus responsables urbanos o en el extranjero, trata con “su” burguesía. Aun si tiene necesidad de una burguesía —como de un pulmón artificial para los momentos de asfixia—, no puede perder de vista esa diferencia de intereses y de medio: los dos no respiran el mismo aire. Fidel Castro ha tenido la experiencia de ello y no ha vacilado, aun a riesgo de quedar solo en momentos muy difíciles, en condenar y repudiar a “su” burguesía, inclinada a hacer alianzas sin principios. Principalmente cuando condenó el Pacto de Miami en su admirable carta del 14 de diciembre de 1957, en que, frente a una política burguesa, se define ya una moral proletaria encarnada en el Ejército Rebelde, moral que más tarde revelará ser también una política proletaria.

Dependencia logística: algunos frentes guerrilleros han sobrevivido recibiendo en un año doscientos dólares del organismo político de que dependían. El mismo organismo político gastaba durante ese tiempo miles de dólares en tareas de propaganda en el extranjero y en el interior, en mantener funcionarios dentro y fuera del país, en crear órganos de prensa, reunir congresos de amnistía, etc., para sacar provecho del prestigio que le daba la existencia de esos mismos frentes, desprovistos de medios de combate y solitarios.

De esta experiencia y otras semejantes se ha sacado la conclusión siguiente: es menos riesgoso y más seguro para una guerrilla hacer desde su propia base incursiones, si es necesario motorizadas (secuestrando y abandonando un camión), a los poblados vecinos para obtener víveres y equipos de campaña (mochilas, mantas, botas, vestidos, etc.), crear sus propios depósitos, enterrarlos u ocultarlos, y asegurar así su libertad de acción por algunos meses.¹² Por arriesgados que sean esos golpes de mano, son preferibles a la espera pasiva: esperar la buena voluntad o la posibilidad de aprovisionamiento por los organismos urbanos, los azares del transporte, las dificultades causadas por los “cercos operativos” u otra movilización de las fuerzas enemigas. Además, reducen al mínimo las posibilidades de infiltración o localización de la guerrilla, que se hacen siempre desde la ciudad en dirección de la montaña, del exterior al interior, y no en sentido contrario.

Dependencia militar: no pueden planificarse operaciones militares con meses de anticipación, para un día dado, de acuerdo con el calendario político nacional establecido por la clase dominante: elecciones presidenciales o parlamentarias, sesiones del Congreso, asambleas diversas, viajes oficiales. Dicho está que los planes de campaña deben ser elaborados por aquellos mismos que tienen que realizarlos o en colaboración mutua con una dirección política que tenga un conocimiento profundo, táctico, detallado, de las cuestiones militares. Pero una dirección política sin esos conocimientos no puede elaborar planes militares sola, según sus conveniencias,

12 en eso también, lo que pasa hoy en muchos países de Latinoamérica está anunciado en la historia de la revolución cubana. Basta citar este pasaje de una carta de Fidel Castro, en nombre de todo el Ejército Rebelde, al responsable de su abastecimiento en armas:

“Sierra Maestra, 4/25/58. Querido Bebo: hemos decidido organizar nuestro propio aparato de abastecimiento de armas desde el extranjero. Después de 17 meses sin recibir desde fuera la menor ayuda por parte de la organización (la que llegó semanas atrás fue parte de una gestión independiente) es muy difícil que pueda tener fe en otra cosa que no sea en nuestro propio esfuerzo. Se han gastado cerca de 200,000 pesos sin que se nos haya hecho llegar aquí un fusil ni una bala: Los que esperábamos desde Méjico hace más de un año, buena parte está en poder del enemigo nada menos que en Pinar del Río. Cuánta falta nos han hecho las armas que lote a lote se perdieron por sustentar otros compañeros el criterio de que lo correcto era abrir otros frentes y no fortalecer el que teníamos”.

como apoyo a una política de maniobras o de presiones sobre el régimen burgués, y luego transmitirlos a su aparato militar “para que los ponga en práctica”, como el cliente imparte la orden al “maitre d’hotel”, que la transmite a los cocineros. Por ridícula que sea la comparación, el divorcio entre teoría y práctica, entre vanguardia política y vanguardia militar, puede llegar y **ha llegado** a esos absurdos.

3. La falta del mando único:

Acarrea la falta de plan general de acción; no es posible combinar y coordinar los medios disponibles en función de una dirección principal de acción. La falta de unidad de mando pone a las fuerzas revolucionarias en la situación de un sirviente de pieza de artillería sin dirección principal de fuego, en la situación de una línea de ataque sin dirección principal de ataque: los atacantes se pierden en el terreno, tirotean al azar y mueren por nada. El número y el poder de los medios de fuego no sirven de nada sin un plan de fuego, la asignación de un sector principal para ser batido por fuegos cruzados o concentrados. A ese despilfarro, a esa manzana inútil, lleva la ausencia de dirección ejecutiva centralizada, es decir, político-militar. El Frente o el Partido no son mancos: al brazo armado corresponde un brazo legal, pacífico. ¿Cómo combinar la acción de los dos? Peor todavía: ¿cómo combinar las dos alas del aparato armado, la guerrilla rural y la resistencia clandestina en las ciudades? Sólo una dirección notablemente coherente y vigorosa, armada de un plan estratégico racional a largo plazo, movida por un análisis político sin tachas, puede combinar esos dos aspectos de la acción directa; por lo menos es necesario que exista, que salve el pellejo. Quedándose en la ciudad, la dirección política será inevitablemente destruida o desmantelada por la represión. Los dirigentes lo saben o se lo imaginan. Pero la fuerza de la tradición, la adhesión zoológica a formas de organización determinadas, consagradas, solidificadas por el tiempo, impide romper una estructura establecida y pasar a la nueva forma de lucha exigida por la situación de guerra. Esas resistencias son normales: el partido bolchevique y Lenin tropezaron con ellas hasta Octubre del 17.

En la actualidad, hay países en que numerosos dirigentes políticos pueden dar su acuerdo, en un momento de auge, a abandonar la ciudad, a ir a la montaña y escapar a la represión creciente Pero

de hecho, difieren cada día la partida Cada día hay un golpe de Estado “en el aire”, una reunión atrasada; una esperanza de ver resuelta la crisis en un abrir y cerrar de ojos. Siempre hay un pretexto. Hasta el día en que es demasiado tarde: la policía los encarcela o los mata. Luego, la dirección tradicional cae. Se pone en pie rápidamente una dirección de reemplazo clandestina, sin las cualidades de la primera, elegida con regularidad en congreso, que se encuentra en prisión o diezmada; desvinculada de la base y de las organizaciones regulares. Esta dirección improvisada despacha los asuntos corrientes y se absorbe en la rutina clandestina. Satisfecha con poder siquiera mantener en pie algo así como un partido, da largas; vacila en tomar las decisiones de fondo y deja a la guerrilla como está, allí donde está; esperando días mejores, le presta el concurso de siempre, y siempre con grandes sacrificios. En todos los casos se buscará reunir las ventajas de todas las formas de lucha sin los inconvenientes de ninguna: se rehúsa escoger una forma de lucha como fundamental y otra como subordinada. Se deja a los dos brazos agitarse, cada uno por su lado, cada uno por su cuenta, sin acción coordinada, sin subordinación de las tareas. Esta dirección política abstracta, reformista o desavenida, transforma el movimiento revolucionario en un muñeco desarticulado. En una situación de guerra, una desviación en la cima, en la cabeza, puede engendrar desviaciones de signo contrario en las dos alas del aparato armado: a las nostalgias legalistas de la dirección política vienen a responder, en su aparato armado, el terrorismo descontrolado en la ciudad y el bandolerismo en el campo. —**Acciones incontroladas en la ciudad:** en ausencia de un mando único, ninguna estrategia clara de lucha armada. En ausencia de una estrategia clara, ningún plan de acción. La guerrilla es aislada de las ciudades; cada una actúa por su cuenta; las fuerzas urbanas o lo que hace las veces de éstas no están claramente subordinadas a la Sierra: para ello hace falta que la guerrilla sea reconocida como el ala directora y motriz del movimiento. De ahí, acciones independientes y anárquicas en la ciudad, que pueden comprometer no solamente los planes de la guerrilla, sino hasta el sentido mismo del combate librado.

Es fundamental precisar [escribía el Che Guevara ya en 1960] que nunca puede surgir por sí misma una guerrilla suburbana... La guerrilla suburbana estará directamente a

las órdenes de jefes situados en otras zonas. Por tanto, la función de esta guerrilla no será llevar a cabo acciones independientes, sino de acuerdo con planes estratégicos preconcebidos.¹³

Claro está que el terrorismo de ciudad no puede desempeñar ningún papel decisivo y que entraña a la vez algunos peligros de orden político. Pero si está subordinado a la lucha fundamental, la del campo, tiene, desde un punto de vista militar, un valor estratégico: inmoviliza millares de soldados enemigos, congela la mayor parte del aparato represivo en tareas estériles de protección. Fábricas, puentes, centrales eléctricas, edificios públicos, carreteras, oleoductos pueden ocupar hasta las tres cuartas partes del ejército. El gobierno, por ser gobierno, tiene que proteger todos los intereses de todos los que tienen bienes y en todas partes; los guerrilleros no tienen que cuidar nada en ningún lugar. No tienen peso muerto. Por eso, la relación de fuerzas no se mide en términos de igualdad aritmética. En Cuba, por ejemplo, de los 50.000 hombres que tenía Batista, no pudo emplear nunca más que 10.000 a la vez contra la guerrilla. Y el Ejército Rebelde, al decir de su jefe, llegó a ser invencible cuando alcanzó la proporción de 1 contra 500.

Es que, desde el primer día, Fidel impuso una clara estrategia, aún más clarividente porque las fuerzas del 26 de Julio eran mucho más numerosas y mejor organizadas en las ciudades (Santiago, La Habana) que en la Sierra, en esa época de lucha. El acento principal debía ponerse en la consolidación de la guerrilla rural, en el Ejército Rebelde; a éste correspondía la dirección del Movimiento, aquí estaba la cabeza de todo el país. Después del desembarco, Fidel delegó en Faustino Pérez la reorganización del Movimiento en La Habana, dándole plenos poderes para ponerlo bajo la dirección de una fuerza que, como se sabe, reunía 20 hombres (enero del 57). Todas las armas disponibles debían ser enviadas a la Sierra Maestra y ni un solo fusil distraído para la resistencia urbana, directiva que podía parecer escandalosa, dado el desarrollo de esa resistencia y sus reales necesidades en armas; directiva que engendró más de un conflicto con el ala urbana del Movimiento,

13 Ernesto Che Guevara: *Guerra de guerrillas*, p. 131.

más de un resentimiento, pero que permitió en un mínimo de tiempo la constitución de “la fuerza móvil estratégica”, el Ejército Rebelde, en el primer frente de la Sierra Maestra. Será ésta la que liquidará al régimen en definitiva: tal es uno de los leitmotivs de las cartas de Fidel a Frank País, jefe del Movimiento en Santiago. Después de la muerte de Frank País sigue insistiendo Fidel. El 11 de agosto de 1957, escribe a Aly (Celia Sánchez): “Una consigna debe ser ahora la más correcta: **todos los fusiles, todas las balas y todos los recursos**, para la Sierra”, y vuelve a lanzar la misma consigna en otra carta a Aly el 14 de agosto.

Entre las dos alas del Movimiento Liberador, las contradicciones no dejan de acentuarse, inevitablemente. Las dos alas tienen un desarrollo desigual, donde quiera que sea, en efectivos y en calidad; de ahí los peligros de una cojera. Como hemos visto, la montaña proletariza a burgueses y campesinos y la ciudad puede aburguesar hasta a los proletarios. Los conflictos tácticos que no dejarán de surgir, las diferencias de apreciación o de línea, encubren un conflicto de clase, donde los intereses del proletariado, paradójicamente, no están del lado de la ciudad. Si esos conflictos pudieron ser resueltos tan pronto en Cuba, si la marcha hacia el socialismo ha podido ser tan rápida después de la conquista del poder, es porque desde el primer día la hegemonía fue reclamada, defendida y conquistada por Fidel en beneficio de la guerrilla rural. Una de las pocas acciones que pudo proponer e imponer el Llano fue la huelga general de abril del 58, que terminó en una catástrofe y repercutió gravemente sobre todo el Movimiento.

La Comandancia del Ejército Rebelde dejó hacer y colaboró al máximo y de buena fe a los preparativos de la huelga, tanto Fidel en el Primer Frente como Raúl en el Segundo: a los de abajo, les tocaba decidir sobre lo de abajo. La Sierra no podía estar mejor informada de la situación en las ciudades que la gente de la ciudad: por esta razón de sentido común, Fidel no se opuso a la huelga. Resultó así víctima del “subjetivismo” del ala civil del Movimiento. El fracaso de la huelga general puso en evidencia una crisis latente a la vez que permitió superarla. En el plano de la organización, se reestructuró la Dirección, acabando con todas las trabas impuestas a la Sierra; la Comandancia del Ejército Rebelde tomó en sus manos la responsabilidad nacional del movimiento. En el plano de las concepciones de lucha, fue definitivamente barrida

la concepción "civilista": para el Llano, la guerrilla era algo simbólico, destinada a crear las condiciones de un golpe de Estado en la capital. Para la Sierra, la guerrilla podía y debía dar una solución militar al problema político que no podía resolverse por ningún otro medio. Por eso, pudo Fidel escribir antes de la huelga: "Si logra [Batista] aplastar la huelga, no resolvería nada; nosotros seguiríamos luchando, y dentro de seis meses, su situación será peor" (carta a Nasin, marzo 23 de 1958). La clase dominante tenía todos los medios para reprimir y resquebrajar una huelga general, mientras que estos medios no le servían en absoluto para vencer en una guerra de guerrillas. Así le tocó a la Sierra salvar a la Revolución puesta en peligro por el Llano. Con el fracaso de la huelga, al comprobar a los ojos de todos que sólo la Sierra podía salvar la Revolución, era lógico que ésta asumiera la responsabilidad de su dirección. En un discurso ulterior al triunfo, Fidel volvió sobre las oposiciones fundamentales de estrategia y de clases que encubrían el mal paso y las discusiones que lo siguieron.¹⁴

Toda la experiencia contemporánea de América confirma y da fuerza de ley a esa desarmonía y ese desgarramiento entre las fuerzas de la Sierra y del Llano.

—**Dispersión en el seno mismo de la guerrilla rural:** La ausencia de mando único y dirección centralizada favorece la creación pre-

14 El Che da la siguiente explicación del conflicto: En otra parte, Fidel expresa claramente: "condición esencial del revolucionario es saber interpretar la realidad". Refiriéndose a la huelga de abril, explica cómo no supimos interpretarla en ese momento y por ello sufrimos una catástrofe. ¿Por qué se declaró la huelga de abril? Porque había en el seno del movimiento una serie de contradicciones que nosotros llamamos de la Sierra y el Llano, y que se hacían patentes a través de los análisis de los elementos considerados fundamentales para decidir la lucha armada, los que eran diametralmente diferentes en cada una de las alas.

La sierra estaba dispuesta a derrotar al ejército cuantas veces fuera necesario, ir ganándole batalla tras batalla, conquistando sus armamentos y llegar algún día a la toma total del poder sobre la base de su Ejército Rebelde. El Llano era partidario de la lucha armada general en todo el país con un epílogo de huelga general revolucionaria que expulsara a la dictadura batistiana y sentara la autoridad de los "civiles" como gobernantes, convirtiendo al nuevo ejército en "apolítico".

El choque de estas tesis es continuo y no es lo más adecuado para la unidad de mando que se requiere en momentos como éste. La huelga de abril

matura de varios focos. Dada la desigual relación de fuerzas existentes al comienzo entre la reacción y el campo popular, esta división debilita todavía más a la guerrilla que al ejército represivo. Ese se resiente menos de tener que dispersar sus fuerzas que la guerrilla de tener que dispersar las suyas. Tanto más cuanto que el ejército no las atacará simultáneamente, sino una por una, obteniendo así en cada sector una superioridad todavía más absoluta que si hubieran estado unidas en un solo foco. Aquí el ejemplo peruano habla por sí solo. La gran extensión del territorio no parece ser un argumento suficiente para retardar la consolidación previa de una fuerza móvil mínima, dotada de un poder de fuego mínimo que le asegure una capacidad de ataque apreciable en un sector dado. En otra parte (Venezuela), los focos guerrilleros se multiplicaron desde 1962, multiplicación artificial que no correspondía a un crecimiento real del movimiento guerrillero ni de su capacidad ofensiva. Este crecimiento forzado —causa y efecto de la ausencia de una comandancia única— debilitó de hecho la guerrilla. Es ésta quizá una de las razones del retraso que sufrió la guerrilla venezolana para constituirse en vanguardia político-militar y darse al fin una comandancia única (1966). En todo caso, lo que muestra bien que la guerrilla no fue en ese país un movimiento concertado, obediente a un plan de acción madurado de antemano, es esa proliferación espontánea y desordenada de focos, con un personal no entrenado, cuya mayoría fue liquidada en los primeros meses. Entre los focos que sobrevivieron a esa primera ola de ofensiva (Falcón, Lara, Trujillo, Oriente) ninguno se desarrolló suficientemente pronto y bien para poder catalizar en torno de él la lucha de clases. Así, ninguno pudo, hasta una fecha re-

es preparada y decretada por el Llano con la anuencia de la Dirección de la Sierra, que no se siente capaz de impedirla, aunque tiene serias dudas sobre el resultado, y con las expresas reservas del P.S.P., que advierte el peligro a tiempo. Los comandantes revolucionarios van al Llano para ayudarla, y así Camilo Cienfuegos, nuestro inolvidable Jefe del Ejército, empieza a hacer las primeras incursiones en zona de Bayamo.

Estas contradicciones tienen una raíz más honda que las discrepancias tácticas: El Ejército Rebelde ya es ideológicamente proletario y piensa en función de clase desposeída; el Llano todavía sigue pequeñoburgués, con futuros traidores en su dirección y muy influenciado por el medio en que se desenvuelve. Che Guevara: Prólogo al libro *El Partido marxista-leninista*.

ciente, contrabalancear seriamente los centros de poder dispersos que representaban los partidos políticos existentes. La ausencia de una dirección única de la lucha armada, realmente ejecutiva y prestigiosa, provoca así el desparramamiento de los frentes, y esa dispersión a su vez retarda la aparición de una dirección única.

Este retardo puede ser voluntario; o sea, que se crearan nuevos frentes guerrilleros para impedir la constitución de esta dirección única. Pero en este caso, más que de frentes guerrilleros activos, se trata de depósitos de ahorro a cobrar después de la victoria. No están destinados a hacer la guerra, sino a mantener una masa de reserva política, y hacer la propaganda de sus promotores. Tener una guerrilla da prestigio. Permite hablar en voz alta e imponerse en la escena del poder. La simple rivalidad entre organizaciones concurrentes o una frustración pequeñoburguesa frente a una vanguardia constituida, pueden llevar así a una dispersión inoperante de la guerrilla rural.

En las condiciones que le son propias, Cuba ofrece el ejemplo de un desarrollo armonioso de la guerrilla a partir de un núcleo central único cuyo crecimiento se opera naturalmente. Ese núcleo crece hasta el día en que sus efectivos, excesivos para los recursos locales en víveres y aprovisionamientos de todas clases, debe estallar. De la célula madre, la Sierra Maestra, se destacan entonces otras células portadoras de gérmenes por división natural: crecimiento, primero, de la columna madre hasta 120 ó 150 hombres: sobrepasada esta cifra no solamente agotaría los recursos del lugar, sino sobre todo resultaría demasiado grande para el tipo de terreno donde opera en condiciones de guerra irregular, terreno donde no es posible desplegar unidades grandes. Esta columna va generando después sucesivamente varias columnas, que pueden ser inicialmente de 40, 50 ó 60 hombres (dentro del mismo frente de la Sierra Maestra, la primera fue confiada al Che Guevara en julio del 57). Esas columnas llegan a constituir nuevos frentes que a su vez más tarde, siguiendo el mismo principio, generan sus columnas o unidades tácticas. Si una de estas columnas va destinada a zonas distantes donde no es posible la coordinación táctica con la columna madre y sus columnas, la nueva columna llega a constituir otro frente, que a su vez genera sus columnas. Raúl parte de la Sierra Maestra hacia el norte de Oriente con unos 60 hombres y organiza un nuevo frente, que llegó a contar con numerosas co-

lumnas. Almeida, en marzo del 57 parte a lo largo de la Sierra Maestra, con 40 hombres, hacia la zona de Santiago de Cuba, donde después se formaría lo que se llamó el Tercer Frente. Che, en agosto del 58, parte de la Sierra Maestra hacia Las Villas con 120 hombres, desarrollando allí al máximo la guerra, apoyado por la columna de Camilo Cienfuegos —que salió con 90 hombres de la Sierra—, cuyo destino era organizar un frente al occidente del país, en Pinar del Río. Pero a principios de diciembre, dado el vertiginoso desarrollo de la guerra y su presumible desenlace rápido, recibe la orden de apoyar con todos sus efectivos las operaciones del Che en Las Villas, a fin de cortar en dos partes el territorio y liquidar las principales unidades de Batista concentradas en la región oriental.

La ventaja de ese proceso de menor a mayor, de apariencia tan natural, que parece engañosamente marchar como seda, es que anuncia a la vez la existencia de un mando central indiscutido y de una muy grande libertad táctica de los oficiales y las columnas. Tanto más fuerte es el mando central y más clara y firme la estrategia fijada al comienzo por el mando, cuanto más grandes pueden ser la libertad de acción y la flexibilidad táctica de los diferentes frentes y columnas. La concentración de los medios y de los hombres en un solo foco permite la elaboración de una doctrina militar única al calor de los combates, en la cual se forman todos los hombres. A esta altura, “doctrina militar” designa un conjunto de pequeñas reglas tácticas que han probado su eficacia: atacar a las tropas en movimiento y no en acantonamiento o en estacionamiento; atacar los refuerzos enemigos de manera escalonada, es decir, preparar de antemano emboscadas en su camino; conservar reservas para batir, después de una emboscada, a la tropa enemiga en retirada, ya desmoralizada y enredada en el transporte de sus heridos y muertos; prohibir al grueso de los combatientes tener bala en el directo antes de que haya empezado el fuego; cortar y destruir la vanguardia de las columnas por una doble emboscada, de contención para cortarla del centro y de aniquilamiento para destruirla una vez cortada; utilizar al máximo las minas eléctricas a distancia; valorar, en un principio, la captura de armamento más bien que la destrucción física del enemigo; conservar la iniciativa en la elección de las sorpresas y la escalada de las provocaciones, es decir, habituar al enemigo, en un punto dado, a un tipo

de acciones para sorprenderle bruscamente por medio de una acción diferente en el mismo punto; devolver los prisioneros a sus casas; curar con atención al enemigo herido... Así se forman poco a poco, oficiales en una cierta escuela moral, política y militar, oficiales a los cuales el Mando puede, llegado el día, encomendar con toda confianza la dirección estratégica de una zona o un frente, sin que el Mando ejerza el tutelaje de sus acciones. Se han formado todos en la misma escuela, que les ha inculcado un espíritu común, reglas tácticas y un plan de acción escalonado, político y militar.

Varias veces, en momentos en que la menor diversión hubiera sido de gran ayuda, Fidel se oponía sistemáticamente a la creación precoz de otros frentes guerrilleros, como ocurrió en mayo de 1957, con lamentables consecuencias cerca del Central Miranda.

Era necesario demostrar que vivíamos, pues nos habían dado algunos golpes en el Llano; las armas destinadas a abrir otro frente en el Central Miranda cayeron en poder de la policía, que tenía presos a muchos dirigentes valiosos, entre ellos a Faustino Pérez. Fidel se había opuesto a separar las fuerzas, pero cedió frente a la insistencia del Llano. Desde ese momento quedó demostrada la justeza de su tesis y nos dedicamos a fortalecer la Sierra Maestra como primer paso hacia la expansión del Ejército Guerrillero.¹⁵

—**Dirección artificial de un Frente político improvisado:** La falta de unidad en el mando desata infinitos mecanismos de compensación. Uno de los más socorridos consiste en promover un frente nacional al cual se confiará oficialmente la dirección del brazo armado.¹⁶ Se invertirán energías considerables en la constitución de un frente-fantasma, compuesto en lo esencial por el partido que lo ha formado; como un partido no hace un frente, se fabricarán de pies a cabeza organizaciones creadas a expensas de las fuerzas del propio partido; se buscarán las famosas “personalidades independientes” progresistas, cuyo nombre puede callarse para adornar su

15 *Pasajes de la guerra revolucionaria*, p. 106, Ed. Unión.

16 Frente Unido de Resistencia en Guatemala (1963) y primeras FAR, cuya inanidad denunció la guerrilla Edgar Ibarra (ver carta); Frente de Liberación Nacional de Venezuela; etc.

misterio. Tantas energías y esfuerzos de que se priva al desarrollo de la lucha armada para proveerle, aun antes de que esa lucha se haya consolidado y extendido, de una envoltura pomposa. Acto reflejo clásico: no hacer alianzas reales sobre objetivos determinados, en torno de una fuerza constituida, sino presentar una fachada y decorarla antes de amueblar la casa. Se elaboran programas espléndidos abundantemente distribuidos en el extranjero, ignorados en el interior, y se cree estar en paz con la historia porque se ha puesto el futuro en programa, sin ocuparse siquiera, en el momento presente, de obtener los medios efectivos de realizarlo aunque sólo sea en su primera fase. El Programa, el Frente, las Alianzas, todas esas bellas maquinarias artificiales, absorben la atención y dispensan así de poner en pie **el instrumento** de su realización: el ejército popular, único que puede dar a un frente político su seriedad histórica y su eficacia. No se puede confundir la guerra con su propaganda. Ningún frente artificial puede colmar un vacío de dirección militar y política. Querer disfrazar un vacío con otro no suprime el primero, sino añade un segundo.

Una vez más, y a despecho de todas las experiencias adquiridas hasta hoy, se hacen pasar las instituciones antes que los hechos. Movimientos revolucionarios incipientes o grupos reducidos sumando unas decenas de hombres, elaboran, aun antes de entrar en acción, organogramas más complejos e ininteligibles que los de un Ministerio, llenos de Mandos, Direcciones, Comisiones como si la seriedad de un movimiento revolucionario se midiera por el número de sus subdivisiones. Las formas de organización preceden al contenido a organizar. ¿Por qué? Porque no se está liberado de la vieja obsesión, y se cree todavía que la conciencia y la organización revolucionaria deben y pueden en todos los casos preceder a la acción revolucionaria. Busquemos bien: este idealismo ingenuo es el que inspira en el fondo a los que se entregan al opio electoral, para quienes habrá socialismo cuando la mitad de los inscritos en el registro electoral más uno, voten por él. Se llega a la siguiente paradoja: inconscientemente se aplica a la lucha armada los mismos presupuestos que rigen a las muy pacíficas actividades de los reformistas. Para qué asombrarse entonces si las malandanzas de estos últimos recaen sobre ciertas luchas guerrilleras.

Primero, se va de lo más pequeño a lo más grande. Querer ir en sentido inverso no sirve de nada. Lo más pequeño es el foco guerrillero, núcleo del ejército popular, y no es un frente el que crea ese núcleo, sino que es el núcleo el que, al desarrollarse, permitirá crear un frente nacional revolucionario. Un frente se hace en torno de algo **existente**, no solamente en torno de un programa de liberación. Es el “pequeño motor” que pone en marcha el “gran motor” de las masas y precipita la formación de un frente, en la ascensión de las victorias obtenidas por el pequeño motor. Lo que enseña la práctica fidelista de la guerrilla es la siguiente paradoja: cuanto más débil es el núcleo revolucionario más debe desconfiar de las alianzas; cuanto más fortalecido, más puede permitirse buscar esas alianzas, puesto que el Ejército Popular tiene la hegemonía, y los principios —los motivos del combate— están a cubierto. Concepción que sería sectaria si sólo se tratara de preservar la buena conciencia y la pureza inmóvil del núcleo armado, pero que no lo es cuando se trata de un núcleo dinámico, concebido como motor y director de una guerra ofensiva sin tregua. Ese pequeño grupo —si quiere salvarse— **no puede** permanecer inmóvil, cerrado sobre sí mismo. Patria o Muerte. Muere —de muerte física— o vence, salva la Patria y se salva. En un sentido, el Ejército Rebelde ha luchado durante toda la guerra y especialmente al comienzo, contra la unidad a **toda costa**, sin principios, para reagrupar, por medio de la guerra, a los militantes de los otros partidos y del pueblo entero haciéndolos participar en esa misma guerra contra la dictadura. La carta a las organizaciones en el exilio, denunciando el pacto de unidad de Miami, es una vez más un cortante ejemplo de ello. Dicha carta termina con estas palabras: “Que para caer con dignidad no hace falta compañía”.

Esta extraña dialéctica repercute sobre las relaciones de la guerrilla con el Ejército. Al principio, siendo débiles los rebeldes, Fidel desalentó al máximo las tentativas de golpe de estado y los contactos con los militares. Aun un golpe de estado en favor del “26” hubiera sido desfavorable al Ejército Rebelde: una Junta “liberadora” hubiera podido confiscar e interrumpir el proceso revolucionario, no existiendo todavía un contrapeso. Después, cuando la Sierra Maestra contaba ya con fuerzas suficientes y se transformaba poco a poco en vanguardia reconocida por el pueblo entero, Fidel no perdía ocasión de tomar contacto con los militares,

no para fomentar un golpe de estado, sino para acelerar la descomposición del régimen, y avivar las contradicciones en el seno del Ejército, principalmente entre los oficiales subalternos y el alto mando de La Habana. Aun un golpe de estado, si se hubiera producido, no podía ya desviar la lucha popular, dividiendo las fuerzas del enemigo, no las fuerzas guerrilleras que hubieran seguido el combate contra los militares con mayor empuje.¹⁷ En octubre del 58 escribe a un compañero de la organización: “Lo revolucionario no es el golpe de estado, sino la incorporación de los militares a la lucha armada” (carta a Camacho 29/10/58). Esta incorporación pudiendo aparecer como una traición a los militares leales a su institución, se contentaba con llamarlos a parlamentar, a deponer las armas o a neutralizar ciertas unidades, sin imponérsele nunca condiciones humillantes. Aceptar hablar es ya empezar a claudicar; y a medida que recibían más y más golpes, los oficiales enemigos respondían cada vez más a los mensajes de la Comandancia Rebelde, a pesar de la terrible reputación que como asesinos de soldados había hecho la propaganda de Batista a los Rebeldes.

La guerra psicológica no tiene efecto si no se inserta en la guerra a secas. Aliviada un momento la presión militar, la presión política sobre el adversario carece inmediatamente de punto de apoyo y cae en el vacío. Porque cada día morían soldados, porque se veían amenazados en su vida, los oficiales de Batista, a la cabeza de un ejército profesional, aceptaban un diálogo; por ello ya no se reían, como lo hicieron al principio, de tan ingenua pretensión. Infiltrar o presionar valen cuando se combate y golpea a la vez. Para que un ejército responda a los llamamientos patrióticos o revolucionarios de las fuerzas populares armadas, hace falta que aquél las respete; y un militar no respeta sino a los que teme. También se puede hablar de paz, pero haciendo la guerra. Solamente así,

17 Carta a Frank País, 21 de julio 57: “Nosotros no tenemos el menor apuro. Nosotros lucharemos aquí el tiempo que sea necesario. Nosotros concluimos esta lucha con la muerte o con el triunfo de la verdadera revolución. Esta palabra ya puede pronunciarse. Viejos temores se disipan. El peligro de un régimen militar disminuye porque cada día es mayor la fuerza organizada del pueblo. Y si hay golpe o junta, desde aquí exigiremos el cumplimiento de nuestros postulados. Y si nosotros seguimos esta guerra, no hay Junta que se mantenga”.

la consigna de paz se vuelve contra el opresor, no contra la insurrección. Y durante todo el proceso, Fidel esgrimió la consigna de paz, el deseo de todos de poner fin a la guerra civil, pero mostrando que Batista y su régimen eran el único obstáculo a la paz; y el deseo de paz se volvió aliento para la guerra revolucionaria. Después, ningún frente político deliberativo puede asumir la dirección efectiva de una guerra popular; solamente un grupo ejecutivo, técnicamente capaz, centralizado, unido sobre la base de intereses de clase idénticos. En resumen, un Estado Mayor revolucionario. Un frente nacional heteróclito por naturaleza es el lugar de desavenencias políticas, de discusiones, de deliberaciones sin fin y de compromisos momentáneos. No puede unirse y vivir sino frente al enemigo, frente al peligro inminente, y aun los medios de encararlo descansarán en la acción separada de las fuerzas que lo componen, dotadas cada una de su unidad propia. Estas fuerzas recobrarán su libertad después de la victoria, resurgiendo entonces sus antagonismos. Aun en ese caso, un Frente puede asegurar la diplomacia de una guerra, pero no su dirección operacional. Los presidentes u órganos dirigentes de un Frente viven lo que viven los compromisos de clase. Los “árbitros” pueden ayudar a los jefes a conquistar el poder; son los jefes los que lo conservan. A menos que el “árbitro” revele a tiempo sus cualidades de jefe, baje del cielo azulado de los Acuerdos por encima de las clases, ponga los pies en tierra y en sus vulgares sociedades de clase, a la cabeza de una de ellas.

Evidentemente, esos métodos de trabajo tienen una causa política. ¿De dónde vendrían si no? ¿De una falta de moral? Los militantes tienen moral, y admirable. En los países en que han hecho estragos esos métodos han sido los camaradas, los militantes comunistas, los que han llevado el peso principal de la guerra. Miremos la lista de los muertos: casi todos son miembros de los partidos, e igual los encarcelados. ¡Ay! La abnegación no es un argumento político y el mártir no tiene fuerza de prueba. Cuando el martirologio se alarga, cuando todo acto de entereza se convierte en martirio, es que “algo anda mal”. Y es un deber moral investigar esta causa, como lo es saludar a los camaradas muertos o encarcelados.

En la raíz hay sin duda viejas concepciones políticas hoy gastadas, desacreditadas, roídas por el fracaso, pero que sobreviven, todavía vivaces. La vieja teoría de la alianza de las cuatro clases, que in-

cluye a la burguesía nacional; la perspectiva de una “democracia nacional”, es decir, el mantenimiento de las relaciones de producción capitalista, pero aseadas, limpias de toda ingerencia imperialista, bajo el control de las masas, que exigirán después pasar al socialismo; el desprecio o la subestimación del campesinado, al que una tal perspectiva, por otra parte, no puede seducir. En el fondo, muchas de esas organizaciones políticas adolecen todavía de una falta de análisis concreto de los modos de producción en vigor en cada país de América Latina, de las combinaciones existentes entre los diversos modos de producción, de las formas de dominación de un modo de producción sobre los otros, análisis que sólo pueden indicar las relaciones de clase existentes. Esos defectos, esas lagunas son conocidas; no basta evidentemente denunciarlos para paliarlos; lo que interesa aquí es su efecto práctico.

La frase “lucha armada” es esgrimida, repetida en el papel, en los Programas, pero el empleo de la frase no puede ocultar que falta todavía en muchos lugares la **decisión** de la lucha armada y la definición **positiva** de una estrategia que le corresponda. ¿Qué se entiende por estrategia? La distinción de lo principal y lo accesorio, de donde resulta una jerarquía clara de tareas y de funciones. Un pragmatismo alegre permitirá ir tirando todas las formas de lucha juntas. Que se las arreglen entre sí para entenderse. En un extremo puede aparecer la definición **negativa** de una estrategia en forma de rechazo. A la idea de que, en condiciones dadas, hay que subordinar las formas pacíficas de la lucha de masas a la lucha armada de masas, se ha opuesto a veces la idea de que semejante subordinación equivaldría a hacer depender la línea política del partido de vanguardia de la estrategia militar, de su aparato armado, y subordinar la dirección del partido a la dirección militar. De hecho, no hay nada de eso. Una vez más se ha olvidado, pese a las aquiescencias verbales, que la guerra de guerrillas es de esencia política y que no se puede, pues, oponer lo político a lo militar.

A despecho de las palabras, el “tecnicismo” y el “militarismo” están más bien del lado de aquellos que llaman militarismo y tecnicismo a la voluntad de englobar todas las formas de lucha en el contexto de la guerra de guerrillas, de lado de los que oponen línea política y estrategia militar, dirección política y dirección militar. Estos viven en un mundo doble, realmente dualista —y

¿por qué no decirlo?— con una herencia **espiritualista** muy próxima. Lo político de un lado, lo militar de otro. La guerra del pueblo es una técnica, localizada en el campo y subordinada a la línea política entendida como supertécnica, “puramente” teórica, “puramente” política. El cielo manda a la tierra, el alma al cuerpo, la cabeza al brazo. El verbo precede a la acción. Los sucedáneos laicos del verbo —la palabra, la palabrería, el parloteo— preceden y ordenan la actividad militar, desde lo alto del empíreo.

Primero, en la América Latina de hoy, no se ve cómo una dirección política pueda ser extraña a los problemas técnicos de la guerra; y cómo se pueda concebir un cuadro político que no sea a la vez un cuadro militar. Es la situación misma, actual o futura, la que lo exige. “Los cuadros” de la lucha armada serán aquellos que tomen parte en ella y, en el terreno, se revelen capaces de dirigirla. Ahora bien, cuántos dirigentes políticos prefieren seguir, día tras día, la vida del sindicalismo mundial o absorberse en los rodajes de las mil y una “organizaciones internacionales democráticas” dedicadas a mantenerse en vida, más que a informarse sería y concretamente de las cuestiones militares vinculadas a la guerra de su pueblo. Además, la técnica militar reviste una importancia especial en América Latina. A diferencia de China y Asia en general, la gran desproporción de fuerzas existentes **al comienzo** entre los efectivos revolucionarios y todo el aparato represivo, la pobreza demográfica del campo y los lugares en los cuales se desarrolla la guerra, no permiten reemplazar por un tiempo la técnica y el armamento por la masa y el número de combatientes. Al contrario, para compensar esta desproporción inicial y de manera general la pobreza demográfica relativa de muchos países, hay que dominar la técnica con pericia. De ahí el papel, más importante que en otras partes, de las minas, los explosivos, las bazucas, las armas automáticas modernas, etc... En una emboscada, por ejemplo, el empleo inteligente de armas automáticas modernas; su cadencia de fuego; su combinación organizada de antemano según un plan de fuego riguroso, donde el menor detalle y cada segundo cuentan, permiten compensar la carencia o la escasez de los efectivos del lado revolucionario. En un número limitado y definido de segundos, tres hombres pueden liquidar un camión de transporte de tropas con 30 soldados, allí donde se hubiera necesitado, con los viejos fusiles mecánicos, un número

equivalente de guerrilleros. Por la misma razón, el objetivo número uno de una guerrilla es apoderarse de las armas del enemigo y no tratar de liquidarlo físicamente, aunque casi siempre para quitar las armas haya que liquidarlo primero físicamente. En resumen: no hay “detalles” para un jefe político-militar; todo descansa en los detalles —en un solo detalle— y él debe vigilarlos personalmente todos.

Después, está probado que la experiencia militar de la guerra del pueblo es más decisiva que una experiencia política sin contacto con la guerrilla para la formación de los cuadros revolucionarios. Los dirigentes de envergadura en la América Latina de hoy son hombres jóvenes, sin larga experiencia política previa a su entrada en la guerrilla. Es ridículo continuar oponiendo “cuadros políticos” y “cuadros militares”; “dirección política” y “dirección militar”; “políticos” puros —que quieren seguir siéndolo— no sirven para dirigir la lucha armada del pueblo; los “militares” puros sirven, y dirigiendo una guerrilla, viviéndola, se convierten en “políticos” también. La experiencia de Cuba y la más reciente de Venezuela, Guatemala y otros países, muestra que en la guerra de guerrillas los combatientes se forman políticamente más pronto y más profundamente que pasando un tiempo igual en una escuela de cuadros, aunque se trate de un pequeño burgués o un campesino. Efecto, en el plano de los hombres, del carácter esencial y totalmente político de la guerra de guerrillas. Doble ventaja sobre la formación política “tradicional”, aunque sea en el seno de un partido, de la lucha sindical o de una escuela de cuadros nacionales o internacional: en ese “cursus honorum” político es seguro que no se formará militarmente (salvo en detalles) y no es seguro que la formación política recibada sea la mejor. Ejemplo: Cuba. El Ejército Rebelde y la clandestinidad han suministrado a la Revolución sus cuadros dirigentes y el núcleo de sus militantes. Todavía hoy los Rebeldes están a la vanguardia de esa vanguardia, defendiendo en el seno de la Revolución la línea más radical, la más comunista. ¿No es éste un extraño destino para “militares” tales como los conciben “los políticos”?

Sin embargo, en algunos países, los “políticos” parecen olvidar esta experiencia y la de su propio país. Mantienen esa distinción absurda en las condiciones latinoamericanas, entre “políticos” de

un lado y “militares” del otro. Muchas conductas, hoy mismo, reflejan ese divorcio:

—Tal dirección de partido sustrae de la guerrilla un buen número de cuadros y combatientes para enviarlos a una escuela de cuadros políticos fuera del país.

—Tal otra dirección inhibe o “controla” el desarrollo político de sus cuadros militares, poniéndoles al lado “comisarios políticos” llegados de la ciudad. Se instaura así, si no un doble aparato de dirección, en todo caso dos especies de “cuadros” en el seno mismo de la guerrilla, lo que no puede sino estorbar el surgimiento natural de líderes populares, de dirigentes político-militares completos. Esta actitud contrasta con la de Fidel, en Cuba, durante la guerra: “A los que dan pruebas de capacidad militar, darles también responsabilidad política”. El riesgo vale la pena: Raúl, Che Guevara, Camilo Cienfuegos, decenas de oficiales, hoy responsables políticos de una revolución proletaria y campesina.

Pero no nos ocultemos una evidencia.

Los partidos o las organizaciones cuyas direcciones han procedido así, controlando desde el exterior a su germen de ejército, manteniendo esta dualidad de organización o retirando a sus militantes de la guerrilla para enviarlos a formarse políticamente en otra parte, se apoyan en principios de organización consagrados, aparentemente esenciales a la teoría marxista: distinción de la instancia militar y la instancia política. Se apoyan, además, en toda una experiencia internacional: en el marco de la guerra prolongada del pueblo, la de China y el Vietnam. Puede que apliquen mal esos principios, pero los principios no tienen la culpa. ¿No estaríamos entonces en trance de confundir un principio político con una forma de organización determinada o un estado contingente de ciertos partidos? ¿No estaríamos entonces en trance de repudiar a medias palabras un principio sacrosanto, el de la distinción y el predominio del partido sobre el ejército popular en la fase precedente a la conquista del poder, con el falaz pretexto de que el principio es mal aplicado? ¿O el principio no es uno, válido para todas las latitudes?

Tomemos el problema por su raíz.

La enseñanza esencial del presente

I. ¿Qué hay que fortalecer hoy, el Partido o la Guerrilla, germen del ejército popular? ¿Cuál es el eslabón decisivo? ¿Dónde poner el esfuerzo principal?

Tal es, hoy, la cuestión sobre la cual se dividen los militantes en los países, vanguardia de la América Latina, donde operan las guerrillas.

Mañana se planteará entre los militantes de otros países.

En lo inmediato la cuestión se plantea como un dilema.

Esta cuestión ha encontrado una respuesta clásica en la historia del marxismo y en la historia a secas. Respuesta tan bien afinada, que el solo hecho de plantear la cuestión en esa forma parece a muchos **una herejía**. El Partido es el que hay que fortalecer primero, pues él es creador y el núcleo dirigente del Ejército Popular. Sólo el Partido de la clase obrera puede crear un verdadero ejército del pueblo —garante de una línea política científicamente elaborada— y conquistar el poder en provecho de los trabajadores.

Ortoxia teórica: No se trata de destruir al ejército sino de apoderarse del poder del Estado, a fin de transformar la estructura

social. El poder del estado burgués tiene su nivel propio como superestructura (política, jurídica, constitucional, etc.), y no se confunde con su aparato represivo. Si se trata de destruir el poder **político** existente y hacer de él el instrumento de la dictadura democrática de los explotados, corresponde a los representantes de las clases explotadas y a su vanguardia, la clase obrera, librar ese combate político, incluida, en su forma armada, la guerra civil revolucionaria. Ahora bien, una clase se hace representar por un partido político y no por un instrumento militar. El proletariado, por el Partido que expresa su ideología de clase: el marxismo-leninismo. Sólo la dirección de ese Partido puede defender científicamente sus intereses de clase.

En efecto, si se trata de intervenir en el conjunto de la formación social, es necesario tener el conocimiento científico de la sociedad en la complejidad de sus diferentes niveles (políticos, ideológicos, económicos, etc.) y su desarrollo. Solamente con esta condición es posible librar una lucha global en todos los niveles, y la lucha militar no es sino un nivel de intervención entre otros, con sentido sólo dentro de una intervención global, en todos los niveles; de las fuerzas populares contra la sociedad burguesa. Sólo el partido obrero, sobre la base de una interpretación científica de la formación social y de una coyuntura dada, puede decidir las consignas, los objetivos y las alianzas requeridas en un momento dado. En resumen, determinar el contenido político y el fin a perseguir, de cuya ejecución el Ejército Popular no es más que un instrumento. Tomar dicho ejército por el Partido sería tomar el instrumento por el propósito, el medio por el fin, confusión propia de la tecnocracia. De ahí la denominación de "tecnicismo" o "militarismo" dada a esa desviación.

Ortodoxia histórica: Esos principios han sido aplicados hasta ahora en las victoriosas luchas revolucionarias de nuestra época, bajo la forma de la existencia **separada** de la vanguardia política y el instrumento militar, con predominio absoluto de la primera sobre el segundo. Los guardias rojos bolcheviques estaban, en Octubre del 17, bajo las órdenes del Comité Militar del Partido y éste, a su vez, bajo el control del Comité Central, cuyas directivas aplicaba a la letra. Se dirá que el ejemplo no es probatorio, puesto que se refiere a una insurrección obrero urbana y no a una guerra del pueblo. Tomemos entonces como ejemplo a los países socialistas

que han librado una larga guerra del pueblo a partir del campo. En China y en Vietnam es donde mejor resalta esta subordinación. En China es sabido cómo el principio “la política dirige al fusil” (Mao Tse Tung) se expresó en la realidad bajo la forma de la dirección vigilante del ejército por el Partido. En Vietnam, Giap escribe:

El primer principio fundamental en la organización de nuestro ejército es la necesidad imperiosa de colocar el ejército bajo la dirección del Partido y fortalecer sin cesar la dirección del Partido. El Partido es el fundador, el organizador y el educador del ejército. Sólo su dirección exclusiva puede permitir al ejército mantener su conciencia de clase, orientarse políticamente y cumplir sus tareas revolucionarias, **Ejército del Pueblo, Guerra del Pueblo, (p. 137).**

Expresión práctica de ese principio: en el seno mismo del ejército de Liberación vietnamita, el sistema de los comisarios políticos y de los Comités del Partido. Ellos son los directores efectivos de las unidades militares y no simples auxiliares políticos. En cuanto al aspecto ejecutivo, los jefes de unidad son responsables ante el Comité del Partido, que imparte las directivas de acuerdo con los principios de dirección colectiva y responsabilidad individual, y esto en todos los escalones hasta la célula de base. “La compañía no es fuerte si la célula no es fuerte”, dice Giap. En China el Comité de Partido se hallaba en el escalón del regimiento. De 7 a 9 miembros componen el Comité, entre ellos el comandante del regimiento, con la misma jerarquía que el comisario político. Ese Comité de Partido orienta a las unidades subalternas; batallones y compañías no tienen Comité de Partido, sino instructores políticos. Estos últimos distribuyen a los militantes entre los diversos pelotones de la compañía. La regla se aplica arriba y abajo. El Estado Mayor no se divide en 4 ó 5 servicios, como en el Ejército capitalista, sino en dos esenciales, lógístico de un lado, y político-militar de otro, donde el servicio político es de rango igual que el servicio de operaciones.

Para ser breves contentémonos con un símbolo. Esta distinción de la instancia política y la instancia militar tiene nombres: Mao Tse Tung y Chuh Teh en el curso de la guerra civil revolucionaria y la Gran Marcha; Ho Chi Minh y Giap en el curso de la guerra contra los franceses. Se añadirá quizá Lenin y Trotsky durante

las guerras de intervención imperialista en la Unión Soviética. En Cuba, un solo hombre ha reunido la dirección militar (operacional) y la dirección política: Fidel Castro.

¿Es un azar sin significación o es el indicio de una situación histórica diferente? ¿Es una excepción o el anuncio de algo más profundo? ¿Qué dice a esto la experiencia actual de América Latina? Al menos hay que descifrar a tiempo esta experiencia y no condenar apresuradamente la historia real en trance de hacerse porque deroga los principios.

Me acusan de hereje [dijo recientemente Fidel Castro]. Dícese que soy un hereje dentro del terreno del marxismo-leninismo. ¡Hum! Esto hace gracia porque organizaciones llamadas “marxistas”, que se llevan como el perro y el gato y se disputan la verdad revolucionaria, nos imputan a nosotros que queremos aplicar mecánicamente la fórmula de Cuba. Nos imputan que desconocemos el papel del Partido, nos imputan que somos herejes dentro del campo del marxismo-leninismo.

En los hechos, los que quieren aplicar mecánicamente fórmulas a la realidad latinoamericana son precisamente esos mismos “marxistas”, pues conviene siempre al que ha cometido un robo gritar primero “¡al ladrón!” ¿Pero qué dice Fidel Castro para verse tratado de “herético”, de “subjetivo”, de “pequeñoburgués”? ¿Qué mensaje explosivo tiene que transmitir para que en las capitales de los países de América y de los países socialistas de Europa y Asia todos los que “piensan desarrollar la guerra revolucionaria por telepatía”, “los sin criterio”, hagan coro contra la Revolución Cubana?

¿Quiénes harán la revolución en la América Latina? ¿Quiénes? El pueblo, los revolucionarios, con Partido o sin Partido. (Fidel).

Fidel Castro dice simplemente que no hay revolución sin vanguardia; que esa vanguardia no es, necesariamente, el Partido marxista-leninista; y que los que quieren hacer la revolución tienen el derecho y el deber de constituirse en vanguardia, independientemente de esos partidos.

Se necesita coraje para registrar en voz alta los hechos tal como son cuando esos hechos desmienten una tradición No hay, pues,,

equivalencia metafísica vanguardia = partido marxista-leninista; hay conjunciones dialécticas entre una función dada —la de la vanguardia en la historia— y una forma de organización dada —la del partido marxista-leninista—, conjunción que resulta de una historia anterior de la cual depende. Los partidos están en la tierra y sometidos a las durezas de las dialécticas de aquí abajo. Si han nacido, pueden morir y renacer bajo otras formas. ¿Cómo se opera ese renacimiento? ¿Bajo qué forma puede reaparecer la vanguardia histórica?

Procedamos por orden.

Primera cuestión:

¿Por qué se puede contemplar o anunciar que en las circunstancias actuales puede haber Revolución “con o sin Partido”? Hay que plantear esta cuestión, no para reavivar inútiles y estériles rencores (que benefician en primer lugar a la contrarrevolución, dondequiera que sea), sino porque condiciona la respuesta a la segunda.

Segunda cuestión:

¿Bajo qué forma puede reaparecer la vanguardia histórica?

Lo que es depende de lo que fue, y lo quese será de lo que es. La primera cuestión, la de los partidos, tal como son, es una cuestión de historia. Para responder a ella hay que mirar al pasado.

Un partido está marcado por sus condiciones de nacimiento, por su desarrollo y por la clase o alianza de clases que representa, según el medio social en que se desenvolvió. Tomemos siempre los mismos contraejemplos para detectar qué condiciones históricas permiten la aplicación del esquema tradicional de la relación Partido-Ejército guerrillero: en China y en Vietnam.

Primero, el Partido chino y el Partido vietnamita han estado ligados desde su nacimiento al problema de la instauración del poder revolucionario, no por un lazo teórico, sino **práctico**: lo han vivido desde un principio bajo la forma de una dolorosa experiencia. El Partido chino nace en 1921, en plena ascensión de la revolución democrática burguesa de Sun Yat Sen, en la cual participa, ya que está afiliado al Kuomintang. Recibe desde su nacimiento la ayuda directa de la Misión Soviética, que comprende consejeros militares, dirigida por Joffe y después por Borodin. Este

último organizó enseguida, después de su llegada, el entrenamiento de oficiales comunistas chinos en la Academia Militar de Whampoa, lo que permite rápidamente al Partido chino, como dijo Mao en 1938, “ver la importancia de los asuntos militares”. Tres años después de su nacimiento vive la experiencia desastrosa de la primera guerra civil revolucionaria (1924-1927), de la insurrección urbana y la huelga de Cantón, en la cual toma parte como fuerza dirigente. Experiencia que asimila y transforma, bajo la égida de Mao Tse Tung, en conocimiento autocrítico y que da origen a la adopción de una línea opuesta —opuesta aun a los consejos de la III Internacional—: el repliegue al campo y la ruptura con el Kuomintang. El Partido vietnamita nace en 1930, organiza sobre la marcha insurrecciones campesinas, pronto reprimidas, y dos años más tarde define su línea, bajo la égida de Ho Chi Minh, en su primer programa de acción: “La única vía de la liberación es la lucha armada de las masas”. “Nuestro Partido —escribe Giap— surgió cuando el movimiento revolucionario vietnamita estaba en pleno auge. Desde el comienzo dirigió a los campesinos, los impulsó a alzarse y a instaurar el poder revolucionario. Así, pues, tuvo conciencia rápidamente de los problemas que plantea el poder revolucionario y la lucha armada”. En resumen, esos Partidos se transforman, al cabo de pocos años de su fundación, en Partidos de vanguardia, dotados de una línea política propia, elaborada independientemente de las fuerzas socialistas internacionales y profundamente ligados a su pueblo.

Segundo, en el curso de su desarrollo posterior, las contradicciones internacionales van a colocar a estos partidos —como el partido bolchevique unos años antes— a la cabeza de la resistencia popular contra el imperialismo extranjero: en China, contra la invasión japonesa a partir de 1937; en el Vietnam, contra los japoneses también, a partir de 1939, y contra los colonialistas, franceses a partir de 1945. Así, pues, la revolución antifeudal se transforma en revolución antimperialista; esta última acelera a la primera. La lucha de clases adopta la forma de una guerra patriótica, y la instauración del socialismo corresponde a la restauración de la independencia nacional: las dos están ligadas. A la cabeza de la guerra del pueblo contra el extranjero, esos Partidos se consolidan, pues, como los abanderados de la Patria. Se confunden con ésta.

Tercero, las circunstancias de esta misma guerra de Liberación llevan a los partidos originalmente compuestos de estudiantes y de lo mejor de la élite obrera, a replegarse hacia el campo y librar una guerra de guerrillas contra el ocupante. Se funden entonces con los campesinos y los pequeños propietarios; el Ejército Rojo y las Fuerzas de Liberación —Vietminh— se transforman en Ejército Campesino bajo la dirección del Partido de la clase Obrera. Realizan en la práctica alianza de la clase mayoritaria y la clase de vanguardia: la alianza obrero-campesina. El Partido Comunista, en ese caso, es el resultado y el motor de esa alianza. Los dirigentes, igual: no artificialmente nombrados por un Congreso o subrogados por una tradición, sino probados, labrados y templados por esa terrible lucha que han hecho victoriosa. La función hace al funcionario, pero paradójicamente, sólo personajes históricos “hacen la historia”.

Sin entrar en detalles, las circunstancias históricas no han permitido a los Partidos Comunistas latinoamericanos, en su gran mayoría, el mismo arraigo ni igual desarrollo. Las condiciones de su fundación, su crecimiento, sus lazos con las clases explotadas son evidentemente otras. Cada uno de ellos tendrá su historia propia, pero se asemejan por lo menos en que no han vivido hasta el mismo punto el problema de la conquista del poder, desde su fundación; que no han tenido ocasión de situarse a la cabeza de una guerra de liberación nacional, en países dotados de una independencia política formal; y no han podido, pues, realizar la alianza obrero-campesina: conjunto coherente de limitaciones debidas a condiciones históricas compartidas.

El resultado natural de esta historia es una cierta conformación de los organismos dirigentes y de los partidos mismos, adaptada a las circunstancias en que han visto la luz y han crecido. Pero, por definición, las coyunturas históricas no son inmutables. La Revolución Cubana y la mecánica que ha desatado en toda América Latina han trastornado los viejos panoramas. Una lucha armada revolucionaria, allí donde existe, como allí donde se prepara, reclama una profunda transformación de los hábitos del tiempo de paz. La guerra, como se sabe, es la prolongación de la política, pero bajo formas y con medios particulares. Ocurre como si la dirección efectiva de una lucha armada revolucionaria exigiera un nuevo estilo de dirección, un nuevo modo de organización y

nuevos reflejos físicos ideológicos en los responsables y los militantes.

Un nuevo estilo de dirección: Está ampliamente probado que no se dirige una guerra de guerrillas desde el exterior, sino desde adentro y aceptando su cuota de riesgos. En el país en que se desarrolla una guerra de esta clase es, pues, necesario que el grueso de la dirección abandone la ciudad y se incorpore al ejército guerrillero. Es ésta, en primer lugar, una medida de seguridad que garantiza la supervivencia de los dirigentes políticos. Un Partido de la América Latina ha tomado ya esta decisión. Ese mismo Partido ha transformado igualmente su Comité Central, reemplazando la mayor parte de los viejos dirigentes por hombres jóvenes, directamente ligados a la guerra o a la lucha clandestina urbana. La reconversión del Partido corre pareja, pues, con su rejuvenecimiento. En la América Latina, existe un lazo profundo entre biología e ideología dondequiera que la lucha armada está en el orden del día. Por absurda o chocante que parezca esta relación, no por ello es menos determinante. Un hombre viejo, habituado a la atmósfera de la ciudad, hecho a otras circunstancias y propósitos, se incorpora con dificultad a la montaña o, en menor medida, a una clandestinidad activa en las ciudades. Aparte de los factores morales (convencimiento), de todos los adiestramientos requeridos para la guerra de guerrillas, el físico es el fundamental. Los dos marchan a la par. Una perfecta educación marxista no es, para comenzar, condición imperativa. Que un hombre viejo posea una militancia a toda prueba —una formación revolucionaria— no basta ¡ay! para afrontar la vida guerrillera, sobre todo al comienzo. La aptitud física es condición de ejercicio de todas las otras aptitudes posibles: trivialidad de aspecto poco teórico, pero la lucha armada parece tener razones que la teoría no conoce.

Una organización nueva: La reconversión del Partido en un organismo director eficaz, a la altura del momento histórico, le impone también romper con la plétora de comisiones, secretariados, congresos, conferencias, ampliados, plenos, reuniones y asambleas en todos los escalones: nacional, provincial, regional y local, para citar los más importantes. Frente a un estado de urgencia y ante un enemigo organizado militarmente, semejante maquinaria se revela paralizadora en el mejor caso, y homicida, en el peor. Es

el origen de ese vicio deliberativo de que habla Fidel, opuesto a los métodos ejecutivos, centralizados y verticales, combinados con la gran independencia táctica de los organismos subalternos que reclama la conducción de las operaciones militares. Esta conversión exige, pues, la suspensión provisional de la "democracia interna" en el Partido y la abolición temporal de las reglas del centralismo democrático que aseguran aquélla. Aun siendo voluntaria y consciente, y siéndolo más que nunca, la disciplina del Partido se convierte en disciplina militar. Una vez analizada la coyuntura, el centralismo democrático sirve para fijar una línea, elegir un Estado Mayor de dirección y luego se suspende a fin de poner la línea en práctica. Los organismos subalternos se aíslan unos a otros, reducen al mínimo su contacto con la dirección, según las reglas tradicionales de la clandestinidad, y utilizan lo mejor posible el mayor margen de iniciativa que se les deja para poner en ejecución la línea general.

Nuevos reflejos ideológicos: Tampoco corresponden a un estado objetivo de guerra ciertos comportamientos reflejos: Hacer descansar toda una línea política sobre las contradicciones existente entre las clases enemigas o los grupos de intereses divergentes en el seno de una misma clase social burguesa. Derivado de lo anterior, la búsqueda obsesiva de alianzas con tal o cual fracción de la burguesía; de los apoyos negociados; de las maniobras electoralistas de donde la clase dominante siempre sacó beneficios hasta el presente; la salvaguardia de la unidad a toda costa, por encima de los principios y de los intereses revolucionarios, que convierte al Partido poco a poco y a su supervivencia, bajo determinada forma, en un fin-en-sí, más sagrado que la revolución misma; la fiebre obsidional, herencia de un pasado abolido, y su séquito de desconfianza y soberbia, tiesura y crispamiento. Dirigiéndose fraternalmente a compañeros del Partido en el curso de la lucha contra Batista, Che Guevara les lanzaba este exabrupto: "Ustedes son capaces de crear cuadros que se dejen despedazar en la oscuridad de un calabozo sin decir una palabra, pero no de formar cuadros que tomen por asalto un nido de ametralladoras". Esta observación no es en modo alguno un juicio de valor, sino una estimación política. No se trata de sustituir una cobardía por una valentía, ni mucho menos una ideología por otra, sino un coraje por otra forma de coraje, un modelo de acción (y

(de identificación síquica) por otro, es decir, aceptar hasta el fin las consecuencias de sus principios, hasta un punto en que exigen del militante otras formas de acción, de su sistema nervioso, otros reflejos.¹⁸

Podemos ahora plantear la segunda cuestión.

¿Cómo superar esas lagunas? ¿En qué condiciones esos Partidos podrían reanudar su función de vanguardia hasta en la guerra de guerrillas? ¿Mediante un trabajo político de ellos sobre sí mismos, o se requerirá históricamente otra formación? Para responder a estas preguntas del porvenir hay que mirar no ya al pasado sino al presente.

En definitiva, la cuestión se plantearía en esta forma:

II. ¿Cómo se forma el Partido de vanguardia? ¿Puede el Partido, en las condiciones existentes en la América Latina, crear el ejército popular o es el ejército popular el que debe crear el Partido de vanguardia? ¿Quién es el núcleo de quién?

Muchos Partidos Comunistas tuvieron, pues, en la América Latina, un falso arranque hace 30 ó 40 años, por razones incontrastables, creando así una situación compleja. Ahora bien, los Partidos son instrumentos de la lucha de clases. Ahí donde el instrumento no sirve ya,¹⁹ ¿debe detenerse la lucha de clases o deben forjarse nuevos instrumentos? Cuestión imbécil: esta decisión no pertenece a nadie. La lucha de clases —sobre todo en la América

18 Entendámonos bien. Ya pasó el momento de creer que basta ser del Partido para ser revolucionario. Pero ha llegado el momento de poner punto final a los reflejos acrimoniosos, obsesivos y estériles de todos los que creen que basta ser "antipartido" para ser revolucionario. Estos reflejos no son sino los anteriores puestos boca abajo, pero idénticos en el fondo. El maniqueísmo partidario (fuera del Partido no hay revolución) encuentra su correspondiente en el maniqueísmo antipartido (con el Partido no hay revolución): ambos son quietistas. En la América Latina de hoy no se determina un revolucionario por su relación formal frente al Partido: con o contra el Partido. El valor de un revolucionario, como el de un Partido, es el de su acción.

19 Recordamos que no nos esforzamos aquí en extender nuestra descripción a los países donde la ausencia de una lucha seria por el poder ha permitido a las organizaciones políticas eludir hasta hoy las tensiones correspondientes.

20 Ver artículo de Fernández y Zanetti: "Política y Guerrillas", en *El Caimán Barbudo*, N^o 8.

Latina actual— bien puede ser frenada, limada, desviada, pero no se detendrá. Entonces las clases populares se inventan sus vanguardias, se las arreglan con lo que encuentran, y el deber de los revolucionarios es precipitar esta formación. ¿Pero la formación de qué exactamente?

Asistimos hoy, aquí y allá, a subversiones extrañas. El Che Guevara escribía en un artículo que la guerrilla no era un fin en sí ni una bella aventura, sino un método para alcanzar un fin: la conquista del poder político. Pero he aquí que la guerrilla viene a servir para muy otros fines: medio de presión sobre un gobierno burgués, elemento de trueque político, carta de reserva para los malos días. Tales eran los fines que ciertas direcciones políticas querían hacer endosar a sus instrumentos militares. El método revolucionario servía para fines reformistas.²⁰ Entonces, después de un tiempo de pataleo, el método guerrillero se vuelve contra el fin impuesto desde fuera, contradiciéndolo, y se da su propia dirección política. Para reconciliarse consigo misma, la guerrilla se constituye en Dirección Política, único medio de resolver la contradicción y desarrollarse militarmente. Observemos que en ninguna parte la guerrilla ha pretendido formar un nuevo Partido; apunta más bien a borrar en su seno distinción de Partidos o doctrinas entre los combatientes. Lo que unifica es la guerra y sus objetivos políticos inmediatos. El movimiento guerrillero comienza por hacer la unidad en él, en torno de las tareas militares más urgentes, que son ya tareas políticas: la unidad de los sin partidos y de todos los Partidos representados en los guerrilleros. La más decisiva de las definiciones políticas es pertenecer a la guerrilla, a las Fuerzas Armadas de Liberación. Así, poco a poco, ese pequeño Ejército hace la unidad por la base de todos los Partidos, a medida que crece y obtiene las primeras victorias. Finalmente, el futuro Ejército del Pueblo engendrará al Partido del que él habría debido ser teóricamente el instrumento: en lo esencial el Partido es él.

¿No ha conocido la Revolución Cubana la misma paradoja? Se ha observado, para escandalizarse de ello, que el instrumento habitual de la conquista del poder, el Partido, ha sido elaborado **después** de la conquista del poder. Pero no: estaba presente de antemano, en germen: era el Ejército Rebelde. Fidel, simple Comandante en Jefe del Ejército Rebelde, en los primeros meses

de 1959 era ya dirigente del Partido, aunque no lo fuera oficialmente. Un periodista extranjero en Cuba se asombraba un día de ver tantos dirigentes comunistas en traje de campaña; creía que el "battle-dress" y el revólver pertenecían al folklore de la Revolución, una especie de afectación guerrera en suma. ¡Pobrecito! No era la afectación, sino la historia de la Revolución misma lo que tenía delante de los ojos, y ciertamente la historia futura de América. Lo mismo que formalmente el nombre de socialismo ha venido a la Revolución después de un año de práctica socialista, el nombre del Partido ha venido después de tres años de existencia del Partido proletario en uniforme. No fue el Partido, en Cuba, el núcleo dirigente del Ejército Popular, como dice Giap refiriéndose al Vietnam, sino que, al revés, el Ejército Rebelde fue el núcleo dirigente del Partido, su núcleo constructor. Los primeros dirigentes del Partido vieron la luz el 26 de Julio de 1953 en el Moncada. El Partido tiene la misma edad que la Revolución. Va a cumplir 14 años. Moncada, núcleo del Ejército Rebelde; Ejército Rebelde, núcleo del Partido; en torno de ese núcleo y solamente porque existía ya ese núcleo con su dirección político-militar propia, han podido aglomerarse y unirse otras fuerzas políticas, para formar lo que es hoy el Partido Comunista de Cuba, del cual el zócalo y la cabeza están formados por camaradas salidos del ejército guerrillero.

La revolución latinoamericana y su vanguardia, la revolución cubana, hacen así un aporte decisivo a la experiencia revolucionaria internacional y al marxismo-leninismo:

En ciertas condiciones, la instancia política no se separa de la instancia militar: ambas forman un todo orgánico. Esta organización es la del Ejército Popular cuyo núcleo es el ejército guerrillero. El Partido de vanguardia puede existir bajo la forma propia del foco guerrillero. La guerrilla es el Partido en gestación. Esta es la desconcertante novedad inaugurada por la Revolución Cubana.

Se trata sin duda de un aporte. Se podría juzgar esta situación excepcional como fruto de una coyuntura única y sin alcance. Al contrario: la evolución reciente de los países que se hallan en la vanguardia de la lucha armada en el continente la confirma y la refuerza. La refuerza porque, si la ideología del ejército rebelde cubano no era marxista, la ideología de las nuevas comandancias

lo es claramente, como es claramente socialista y proletaria la revolución que se fijan como fin. Precisamente porque su línea era tan clara y su resolución tan irreversible, han tenido que separarse, en cierto punto de su desarrollo, de los Partidos de vanguardia existentes y proponerles (Guatemala) o imponerles (Venezuela) sus propias concepciones políticas, ideológicas y organizativas como base de todo acuerdo posible, a tomar o dejar. En resumen, en los dos casos, romper toda dependencia orgánica con los Partidos políticos y sustituirse a las vanguardias políticas desfallecientes. Es decir, llegar al punto de donde la Revolución Cubana había partido.

Así tiene fin un divorcio de varias décadas entre teoría marxista y práctica revolucionaria. Por contingente y frágil que pueda parecer su reconciliación, en esa guerrilla dueña de su dirección política es donde se encarna; en ese puñado de hombres "sin otra alternativa que la muerte o la victoria, en momentos en que la muerte es un concepto mil veces presente y la victoria un mito que sólo un revolucionario puede soñar" (Che Guevara). Esos hombres pueden morir, pero otros vendrán después de ellos, infaliblemente. Hay que arriesgarse. La unión de la teoría y la práctica no es una fatalidad, sino un combate, y ningún combate se gana de antemano: si ella no está ahí no estará en ninguna parte.

La guerrilla, si aspira realmente a una guerra política total, no puede soportar a la larga ninguna dualidad fundamental de funciones o poderes. El Che Guevara lleva la unidad hasta desear que los jefes militares y políticos que dirigen las luchas insurreccionales en América "estén unidos, si es posible, en una sola persona"²¹ Pero sea personal, como con Fidel, o colegiada, lo importante es que la Dirección sea homogénea, política y militar al mismo tiempo. Militares de carrera podrán convertirse, en el ejercicio mismo de la guerra del pueblo, en dirigentes políticos (Luis Augusto Turcios, por ejemplo, si hubiera vivido); militantes políticos podrán llegar a ser jefes militares aprendiendo el arte de la guerra al hacerla (Douglas Bravo, por ejemplo). Al menos hace falta que puedan hacerla. **Ahora bien, una guerrilla no puede desarrollarse militarmente sino a condición de que**

21 Che Guevara: "Guerra de guerrillas: un método".

se convierta en vanguardia política. En tanto no elabora su línea ella misma, en tanto continúe siendo “una guerrilla de presión” o diversión política, patatea inútilmente, cualquiera que sea el éxito de sus acciones parciales. ¿Cómo tomaría la iniciativa? ¿De dónde le vendría su moral? ¿Se cree acaso que se la dejará ir “demasiado lejos” si no se quiere que catalice en ellas las energías y la esperanza populares, lo que la transformará en fuerza directriz ipso facto? Precisamente porque es una lucha de masas, y la más radical de todas, la guerrilla tiene necesidad, para triunfar **militarmente**, de reunir **políticamente** en torno de ella la mayoría de las clases explotadas. No puede triunfar sin su participación activa y organizada, puesto que es la huelga general o la insurrección urbana generalizada lo que dará el tiro de gracia al régimen y destruirá sus últimas maniobras —golpe de Estado del último minuto, junta de reemplazo, elecciones— al extender la lucha a todo el país. Pero para llegar ahí, ¿acaso no se necesita un largo esfuerzo paciente para coordinar todas las formas de lucha desde la montaña, combinar eventualmente la acción de las milicias con la de las fuerzas regulares, los sabotajes en la retaguardia de la guerrilla suburbana con las operaciones de la guerrilla central y, fuera de la lucha armada, intervenir cada vez más en la vida civil del país?

De ahí la importancia de una emisora de radio a disposición de las fuerzas guerrilleras. La radio permite a la Comandancia establecer un contacto diario con la población residente fuera de las zonas de operaciones. Esa población recibe así instrucciones y orientaciones de orden político, que a medida que se extienden los triunfos militares tienen cada vez más eco. En Cuba la instalación de Radio Rebelde, en marzo del 58, su frecuente utilización por Fidel, consagró la Comandancia del Ejército Rebelde como fuerza directora del movimiento revolucionario. Cada vez más, en Cuba, católicos, comunistas, ortodoxos, todos, se volvían hacia la Sierra, sintonizaban la radio para saber “lo que había que hacer”, “dónde se estaba”, para saber también las noticias exactas. La clandestinidad se hace pública. Los métodos y los fines revolucionarios penetran en el pueblo a medida que se radicalizan. Después de la huida de Batista, Fidel denuncia por radio la maniobra del golpe de Estado en la capital, priva a la clase dominante, en pocos minutos, de su última carta y redondea la victoria final. Aun antes de lle-

gar a eso, la radio rompe la censura instaurada por el gobierno sobre las operaciones militares, censura que es hoy la regla en todos los países en lucha. Por la radio la guerrilla fuerza las puertas de la verdad y las abre de par en par al pueblo entero, sobre todo si respeta la regla moral seguida en Cuba por Radio Rebelde de no lanzar a las ondas la menor noticia inexacta, no callar jamás las derrotas ni exagerar las victorias. En pocas palabras, la emisora de radio da una nueva calidad al movimiento guerrillero. Eso explica la resistencia sorda o franca que los dirigentes de un Partido pueden oponer hoy a que el movimiento guerrillero disponga de este medio de propaganda.

Así, para que el pequeño motor ponga realmente en marcha al gran motor de las masas, sin lo cual su acción será limitada, es necesario, primero, que sea reconocido por las masas como su único intérprete y su único guía, so pena de dividir y debilitar las fuerzas del pueblo. Para que se opere ese reconocimiento es preciso que la guerrilla asuma todas las funciones de mando, políticas y militares. Todo movimiento guerrillero que quiera llevar hasta el fin la guerra del pueblo, convertirse, si es necesario, en ejército regular y comenzar una guerra de movimientos y posiciones, deberá, en la América Latina, llegar a ser la vanguardia política indiscutida, con lo esencial de su dirección incorporada a su mando militar.

¿Cómo se justifica esta herejía? ¿Con qué título puede el movimiento guerrillero reivindicar para sí, vertebralmente, esa responsabilidad?

A título de la alianza de clases que sólo él puede sellar, la misma que tomará el poder y lo administrará, la misma cuyos intereses son los del socialismo: la alianza obrero-campesina. El ejército guerrillero sella esta alianza en la acción, él mismo lo es en persona. Cuando se arroga las prerrogativas de dirigente político, ese ejército no hace sino ser consecuente con su contenido de clase, previendo los peligros de mañana. Sólo él puede garantizar, después de la victoria, que el poder popular no será desnaturalizado. Si en el curso mismo de la guerra emancipadora no asume las funciones de dirección política, mucho menos podrá asumírselos al final de la guerra, y la burguesía de seguro, con todo el apoyo imperialista necesario, sabrá aprovechar la situación. Observemos solamente en qué dificultades ha puesto a la Argelia de hoy la división de ayer entre los combatientes del interior y su gobierno político exterior.

No hay mejor ejemplo de los riesgos que implica, en ausencia de un partido marxista de vanguardia, la separación de las funciones militares y políticas. Así es la guerra civil revolucionaria que cementa los agentes históricos de la nueva sociedad.

Dice Lenin, en sus últimas notas: “La guerra civil **ha soldado** a la clase obrera y al campesinado, y eso es la **garantía de una fuerza invencible**.”²²

En la montaña, pues, se encuentran por primera vez campesinos, obreros e intelectuales. La integración no es muy fácil al principio. En el seno de un campamento pueden dividirse en grupos como en otro tiempo en clases. Los campesinos, sobre todo si son de origen indio, se aíslan y hablan su lengua entre sí, quechua o cakchiquel. Los otros, que saben escribir y hablar bien, ponen espontáneamente tienda aparte. Desconfianza, timidez, costumbres que deben vencerse poco a poco, mediante un trabajo político incansable, del cual los jefes dan el ejemplo. Esos hombres tienen, todos, algo que aprender unos de otros, comenzando por sus diferencias. Como deben adaptarse a las mismas condiciones de vida y participan en una misma empresa, se adaptan unos a otros. Lentamente la vida común, los combates, las fatigas soportadas juntos forjan una alianza que tiene la fuerza simple de la amistad. Por lo demás, la primera ley de una guerrilla es que en ella no se sobrevive solo. El interés del grupo es el interés de cada uno y viceversa. Vivir y vencer es vivir y vencer todos juntos. Que un solo combatiente se arrastre y quede rezagado de la columna en marcha, y toda la columna se verá comprometida en su rapidez y su seguridad. En la retaguardia está el enemigo: imposible dejar al compañero en el camino ni devolverle. A todos toca, pues, compartir su carga, aligerar su mochila, sus cartucheras, y ayudarlo hasta el fin. En esas condiciones, el egoísmo de clase no dura mucho. La sicología pequeño-burguesa se derrite como la nieve al sol, minando las bases de la ideología del mismo nombre. ¿En qué otro lugar semejante encuentro, semejante alianza, podría producirse? Por ello mismo la única línea posible para una guerrilla es la “línea de masas”; no puede vivir sino con su apoyo, y vive todos los días en

22 Plan de un discurso no pronunciado en el X Congreso de los Soviets de Rusia, diciembre de 1922, *Obras completas*, tomo 36, pág. 596. Los subrayados son de Lenin.

su contacto: las veleidades burocráticas están demasiado fuera de propósito para ser posibles. ¿No es ésta, para un futuro dirigente o cuadro socialista, la mejor de las educaciones? Así, la guerra civil revolucionaria hace a los revolucionarios todavía más que éstos a aquélla.

Dice Lenin, en las mismas notas: “La guerra civil ha educado y templado (Denikin y los otros son buenos **maestros**; han enseñado con seriedad; **todos nuestros mejores militantes estuvieron en el ejército**)”.²³

Los mejores maestros de marxismo-leninismos son los enemigos enfrentados. Estudio y aprendizaje son necesarios, no decisivos. No hay cuadros de academia. No se puede, pues, pretender formar cuadros revolucionarios en escuelas de formación teórica desvinculadas de la tarea insurreccional y de las experiencias del combate **en común**: candor explicable en la Europa Occidental, necesidad imperdonable en otros sitios.

La función política o vocación de la guerrilla para hacerse dirección se revela todavía mejor cuando ella organiza su primera zona liberada. Hace entonces el ensayo y el aprendizaje de las medidas revolucionarias de mañana (como en el Segundo Frente de Oriente): reforma agraria, congresos campesinos, nueva repartición de impuestos, tribunales revolucionarios, disciplina de vida colectiva. La zona liberada se convierte en prototipo y ejemplo del Estado futuro, y sus administradores, en ejemplos de dirigentes futuros del Estado. ¿Quién, sino una fuerza armada popular, puede hacer semejantes “ensayos” socialistas?

La alianza obrero-campesina halla a menudo su punto de unión en un grupo de revolucionarios de extracción burguesa, en el que se recluta una buena parte de la comandancia guerrillera. Aun si esa posibilidad es hoy reducida por la polarización extrema de las clases sociales en presencia, está lejos de haber sido abolida. Tal es la ley de las “equivalencias-sustituciones” en países de alguna manera colonizados: una clase obrera demasiado poco numerosa o ganada por la influencia de su aristocracia sindical reformista, un campesinado aislado y humillado, aceptan a ese gru-

23 *Ibidem*, diciembre de 1922. Los subrayados son de Lenin.

po de origen burgués como su dirección Política. En el curso de la lucha armada que los despierta y moviliza se produce una especie de delegación provisional de poderes.²⁴

A la inversa, para asumir esa misión, ese vicariado histórico, y no usurpar una función que no es sino consentida, esa pequeña burguesía debe, según la expresión de Cabral, “suicidarse como clase para resucitar como trabajador revolucionario, enteramente identificado con las aspiraciones más profundas de su pueblo”.

El lugar y el momento más favorables para ese suicidio es la acción guerrillera. Aquí, el pequeño grupo de iniciadores, venidos de la ciudad, hace la experiencia cotidiana de una realidad agraria encontrada por primera vez, se incorpora poco a poco a sus necesidades, comprende desde el interior sus aspiraciones, se despoja del verbalismo político y hace de esas aspiraciones su programa de acción. ¿Dónde mejor que en el ejército guerrillero en formación podría operarse esa muda de piel y esa resurrección? Aquí el verbo político se hace bruscamente carne. El ideal revolucionario emerge de la sombra incolora de las fórmulas y toma cuerpo a plena luz. Esta encarnación es una sorpresa, y cuando los que la han vivido quieren describirla —en China, en Vietnam, en Cuba, en tantas partes—, más que expresarla, la exclaman.

El espíritu renovador, el ansia de superación colectiva, la conciencia de un destino superior, están en pleno auge, y pueden llegar incomparablemente más lejos. De estas cosas con sabor de palabras abstractas, habíamos oído hablar muchas veces y presumíamos su hermoso significado, pero ahora lo estamos viviendo, se palpa en todos los sentidos y es realmente algo singular. Lo hemos visto evolucionar de manera increíble en esta Sierra que constituye nuestro pequeño mundo. La palabra pueblo que se pronuncia tantas veces con un sentido vago y confuso se convierte aquí en realidad viva, maravillosa, deslumbrante. Ahora sí sé lo que es el pueblo; lo veo en esa fuerza invencible que nos rodea en todas partes, lo veo en las caravanas de treinta y cuarenta hombres, alumbrados con antorchas, bajando las pendientes enfangadas, a las dos o las tres de la madrugada con sesenta

24 A ese respecto, ver artículos de Rachid: “Tercer Mundo e Ideología”, *El Caimán Barbudo*, N^o 2.

libras de peso al hombro, conduciendo abastecimientos para nosotros. ¿Quién los ha organizado tan maravillosamente? ¿De dónde han sacado tanta habilidad, tanta astucia, tanto valor, tanta abnegación? ¡Nadie lo sabe! ¡Es casi un misterio! ¡Se organizan solos, espontáneamente! Cuando los animales se cansan y se echan al suelo imposibilitados de nuevos viajes, surgen por doquier los hombres y traen la mercancía. La fuerza no puede ya nada contra ellos. Tendrían que matarlos a todos, hasta el último campesino, y eso es imposible, eso no lo puede realizar la tiranía; de eso se da cuenta el pueblo y se hace cada día más consciente de su inmensa fuerza.²⁵

Todos esos factores, actuando juntos, conforman poco a poco a una tropa extraña, que algunas fotografías han hecho pintoresca y ante la cual nuestra imbecilidad no ha sabido asombrarse sino del atavío y de las largas barbas. Son los militantes de nuestro tiempo. Ni mártires ni funcionarios: combatientes. Ni criaturas de aparato ni potentados: el aparato, en esta etapa, son ellos. Hombres de ofensiva, sobre todo en la retirada. Tenaces y responsables. Poseedores cada uno del sentido y el fin de esa lucha de clases armada, por intermedio de sus jefes, combatientes como ellos, a quienes ven todos los días llevar los mismos kilogramos de peso a la espalda, sufrir las mismas ampollas en los pies, morir de sed como todos durante la marcha. Los hastiados sonreirán de ese sueño a lo Rousseau. Es ocioso recordar que no es el amor por la botánica ni la búsqueda de la felicidad

lo que los ha empujado al monte, sino la conciencia de esta necesidad histórica: el poder se toma y se conserva en la capital, pero el camino que lleva a los explotados allí pasa por el campo ineluctablemente. ¿Acaso hay que recordar que la guerra y la disciplina militar, mucho más fuerte en una guerrilla que en un ejército regular, tienen rigores de que **El Contrato Social** carece? Algunos de esos grupos han desaparecido hoy, antes de conver-

25 Pasaje de la última carta de Fidel Castro a Frank País, Sierra Maestra, julio 21 de 1957. El mismo deslumbramiento se refleja hoy en las cartas de Turcios, de Douglas, de Camilo Torres y otros. Por supuesto, no quiere decir eso que el apoyo del campesinado sea fácil de lograr inmediatamente, sino que cuando está logrado, hace maravillas. Al escribir esta carta, Fidel tiene ocho meses en la Sierra y ha escapado a las traiciones de algunos campesinos.

tirse en vanguardia, replegados o liquidados. En una lucha tan decisiva, cuyo riesgo es tan grave, y que está buscándose todavía en sus balbucesos, esas derrotas son normales. Otros, los más importantes, situados en países cuya historia prueba la importancia que tienen para toda la América Latina —Venezuela, Guatemala, Colombia— se han afirmado y se desarrollan. Por ahí, por esos países, avanza la historia de hoy.

Mañana, otros países se unirán a ellos y tomarán la vanguardia de esta vanguardia.

¿Se ha observado que casi todos esos movimientos guerrilleros, no tienen comisarios políticos ni los reclaman? La mayor parte de los combatientes proceden de las filas comunistas. Son las primeras guerrillas socialistas que no han adoptado el sistema de los comisarios políticos. Ese sistema no parece corresponder a la realidad latinoamericana.

Si lo que hemos dicho no está desprovisto de sentido, esa ausencia de técnicos en asuntos políticos viene a sancionar la ausencia de técnicos en asuntos militares: los guerrilleros son unos y otros, indisolublemente. El ejército popular es su propia autoridad política. Sus comandantes son los instructores políticos de los combatientes, sus instructores políticos son sus comandantes.

Resumamos. No comprender a cabalidad la novedad teórica e histórica de esta situación puede llevar a equivocaciones peligrosas, en el seno mismo de la lucha armada. Considerar al Partido existente como distinto y superior al Partido de nuevo tipo que crece con la guerrilla, conduce lógicamente a dos actitudes.

Una: subordinar la guerrilla al Partido. El sistema de los comisarios políticos es un efecto de esta subordinación. Supone que el ejército guerrillero es incapaz de dirigirse a sí mismo y que debe ser orientado desde fuera; es decir, supone la existencia de un dirigente y un orientador revolucionario en una vanguardia previa a la guerrilla. Este supuesto, desgraciadamente, no responde a la realidad.

Otra: calcar el Partido sobre la guerrilla, o sea construir el ejército popular sobre el modelo tradicional del Partido. Hemos visto un efecto de este sistema en la preferencia dada a los asuntos organizativos sobre las tareas operativas, en la creencia de que el órgano puede crear la función. Otro efecto consiste en las asambleas de combatientes, calcos de las asambleas de células. Este

método democratista parece ser, a la democracia en el seno de la guerrilla, lo que el Parlamento es a la democracia socialista (o el arte populista al arte popular): más que un desarraigo y el trasplante de una forma ajena al fondo, un injerto peligroso para el sujeto. Se deben, por supuesto, propiciar y desarrollar reuniones de discusión política e ideológica entre los combatientes. Pero hay decisiones que competen a un mando, el cual se supone debe tener un criterio claro y justo en el orden militar y disciplinario. Alentar para todo asambleas de combatientes, los lleva a perder la fe en el mando y a la postre en sí mismos; relaja la disciplina consciente; fomenta las discordias y las divisiones en el seno de la tropa; sacrifica gran parte de su eficacia militar. Relatos de la Guerra de España narran cómo los combatientes republicanos discutían, a veces, las órdenes del oficial en pleno combate, se negaban a atacar tal o cual posición, o a replegarse en un momento dado, y hacían asambleas para escoger la táctica a seguir, bajo el fuego enemigo. Se conocen los resultados. En Cuba, la adopción ocasional de este método, al principio de la guerra, sembró la confusión y la desertión en el seno de la guerrilla, a favor de un juicio público, costando casi la vida a un valioso capitán, al cual se le había escapado un tiro matando por accidente a un compañero. Se pudiera alargar la lista con otras experiencias, hoy en día.

A situación nueva, métodos nuevos. Es decir, cuidarse de no adoptar, por equivocación o tradición, formas de acción que no son las propias a este contenido nuevo.

Cualquiera puede ahora responder al dilema inicial.

En algunos lugares de América, dialécticamente, a largo plazo, no habrá que escoger entre partido de vanguardia y ejército popular. Pero en lo inmediato hay **un orden de tareas** históricamente fundamentado. **El ejército popular será el núcleo del partido y no a la inversa.** La guerrilla es la vanguardia política "in nuce" y sólo de su desarrollo puede nacer el verdadero Partido.

Por ello hay que desarrollar la guerrilla para desarrollar la vanguardia política.

Por ello en la coyuntura actual el acento principal debe ponerse **en el desarrollo de la guerra de guerrillas y no en el fortalecimiento de los partidos existentes o en la creación de nuevos partidos.** Por ello, en estos mismos lugares, el trabajo insurreccional es hoy **el trabajo político número uno.**

Algunas consecuencias para el futuro

De aquí resulta una línea de acción.

De aquí resulta una responsabilidad histórica. La Revolución Cubana no ha vacilado jamás en asumirla.

Cuando el compañero Che Guevara ha reanudado el trabajo insurreccional, ha asumido, en un plano internacional, las consecuencias de esa línea de acción encarnada por el dirigente de la Revolución Cubana, Fidel Castro.

Cuando el Che Guevara reaparezca, no sería aventurado afirmar que estará al frente de un movimiento guerrillero **como jefe político y militar indiscutido.**

Ahora bien, cualquiera puede hoy esbozar las consecuencias generales de ese aporte de Cuba a América Latina.

I. Lo decisivo para el futuro es la apertura de focos militares y no de "focos" políticos.

Esta distinción, capital en sus efectos prácticos, es mucho más que una diferencia. Entre focos militares y "focos" políticos no hay solamente una diferencia de menos urgente a más urgente, de menos decisivo a más decisivo, diferencia que todo el mundo admitirá, comenzando por los que han pensado preparar la apertura de un frente insurreccional abriendo primero un frente po-

lítico, “marxista - leninista” o nacionalista, según las reglas clásicas. No. De lo que se trata es de **una nueva dialéctica de las tareas**. Para expresarlo esquemáticamente, digamos que se va de un foco militar al movimiento político —prolongación natural de una lucha armada de esencia política—, pero no se va, salvo excepciones, de un movimiento político “puro” al foco militar. No se combate victoriosamente a la burguesía en su terreno de elección. En la mayor parte de los países en que se dan las condiciones de la lucha armada, comenzando por el foco militar es posible llegar al “foco” político, pero comenzando por el “foco” político es casi imposible llegar al foco militar.

De ahí la involución clásica, tantas veces repetida: una nueva organización revolucionaria aparece en escena. Esta aspira a la vida legal y luego a participar en la vida política “normal” por cierto tiempo a fin de consolidarse y hacerse de un nombre, para preparar así las condiciones de la lucha armada. Pero hela aquí poco a poco absorbida, tragada por la rutina de esa vida política pública, que llega a ser su horizonte de acción habitual. Recluta algunos cuadros, algunos militantes, celebra su primer congreso, mimeografía un periódico y boletines. Después vienen las cien asambleas anuales, las mil reuniones, los “primeros contactos internacionales”, el envío de delegados al extranjero, pues hay que asistir a múltiples congresos, hacerse representar permanentemente en algunos otros organismos, mantener relaciones públicas. El balance es positivo, siempre: los funcionarios funcionan, la imprenta imprime, los delegados viajan, las amistades internacionales crecen, los dirigentes están abrumados de trabajo. En resumen, la máquina marcha. Ha costado cara y hay que cuidarla. “Se fortalece la organización”. La perspectiva de la lucha insurreccional retrocede, pues, unos meses y luego unos años. El tiempo pasa, con sus altibajos. La apertura de las hostilidades es considerada cada vez más como una tentación un poco sacrílega, aventurera, eternamente “prematura”. Cierto que hay que calmar a los militantes que pueden inquietarse y pedir cuentas; se formará, pues, cada año su pequeño contingente de “cuadros militares” —asunto reservado a la Alta Dirección— pero conocido de todos los militantes de la organización, que van cuchicheando sus esperanzas. ¡Ay! El momento no ha llegado todavía; nunca faltan imprevistos. Los militantes deben comprender que, en lo

inmediato, pasar a la lucha armada sería romper la unidad de la organización, que es sagrada, sabotar su legalidad, provocar una represión contra sus dirigentes. En resumen, la organización política se ha vertido en su propio fin. No pasará a la lucha armada porque debe esperar primero a constituirse en Partido de vanguardia sólido, cuando en realidad no puede esperar su status de vanguardia reconocida sino de la lucha armada. Ese círculo vicioso pudre la lucha revolucionaria desde hace años.

Luego, inútil crear anticuerpos en el seno de las organizaciones políticas existentes: la infección oportunista, lejos de detenerse, se agravará y exacerbará. Está probado hoy que ciertas luchas políticas o ideológicas, ciertas polémicas públicas, no han hecho sino retardar el comienzo de la lucha de masas decisiva. La creación de un "foco" político más no moviliza sino a los movilizados: se transvasijan algunos militantes y un puñado de viejos dirigentes de un Partido a otro, se procede a sutiles reajustes internos en el interior del gremio, pero el nivel de la lucha de clases no sube por ello; aún tiende a bajar, pues la lucha no se entabla sobre tesis —inexistentes de una y otra parte en lo que toca a la **realidad nacional**—, sino sobre chismes personales, rencores y futelezas. Abajo, estos traslados dejan indiferentes a obreros y campesinos que ni siquiera se informan de ellos. Arriba, esas actividades corporativas no conmueven en lo absoluto a la clase dominante; al contrario ello aísla el absceso. Congresos, conferencias públicas, boletines, carteles, pululan en el centro de la capital con toda legalidad, mientras en los mismos países los mismos gobiernos persiguen "activistas" más silenciosos pero mucho más peligrosos para ellos.

Hay que crear, pues, anticuerpos en la base, al nivel de las masas, ofreciéndoles una alternativa real a su alcance. Solamente entonces cambiarán las direcciones políticas existentes. En la mayoría de los países latinoamericanos sólo la lucha armada ha comenzado ya o va a comenzar a hacer salir a la revolución de su ghetto, de las habladurías universitarias y de una casta de permanentes "globe-trotters". Para decirlo en lenguaje de filósofo, una cierta problemática ha muerto desde la Revolución Cubana, es decir, una cierta manera de plantear las cuestiones que ordena el sentido de todas las respuestas posibles. Y no son las respuestas las que hay que cambiar, sino las preguntas mismas: esas frac-

ciones o partido “marxistas - leninistas” se mueven en el interior de la misma problemática política dominada por la burguesía. En lugar de transformarla, han contribuido a implantarla mejor, se han atascado en falsas cuestiones y son hoy cómplices de la problemática oportunista: querellas de precedencia o de investidura entre organizaciones de izquierda, frentes electoralistas, maniobras sindicales, chantajes a sus propios miembros. Esta problemática es lo que se llama simplemente “politiquería”. Para escapar a ella hay que cambiar de terreno en todos los sentidos de la expresión.

Por esta razón las nuevas organizaciones políticas que han visto la luz después de Cuba, los Partidos o grupos “marxistas - leninistas” que se han constituido, si creemos sus declaraciones, para precipitar la lucha armada —saboteada por los revisionistas— no han alcanzado sus objetivos. Más aún: para defender su pretensión a detentar solos ese puesto de vanguardia política del proletariado, esas organizaciones han llegado a sabotear la lucha armada dondequiera que queda por hacer. Se reencuentran en algunos lugares para condenar a los que ponen en práctica su propaganda, del mismo lado que las direcciones o Partidos de los cuales se han separado. Adversarios en palabras, asociados en los hechos sobre las cuestiones decisivas. Si hubiera una aritmética propia de la América Latina, diríamos que la fracción equivale a multiplicación. Esta **falsa alternativa** redobla de hecho los vicios a los cuales pretendía oponerse. Sería demasiado aburrido estudiar el fracaso de las organizaciones o Partidos que se titulan “prochinos” antes de otra cosa. Pueden atraer, en el momento de su formación, a grupos de militantes honestos y resueltos, gracias a su programa y a sus promesas. Muy pronto su método de trabajo, el ruidoso oportunismo de su línea política, el sabotaje hipócrita de su propia línea oficial sobre la lucha armada, hacen que las capas revolucionarias —la juventud principalmente— tiendan a abandonar esas organizaciones. ²⁶ Estas se encuentran ahora a

26 Así, en 1965 la Juventud Comunista del Partido Comunista “prochino” (Bandera Roja) peruano abandonó éste para formar las FALN del Perú. Privado de su esqueleto, el Partido se escindió después en varias tendencias sin convergadura. El mismo proceso se repite en otras partes.

la greña con la hostilidad suplementaria de una organización política más (la fracción multiplica, pero no divide). Es triste confesarlo: en algunos países, los grupos de revolucionarios que han pasado a preparar con seriedad la lucha armada se sienten más vigilados y acosados por esos partidos “marxistas-leninistas”, de los que muchos han salido, que por organismos represivos. En todo caso han comprendido que la división de los Partidos Comunistas, corolario de las polémicas internacionales, se ha operado sobre una falsa línea de reparto y que la verdadera división histórica entre los marxistas revolucionarios y los otros es de otra naturaleza y se operará en otro terreno.

Condenar el “fraccionalismo” no es, pues, avalar una dirección política dada o una posición ideológica contra otra; es condenar un método, una forma de lucha revolucionaria como vana e ineficaz, dilatoria y contradictoria con sus fines declarados. Es mostrar con el dedo un callejón sin salida e indicar un atajo.

En América, dondequiera que existe una vanguardia política en armas, no hay ya lugar para la relación verbal-ideológica con la revolución ni para cierto tipo de polémicas. Se ha cambiado de terreno. Las cuestiones son otras. Dondequiera que el imperialismo es discutido de hecho, se reabsorben los grupúsculos y los revolucionarios se unen sobre métodos y objetivos ligados a la guerra del pueblo.

Hagamos un poco de sociología. Ese tipo de organización política “vanguardista” u otras, no existe en ninguna parte donde se encuentra en acción un movimiento guerrillero, Venezuela, Guatemala, Colombia, países cuyos movimientos guerrilleros encuentran en la Revolución Cubana su defensor y su ideal moral y político.

Existen un poco más en los países en que la lucha armada está en el orden del día históricamente, Ecuador, Perú, Bolivia, Brasil.

Llegan a ser algo en países muy alejados de la lucha armada y en que no se destaca con claridad una vanguardia revolucionaria en acción. Dicho de otro modo, esos grupos “marxistas-leninistas” tienen una importancia inversamente proporcional a la situación revolucionaria de los países en que se encuentran. No deben su éxito muy relativo al hecho de que sean más consecuen-

temente revolucionarios, sino al hecho de que la situación no lo es.²⁷

Por ello hay que evitar el distraer los esfuerzos y los recursos hacia frentes políticos "puros" o ideológicos "puros"; evitar la esterilización de las energías revolucionarias, tradicional en la América Latina, en las rivalidades o las disensiones entre sectas. Por ello, no pudiendo ser activado el movimiento revolucionario sino por la perspectiva insurreccional, muchos piensan, en la mayoría de los países latinoamericanos, que hay que concentrar los esfuerzos en la organización político - militar. **Para no bloquear la política revolucionaria, hay que desviarla de la política a secas.** Para ponerla en marcha hay que invertir los recursos en una organización **simultáneamente política y militar**, por encima de todas las polémicas existentes.

II. Sin lucha armada no hay vanguardia definida. Donde quiera que no haya lucha armada, existiendo condiciones para ello, es que aún no existe vanguardia política. (Ese no es el caso, por ejemplo, del Uruguay, donde no hay condiciones inmediatas de lucha armada, y existe un movimiento fuerte y combativo de masas.)

Si no hay todavía vanguardia constituida en esos lugares, es que todas las organizaciones de izquierda tienen iguales títulos para postular este puesto.

Si todas pueden igualmente llegar a serlo, no sería acelerar la formación de esa vanguardia realmente representativa el mantener relaciones con una sola de ellas. El sectarismo en esas condiciones, más que ridículo, no tendría fundamento.

27 Concebimos con un violento esfuerzo de imaginación que un grupo "prochino" vaya a reunir en Guatemala o en Venezuela una cincuentena de buscabullas o traidores; no durarían quince días. No hay lenguaje común entre un guerrillero colombiano o guatemalteco y un "prochino" de Santiago o Montevideo: cuando les ocurre encontrarse en el extranjero, no pueden literalmente comprenderse. El mismo fenómeno más o menos en Africa. Se llega a la paradoja de que esas formas de organización "antirrevisionistas" encuentran un mejor terreno en Europa, en un contexto teórico, donde reagruparán más de un marxista-leninista honesto y consecuente. "Las zonas de tempestad" y sus vanguardias revolucionarias parecen alejarse cada vez más de las formas de organización y propaganda inspiradas por los camaradas chinos, mientras estén llamadas a ganar terreno entre los militantes europeos y de las zonas de calma chicha.

“Nosotros no pertenecemos a ninguna secta, nosotros no pertenecemos a ninguna masonería internacional, nosotros no pertenecemos a ninguna iglesia”, ha dicho Fidel recientemente.

Lo que hay que impedir es que partidos “marxistas-leninistas” que no cumplen su deber de revolucionarios se constituyan en un sindicato de intereses amenazados y estorben el ascenso ineluctable de nuevas formas de organización y acción revolucionarias. Por el nombre que llevan y la ideología que declaran, ocupan **de derecho**, el lugar de la vanguardia popular. Si no lo ocupan **de hecho**, no pueden hacer que el lugar quede vacío. La revolución no tiene propietarios exclusivos.

“Nuestra política es de amplia relación con todas las organizaciones de izquierda y de frente amplio, consecuente con nuestra Declaración de La Habana”, ha dicho últimamente Fidel Castro. Es muy difícil que ese frente tome cuerpo antes de la lucha armada, si se trata de un frente revolucionario en realidad y no de una alianza que viva el tiempo de una elección o un pacto entre burgueses para reconquistar un poder de casta perdido. La formación de ese amplio frente antimperial pasa, pues, por la guerra del pueblo.

En consecuencia, a diferencia de otros países, la única exigencia que parece desprenderse de la posición cubana, para tener su respaldo, es la siguiente: no se puede postular el papel de vanguardia a menos que se enfrente al imperialismo en actos y no en palabras, condición que Lenin exigía a las organizaciones marxistas que querían adherirse a la III Internacional. A los “marxistas-leninistas” debe aplicárseles también el precepto de Lenin: Para saber lo que piensan los socialdemócratas hay que mirarles las manos, no la boca.

III. No escapa a nadie que hoy, en la América Latina, la lucha contra el imperialismo es decisiva. Si es decisiva, todo lo demás es secundario.

Si la lucha armada de masas contra el imperialismo es capaz de crear a largo plazo, ella sola, una vanguardia apta para llevar a los pueblos al socialismo, no se puede hoy en día definirse en relación al reformismo o a tal o cual organización política existente, sino con relación al imperialismo fundamentalmente. Regular el paso de su acción sobre la base de la inacción de los

reformistas es no solamente perder el tiempo: es paralizar lo decisivo en nombre de lo secundario.

Más aún: el mejor medio de acabar con las vacilaciones es pasar al ataque del imperialismo y sus capataces locales allí donde las condiciones están dadas. De esta manera el problema se invierte. Corresponderá a los que concilian definirse con relación a los revolucionarios y no a la inversa. Son ellos los que deberán definirse en la realidad y con relación a un hecho consumado. O entran en la lucha contra el imperio, y ello es lo mejor para todos, o se resisten, y será lo peor para ellos. La historia se encargará de dejarlos a la orilla del camino. Una emboscada lograda, un torturador abatido, un lote de armas recuperado son las mejores respuestas a las veleidades reformistas que pueden surgir en tal o cual país de América.

Después de la Revolución Cubana, después de la invasión de Santo Domingo, existe en la América Latina un **estado de emergencia**. Los "marines" disparan sobre todo lo que se mueve sin distinción de partido. Razones de emergencia y razones de principio imponen el frente armado revolucionario. Dondequiera que el combate ha seguido una línea ascendente, dondequiera que las fuerzas populares se han puesto a tono con la emergencia han entrado en el campo magnético de la unidad. En las demás partes se diseminan y debilitan. Todo ocurre, pues, como si hubiera necesidad de centrar los esfuerzos en la organización práctica de la lucha armada para contribuir a la unidad sobre la base de los principios del marxismo - leninismo.

En torno de esta línea de acción se reúnen hoy los que en la América Latina tienen las armas en la mano. Hacia ella convergen todas las formaciones a medida que se acercan a la lucha armada. Este encuentro no debe nada al azar. Debe menos todavía al complot. No se han dado el santo y seña, como afectan creerlo las oligarquías. Este encuentro es simplemente racional. En una situación histórica dada puede haber mil maneras de hablar de la Revolución, pero hay una concordancia necesaria entre todos los que se han decidido a hacerla.

La justa línea del M. R. O.

LA JUNTA CENTRAL DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO ORIENTAL, reunida el diez de setiembre de 1966, RESUELVE:

3º) Proclamar al compañero Fidel Castro, Comandante en Jefe de la Revolución Latinoamericana, y prestar su total adhesión a la línea revolucionaria expresada en su memorable discurso del 26 de julio de 1966.

4º) Expresar su apoyo ferviente a los guerrilleros que hoy luchan en todo el continente y en especial a los Comandantes en Jefes Manuel Marulanda de Colombia, Douglas Bravo de Venezuela y Luis Turcios de Guatemala.

5º) Apoyar las resoluciones del Cuarto Congreso Latino Americano de Estudiantes (CLAE) y en especial, su proclama de que en todos los países dependientes de América Latina, sin excepción, la conquista del poder revolucionario no podrá hacerse si no es a través de la lucha armada.

6º) Volcar el mayor apoyo que el Movimiento pueda proporcionar a los guerrilleros latinoamericanos, que en montañas, selvas y llanuras están entregando sus vidas por la redención de nuestros pueblos.

Extractado de un editorial del Diario "Granma", órgano oficial del Partido Comunista Cubano, en la edición del 5 de enero de 1967.

La lucha contra el burocratismo: tarea decisiva

La lucha contra el burocratismo es decisiva para el avance de la Revolución. El propio Fidel la ha definido así: "La batalla contra el espíritu burocrático es casi una batalla tan difícil como la batalla contra el imperialismo. Y, por supuesto, más difícil que la batalla contra los terratenientes, porque los grandes terratenientes eran menos, y los que tienen mentalidad burocrática en este país son muchos más".

Es ésta una lucha larga y compleja que no se puede ganar en un día; contra ella no bastan las medidas y leyes revolucionarias: es necesario, además, la acción de las masas y del Partido, la aplicación de una política constante basada en el principio de la reduc-

ción al mínimo del aparato administrativo y la elevación al máximo de su eficacia. Como ha dicho Fidel: "...la única manera de dignificar el trabajo administrativo es liberando al trabajo administrativo de la concepción burocrática y del lastre burocrático..."

El burocratismo es herencia del sistema capitalista. Para poder alcanzar el triunfo completo de la Revolución es imprescindible su eliminación total y radical.

Sólo si tomamos una clara conciencia sobre el peligro que representa la concepción pequeño-burguesa dentro del aparato estatal, podremos entender cabalmente, en toda su magnitud, la importancia de esta batalla fundamental en un país que como el nuestro se propone llevar la Revolución hasta el final: hasta el comunismo.

Por eso no podemos quedarnos solamente en la lucha contra los aspectos más evidentes y cuantitativos de este mal. Podría ocurrir que en un lugar determinado redujéramos todo el personal sin contenido de trabajo, y que al dejar un mínimo de empleados y funcionarios, supervivieran, sin embargo, el trabajo burocrático, el freno a la acción, el divorcio con el pueblo y con los problemas reales. Esto lo saben todos cuantos han intervenido en este problema. ¿Qué demuestra esto? Demuestra que el problema tiene raíces ideológicas, que se trata de una concepción y de un espíritu.

Que no es sólo exceso de personal administrativo. Esto lo indica claramente nuestro Comandante en Jefe cuando señala: "...la causa principal es el espíritu pequeño-burgués, es la falta de conciencia de lo que significan los recursos humanos de un país, la falta de conciencia de lo que significan los recursos materiales de un país".

Como esto es así, tenemos que plantearnos junto a la lucha contra las manifestaciones externas de la burocracia, que son, entre otras, la proliferación de personal administrativo, la inacción, los trámites dilatorios, "el peloteo", etc., la batalla ideológica contra la concepción que las engendra: la concepción pequeño-burguesa dentro del estado revolucionario.

A colaborar en este sentido va orientado este editorial.

“Una institución pura y exclusivamente burguesa”

¿Dónde y cuándo apareció la burocracia? ¿Qué sistema social la engendró? Esto es lo primero que debemos analizar, porque el burocratismo no es un producto de nuestra sociedad, sino una de las peores herencias del pasado con que nos tenemos que enfrentar. El surgimiento de la burocracia está estrechamente vinculado al sistema capitalista. Su desarrollo ha corrido parejo con el ascenso de la burguesía hasta convertirse en la clase dominante de los estados capitalistas contemporáneos. Aunque en las sociedades anteriores se dieron algunas formas incipientes de trabajo burocrático, como el representado por los funcionarios, escribanos y sacerdotes, no podemos afirmar que en la esclavitud o en el feudalismo existiese, en forma desarrollada, el fenómeno de la burocracia. ¿Por qué hacemos esta afirmación? Porque en aquellas sociedades tal actividad no dio lugar al nacimiento y consolidación de una capa social estable que ejerciera el poder a nombre de la clase dominante. En la sociedad burguesa, por el contrario, sí encontramos este sector parasitario. Ello se explica por las mayores complejidades que plantea la administración y gobierno de un estado centralizado, donde se dan múltiples formas de relaciones monetarias y mercantiles, determinadas por la existencia de un activo comercio interior y mundial; que exige numerosas operaciones de control; un gobierno que requiere un complejo sistema fiscal y, en fin, un aparato del estado que adquiere formas de orga-

nización más complicadas de acuerdo con el carácter velado que tienen las relaciones de explotación entre las clases de ese régimen. Por otra parte, podemos considerar a la burocracia como el peor de los productos de la división entre el trabajo manual y el intelectual.

En los primeros albores de la sociedad de clases se produjo esta separación entre el trabajo de los productores y los miembros de la clase dominante dedicados a las tareas de la política o la cultura.

Los amos, propietarios de grandes extensiones de tierras y de esclavos durante el régimen esclavista, estaban relevados de todo tipo de trabajo físico, productivo: éste quedaba para las masas productoras y era desdeñado como una actividad indigna "de los verdaderos hombres". Lo mismo ocurrió en el régimen feudal, en que la aristocracia dueña de la tierra consideraba indigno el trabajo agrícola, realizado por los campesinos siervos.

En el capitalismo, la burguesía desarrolla y ahonda aún más esta separación. La burocracia por ella creada, está impregnada profundamente de esta concepción sobre el trabajo manual. Educada en la ideología pequeño-burguesa, considera despreciable la actividad productiva y se considera a sí misma como una capa intelectual situada junto a la burguesía y por encima del pueblo trabajador.

Claro está, aun cuando nos atrevamos a calificar de intelectual el trabajo burocrático debemos señalar que éste, si lo es, constituye la forma más simple y mediocre del mismo. De esto no le puede caber dudas a nadie. Es un trabajo carente de toda creación, en el que apartarse de la rutina le puede costar el propio cargo a cualquier funcionario.

Otros productos de la división entre el trabajo físico y el intelectual pueden catalogarse como históricamente necesarios y han jugado durante la sociedad de clases un papel importantísimo en el desarrollo de la ciencia, el arte y la literatura. La burocracia, por el contrario, es un producto estéril que no puede anotarse en su haber ningún valor importante en la historia de la cultura humana.

Soporte social y arma de la burguesía

¿Dónde pudo encontrar la burguesía la base social a utilizar para crear esta capa burocrática?

A la burguesía no le interesaba, ni podía, ocupada como estaba en la dirección de sus negocios privados, asumir las posiciones intermedias en el gobierno y en la administración de las empresas. Ella se reservaba los altos cargos del estado y los negocios. Necesitaba, por tanto, un sector social determinado al cual ocupar como instrumento para llevar los asuntos del gobierno y la administración de sus propiedades, a fin de organizar, controlar y ejecutar la explotación del trabajo asalariado. Además, la burguesía, aunque dueña de la economía del país, era numéricamente muy reducida. Necesitaba de una base social más amplia que le sirviera de apoyo, que fuera afín a sus ideas y a la cual utilizar para el ejercicio de su dictadura de clase como instrumento directo contra las clases trabajadoras. La creación de una capa burocrática fue una de las soluciones a estas necesidades. Junto a ella, y con el mismo propósito de extender su base e influencia social, tenemos la **aristocracia obrera**.

Ambas, burocracia y aristocracia obrera, han sido bajo el régimen burgués prolongaciones de la clase capitalista dentro de los sectores medios y el proletariado. Ambas han servido como soporte a su dominación, apoyando la politiquería, la división del movimiento obrero y el freno a todo movimiento popular. En los primeros tiempos del capitalismo, esta capa se nutrió de los elementos urbanos medios, cuya posición no era ni la de los aristócratas feudales ni la de los obreros y artesanos pobres. La burguesía estimuló y conformó en estos elementos una ideología y una actitud ante la vida características; desarrolló en ellos el espíritu pequeño-burgués.

Eso se logró mediante la creación de una jerarquía graduada de funcionarios y empleados, cada uno de los cuales es responsable ante un superior, a los que se les forma en el apego a la rutina, al cumplimiento de las normas más o menos inflexibles, la repugnancia a introducir innovaciones y la búsqueda de seguridad social y rango, que les dé cierta “respetabilidad” y los sitúe por encima de las clases trabajadoras.

Se creó así el criterio del cargo burocrático como una profesión y quedó implantada la concepción de que ocupar el cargo sobreentendía el deber de acatar ciegamente cuanto fuese dispuesto por la jerarquía superior. El burócrata recibía la garantía de una existencia asegurada y devolvía, a cambio de esto, el sometimiento absoluto a los designios de la burguesía. Por todo ello, la burocracia nació y vivió identificada a la ideología de la clase capitalista, posiblemente en mayor grado que cualquier otro sector de la pequeña burguesía.

Los burócratas fueron formados partiendo de la separación entre el trabajo manual e intelectual. Fueron educados en el completo alejamiento y el desprecio hacia la producción y quienes la realizaban.

¿Qué es, pues, la burocracia ?

Como señala Lenin: es “la capa particular que posee el poder...” Es un intermediario al que la clase dominante encarga el manejo de los asuntos del Estado y la labor administrativa dentro de las empresas capitalistas. Intermediario en el que viven el modo de pensar y las concepciones propias de la clase capitalista. Es decir, la burocracia constituye en el régimen burgués una capa social que juega un papel de subordinación a la autoridad política y administrativa de la clase dominante. Es una capa intermediaria que ejecuta las decisiones de la dictadura burguesa. Es la administración del poder por los empleados y funcionarios, colocados entre los capitalistas y las masas trabajadoras. Esta capa tiene en sus manos poder y gobierno, pero lo tiene por delegación de la clase explotadora a la cual sirve.

Por eso, definimos lo que es la burocracia por sus relaciones con la clase capitalista y su participación en el gobierno de esa clase más que por la función administrativa concreta que desempeña. Hemos analizado cómo surge la capa burocrática, en qué momen-

to de la historia y a qué clases sociales se funde. Se comprueba así que como dijera Lenin: "...toda burocracia es tanto por su origen histórico como por sus fuentes contemporáneas y por su misión una institución pura y exclusivamente burguesa".

Imperialismo y subdesarrollo

Uacida por y para la burguesía la burocracia alcanza, bajo el imperialismo, los límites de su carácter reaccionario y antipopular.

El imperialismo lleva a su máxima expresión el desarrollo de esta capa; la impersonalización propia de las funciones burocráticas alcanza su grado más alto de deshumanización. Se consolida un verdadero ejército de empleados y oficinas, que actúa como una verdadera máquina de opresión internacional.

El fenómeno iniciado desde los comienzos del capitalismo se profundiza: en la industria y el comercio, en los sindicatos, en las instituciones sociales, por todas partes se afirma y echa raíces la burocracia. Y en todas partes su fin es el mismo: alienar al trabajador, convertirlo en un objeto, en un número, en una mercancía más, dejando las vías expeditas para la explotación del hombre por el hombre.

En los países subdesarrollados el problema de la burocracia adquiere características muy propias. Se vincula y sirve a la explotación de los monopolios extranjeros, se empapa en la ideología imperialista y llega en muchos casos a marchar contra los propios intereses nacionales.

Servidora de gobiernos neocoloniales, la burocracia se vincula a la corrupción administrativa y las prebendas propias de países dominados en lo interno por gorilas y terratenientes.

Ya no sólo sirve de base social a la burguesía sino que llega a convertirse en base social internacional de la política y la explotación imperialistas.

Esta realidad, si no en toda la burocracia, si afecta la generalidad de la capa dentro de los países subdesarrollados.

La burocracia en los ejércitos burgueses

Los estados burgueses formaron sus ejércitos de acuerdo con las concepciones organizativas que les son propias. La estructura burocrática fue asimilada por los ejércitos de los estados capitalistas. La utilización creciente de la artillería, los movimientos profundos de las tropas, la formación de ejércitos enormes requirieron la presencia de un aparato muy grande de oficiales, enlaces y otros muchos cuadros de mando, verticalmente dirigidos por una jerarquía. En la época de las revoluciones burguesas estos ejércitos representaron una fuerza superiormente organizada a las fuerzas feudales. Claro está que los métodos implantados no eran la única fuerza determinante: otros muchos factores decidían esta superioridad de los ejércitos burgueses sobre los feudales. Pero sí es suficientemente importante la implantación de los métodos burocráticos en los ejércitos modernos para que nos obligue a algunas consideraciones sobre el particular.

A medida que fue ampliando sus esferas, y que se fue desarrollando en su fase superior imperialista, el capitalismo necesitó aumentar todo su aparato militar, crear una gran industria de guerra y operar transportes que movieran sus ejércitos a todas partes. En la misma medida se fue ampliando la estructura burocrática de los ejércitos.

Las fuerzas militares de cualquier nación imperialista cuentan con millares de cuadros de mando, de manera que hay ejércitos modernos que cuando tienen en el frente tres hombres peleando requieren otros siete en la retaguardia.

Además de la función administrativa o de mando que realiza toda esa burocracia entronizada en el ejército, también cumple la fun-

ción de capa unida por estrechos hilos a la casta militar y a los burgueses monopolistas del régimen; es decir, desde el ejército sirve a los intereses políticos de la clase más reaccionaria.

Los ideólogos de la burguesía afirman que no hay organización que sea técnicamente superior a la de un ejército imperialista, y ponen como ejemplo de la eficiencia y superioridad de los métodos burocráticos la estructura de los ejércitos modernos.

Pero la historia nos enseña otra cosa. Los pueblos que luchan por su liberación organizan sus fuerzas armadas sin utilizar la técnica burocrática.

No entramos a analizar aquí todos los factores que mueven a la lucha ni todos los elementos que determinan una victoria en una guerra de liberación; sólo queremos sacar a relucir que existen organizaciones no constituidas burocráticamente capaces de imponerse en la lucha a los ejércitos estructurados con la más alta técnica de organización burguesa.

Para citar solamente algunos ejemplos tenemos la guerra de liberación de los pueblos argelino y vietnamita contra los ejércitos franceses y la actual lucha de los guerrilleros vietnamitas contra las fuerzas jerárquicamente superorganizadas de los imperialistas. Los ejércitos de los países subdesarrollados se caracterizan por la hipertrofia de su personal.

En el artículo de la revista canadiense "Toronto Star", de 5 de noviembre de 1966, titulado el "Vietcong latinoamericano", se afirma que:

"Los funcionarios de Estados Unidos en Ciudad de Guatemala están asombrados por la rapidez con que los oficiales guatemaltecos, al regresar después de meses de rudo entrenamiento en EE.UU., desarrollan grandes barrigas y se acomodan en fáciles y seguros trabajos de oficinas que no parecen querer dejar."

Y añade más adelante, refiriéndose al ejército guatemalteco:

"Un supernumeroso cuerpo de altos oficiales con 400 de los mil oficiales asignados con el alto grado de coronel".

Este ejército ha fracasado en numerosas ocasiones en sus propósitos de destruir las fuerzas populares incorporadas a las guerrillas. Desde luego que esta burocratización típica en todas las esferas de los países subdesarrollados no es la esencia del fenómeno, pero sí una de sus manifestaciones más viciadas. Es un elemento que

llega a tener carácter determinante en la descomposición de estos regímenes.

Los cubanos conocemos muy bien esta situación. El ejército proimperialista de la tiranía se había anquilosado hasta la médula. La descomposición del sistema capitalista sometido a la explotación del capital yanqui había traído como una de sus consecuencias la burocratización del ejército, la fosilización, la incapacidad para enfrentarse a una nueva forma de lucha. Nuestro Ejército Rebelde —las fuerzas populares— prescindió de todo aparato superfluo, haciendo la guerra de modo directo, en forma muy concreta, poniendo en juego una nueva organización no burocrática, que demostró la superioridad organizativa sobre el aparato militar burocrático.

Podemos sacar una enseñanza del enfrentamiento de las fuerzas de liberación basadas en la incorporación de las masas populares a los ejércitos tradicionales, y es la siguiente: **es posible superar la organización burocrática. Existen formas organizativas mucho más eficientes que las burocráticas.**

En el socialismo la incorporación de los trabajadores a través de las milicias, el origen revolucionario de las fuerzas armadas y el sistema de un ejército de cuadros tecnificados, nutrido masivamente por el servicio militar obligatorio, hacen posible un ejército despoblado del lastre burocrático.

“El peligro de la burocracia como una capa especial”

Hemos analizado los aspectos más evidentes e inmediatos del burocratismo en nuestro país. Contra ellos hemos luchado y continuaremos luchando incansablemente. Pero es necesario, además, que consideremos profundamente los problemas que plantea la existencia de una capa burocrática para el proceso de construcción

del socialismo y el comunismo. Este es un fenómeno con validez universal. Es un peligro que debemos conjurar en nuestro país, porque de su eliminación depende, en buena parte, el éxito completo de la Revolución.

La burocracia constituye, sin duda alguna, una capa especial que tiene una relación determinada con los medios de producción. Podemos afirmar que, con el triunfo de la Revolución Socialista, la burocracia adquiere una cualidad nueva.

¿Por qué hacemos esta afirmación? En el capitalismo la burocracia ocupa las mismas posiciones y tiene aparentemente las mismas relaciones con los medios de producción. Sin embargo, en ese régimen, desempeña un papel de subordinación al poder y la autoridad administrativa y política de la clase dominante: la burguesía.

La burocracia capitalista está formada por los empleados públicos, estatales y los empleados y funcionarios de empresas privadas. Tanto unos como otros están alejados de las decisiones políticas o de gobierno. Incluso, se les educa a los funcionarios y empleados públicos y privados en la idea de que ellos tienen una función especializada y profesional, alejada de la política, e inclusive, con desdén hacia la actividad política. La burocracia capitalista es **intermediaria**, está sometida totalmente a la dominación de la burguesía.

Ahora, ¿qué ocurre al triunfar la Revolución?

En primer lugar, toda la burocracia que antes se hallaba dispersa, fraccionada, es vertebrada en sentido vertical por el aparato del estado y, en cierto modo, organizada y fortalecida. Si a esto se suman los problemas de ignorancia en los revolucionarios, la tendencia centralizadora o la aplicación de esquemas foráneos burocratizados, comprenderemos fácilmente que la burocracia **crece, se desarrrolla y fortalece** en los primeros años del poder revolucionario. Pero hay mucho más que eso. Además de su organización y crecimiento numérico, la burocracia **adquiere una nueva cualidad en sus relaciones con los medios de producción y, por tanto, con la actividad política.**

Al triunfar la Revolución y pasar a manos del estado la dirección de la economía, la burocracia interviene en la dirección de la producción, en el control y gobierno de los recursos materiales y

humanos del país. De funcionarios subalternos, sin posibilidades en la decisión de problemas políticos y administrativos, pasan a ocupar posiciones decisivas sobre los medios de producción y la política. Es decir, se ha producido un cambio en sus relaciones con toda la vida del país.

El hecho de que muchos trabajadores pasen a ocupar las funciones administrativas no le da un contenido de clase a la dirección del estado. Por el contrario, cuando ese obrero o campesino pasa a la función administrativa, se está en peligro de que el trabajo de dirección lo influya políticamente, lo conforme ideológicamente y lo convierta, por consiguiente, en un funcionario burocrático más. Porque un trabajador, transformado en dirigente de la producción, de por sí no está dirigiendo la clase obrera.

Mientras permanezca el estado como institución y mientras la organización administrativa y política no sea, plenamente, de tipo comunista, existirá el peligro de que se vaya formando una capa especial de ciudadanos en el seno del aparato burocrático, administrativo y de dirección. Ese aparato tiene una determinada relación con los medios de producción, diferenciada del resto de la población, que puede convertir las posiciones burocráticas en sitio de acomodamiento, estancamiento o privilegio.

¡He aquí el problema más profundo e importante en la lucha contra el burocratismo!

Se puede partir hacia el comunismo y no llegar

El socialismo y el comunismo no son espontáneos. Se llega a estas etapas superiores del desarrollo social siguiendo una política y una orientación correctas. El hecho de que en un país triunfe la Revolución y se proclame la intención de edificar la nueva sociedad, no garantiza de por sí que esto llegue a ser realidad.

Para llegar al socialismo y al comunismo es necesario combinar dos factores esenciales: el desarrollo de un hombre nuevo, con una conciencia y una actitud nuevas ante la vida; y el avance de la técnica, capaz de multiplicar la productividad y gestar la abundancia de bienes. Para alcanzar esta meta elevada de la sociedad humana es preciso ejercer una política consecuente a los principios del marxismo-leninismo, a los principios planteados por Marx, Engels, Lenin y otros grandes conductores de la clase obrera. Es preciso ejercer una política tal que conduzca a la desaparición de las concepciones y la ideología de las clases explotadoras y el espíritu pequeño burgués. Esto requiere la presencia de un Partido **siempre joven, siempre impetuoso; nunca estancado**. Un Partido siempre creador y fundido a las masas, nunca un Partido que se resigna a intentar repetir lo que ya otros han hecho, sin antes valorarlo críticamente y ponerlo a la luz de las condiciones concretas en que tiene que ejercer su función dirigente y orientadora.

Se puede partir hacia el socialismo y el comunismo, y no llegar. Al menos, puede ocurrir que el movimiento ascendente de la revolución quede frustrado y se produzca el estancamiento y la descomposición del proceso en sus primeras etapas.

En esto tienen que ver numerosos factores que, en su conjunto, dependen de la concepción general que se tenga sobre cómo construir el socialismo y el comunismo.

Si permitimos que supervivan en la organización y el desarrollo de nuestra economía categorías propias del sistema capitalista, si nos entregamos al camino más fácil y utilizamos el interés material como palanca impulsora de la construcción socialista, si la mercadería se mantiene como la célula económica, si la presencia del dinero se mantiene omnipotente dentro de la nueva sociedad, entonces el egoísmo y el individualismo continuarán siendo los que predominen en la conciencia de los hombres y no lograremos la formación de un hombre nuevo.

Y si prevalecen estas concepciones dentro de la sociedad, si supervive la ideología individualista y pequeño-burguesa, supervivirá también el espíritu burocrático y la concepción burocrática dentro de la administración y la política. **Con el agravante de que ahora esa concepción tendrá vigencia dentro de una capa especial de hombres cuya relación con los medios de producción y las decisiones políticas lo sitúan en una posición dirigente.** Nada hay, pues, de

extraño en que se mantenga vivo el interés por instalarse en esta capa burocrática de la sociedad y ésta se convierta en un objetivo material de acomodamiento y privilegio. Si el Partido no gana esta batalla a la burocracia, si no se conjura ese peligro mediante la formación de un hombre nuevo y la aplicación de una política intransigente y consecuente con los principios del marxismo-leninismo, el Partido terminará burocratizándose a sí mismo. Y un Partido que se estanque es un Partido que se pudre.

¿Y qué ocurre entonces? ¿Qué ocurre si el organismo del Partido se sumerge en esa modorra burocrática? Ocurre que se consolida en la administración y dirección del estado, y en la dirección política, una capa especial con ambiciones de perpetuidad, capa que se aleja cada vez más y más de las masas, se divorcia del trabajo fecundo y productivo y de quienes lo realizan; se convierte en un cuerpo privilegiado incapaz de hacer avanzar al pueblo, incapaz de desarrollar la conciencia del pueblo hacia niveles superiores.

Y cuando esto ocurre, se ha renunciado a la construcción del socialismo y el comunismo.

Evitar ese peligro

Mientras existan determinadas funciones administrativas, necesarias en la etapa de tránsito, algunas medidas pueden ayudar a evitar este peligro. Una de ellas es la movilidad de los funcionarios administrativos y empleados públicos en los cargos, para que éstos no se fosilicen y no se vaya estatuyendo una capa especial.

El aparato de dirección estatal debe ser sencillo y a la vez dinámico, conocedor de los procesos técnicos de la producción, capaz de coordinar los esfuerzos, impulsar la actividad, e inspirar el espíritu de trabajo de los que actúan bajo su dirección. También existe el peligro de que en el seno de las organizaciones políticas y

del propio Partido se vaya constituyendo, a través de los cuadros profesionales, una categoría especial de ciudadano diferenciada del resto de la población. Este es un peligro que tenemos que valorar y tener en cuenta. Porque el proceso social e histórico se produce con arreglo a determinadas leyes y determinados principios sobre los cuales debemos estar claros, so pena de caer en graves errores. La manera de evitar que esos funcionarios o cuadros profesionales del Partido se conviertan en una capa especial está en vincularlos directamente con los problemas que afrontan en la producción. En la medida en que los cuadros de dirección se enfrenten con las tareas concretas de la agricultura o la industria, lo más cerca posible de la producción misma, estaremos combatiendo este peligro. Esto también tiene completa validez para los funcionarios y empleados administrativos.

En nuestra situación concreta, como quiera que el Partido es un producto de la Revolución y surge con ella, se ha planteado la necesidad de que los cuadros se dediquen a las tareas de producción y dirección, de la manera más inmediata y directa posible. Que estén en contacto con los problemas técnicos que se presentan en los lotes, granjas y unidades industriales. En esto nos ayuda el tener un Partido joven, sin tradición profesionalista en la mayor parte de sus cuadros. Así se adoptan las medidas para evitar en el seno del Partido el desarrollo de una capa especial de cuadros profesionales, la que debe ser lo **más limitada y reducida posible**, y, también, lo más cercana a la producción. A esto nos ayudará, cada vez más, el desarrollo de una política de promoción de cuadros que permitirá una mayor movilidad de ellos, de la producción al Partido y del Partido a la producción.

ORGANIZACION
ARBA

de ARTIGAS Y BADON

Calefaccionistas especializados
en instalaciones sanitarias
e industriales

Guaná 2283, Esc. 2 - Teléf. 41 73 39

DIVE

- TELEVISORES
- HELADERAS
- LAVADORAS
- COCINAS

El mejor recambio y el
mejor contado

Ejido 1544, esq. Paysandú
Teléf. 8 82 35

COLABORACION E. R.

Confiteria BONILLA

La Casa de los saladitos deliciosos

Sandwiches
Masas

Saladitos
Postres

Un lunch de calidad
para fiestas más lindas

H. HERNANDEZ y Cía.

Paysandú y Ejido
Teléf. 8 81 75

TAPICERIA

“LA IDEAL”

de MARIA E. S. DE GADNICH

FABRICA DE FUNDAS DE AUTOMOVILES

Y TAPICERIA EN GENERAL

CONSTITUYENTE 1894

TELEF. 41 58 10